

Restañar la herida del que sufre, mi hermano

Por Diego Passadore

Copyright © 2015 Diego Passadore

Índice

Prefacio.....	3
Restañar la herida del que sufre, mi hermano	4
Aún estamos sujetos a la muerte física.....	4
Nadie podía entrar al Cielo	5
Testimonios de la Verdad	7
El precio de su propia sangre derramada	9
¿Por qué tuvo que venir su único Hijo a sufrir y morir para redimirnos?.....	12
¿Jesús sufrió menos que un ser humano común?	17
La Virgen María, Madre de la Misericordia	72
Cristo descendió a los infiernos	83
La última bendición.....	90
Resucitando a la confianza del Amor Divino.....	99
El paciente mar de la Misericordia.....	104
Hacerse prójimo de cualquiera que precisa ayuda.....	114

Prefacio

Para terminar de entender a Jesucristo se me ocurrió que hay que remontarse a Adán. ¿Por qué tuvo que sufrir Jesucristo y entregar su vida por nosotros? ¿Será porque debido a Adán quedamos “a la deriva” o mucho más “animales” de lo que pensamos? La esperanza que da el Génesis luego de la caída **“Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar”** (Gn 3,14), que es la redención que nos trajo Jesucristo, me hace pensar en ¡cuán dura fue esa caída de Adán y Eva que Jesucristo tuvo que morir por todos nosotros!

Tuve el privilegio de leer las visiones de la mística Beata Ana Catalina Emmerick¹, que me han traído luz sobre estos acontecimientos tan distantes. Y en las líneas que siguen se incluyen relecturas mías principalmente² de esas visiones, y espero que los alienten a la meditación de los misterios y a leer las inspiradas visiones de esa mística.

Este libro es el primero de una trilogía, está dedicado a la Misericordia, y publicado hoy, 8 de diciembre de 2015, festividad de la Inmaculada Concepción, y comienzo del Jubileo extraordinario de la Misericordia.

¹ Monja canonessa agustina nacida en Flamske, Alemania 1774-1824. Se advierte al lector que en el texto están mezcladas -siempre con la debida aclaración- citas de la Biblia con revelaciones privadas, siendo estas últimas ayuda para la fe. Los textos de Emmerick están tomados de “The Life of Jesus Christ and Biblical Revelations”, publicado originalmente en 1914, con los correspondientes Nihil Obstat e Imprimatur.

² Se incluyen asimismo visiones de otros místicos.

Restañar la herida del que sufre, mi hermano

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” Mt(5,7)

De las consecuencias de la separación del ser humano de Dios luego de la caída de Adán, me gustaría retomar dos en particular.

Aún estamos sujetos a la muerte física

Una consecuencia la tenemos muy presente porque sigue ocurriendo: nuestros cuerpos no irradian luz y se volvieron corruptibles como los de los animales y estamos sujetos a la muerte física. San Pablo nos recuerda que **“El último enemigo en ser destruido será la Muerte”** 1 Co (15,26). En la próxima venida de Jesucristo **“Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre; y entonces se golearán el pecho todas las razas de la tierra y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria. Él enviará a sus ángeles con sonora trompeta, y reunirán de los cuatro vientos a sus elegidos, desde un extremo de los cielos hasta el otro”** Mt(24,30-31) seremos transformados en seres incorruptibles: **“No moriremos todos, mas todos seremos transformados. En un instante, en un pestañear de ojos, al toque de la trompeta final, pues sonará la trompeta, los muertos resucitarán incorruptibles y nosotros seremos transformados. En efecto, es necesario que este ser corruptible se revista de incorruptibilidad; y que este ser mortal se revista de inmortalidad”** 1 Co(15,51-53); **“Pero nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo, en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas”** Flp (3,20-21).

Nadie podía entrar al Cielo

La otra consecuencia pasa más desapercibida, y en ella quiero detenerme: nadie podía entrar al Cielo (a nivel espiritual, la separación continuaba). Nos dice el salmista: **“¿Qué hombre podrá vivir sin ver la muerte, quien librá su alma de la garra del seol³?”** Sal(89,49). Que el alma siga viva no significa que tenga vida eterna, que consiste en experimentar y estar en presencia de Dios. Jesucristo tiene el poder de dar vida eterna: **“Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Y que según el poder que le has dado sobre toda carne, de también vida eterna a todos los que tú le has dado. Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo”** Jn (7,1-3). Jesucristo es el que libera las almas cautivas del seol para trasladarlas subiendo al Cielo: **“Él nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al Reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención: el perdón de los pecados”** Col (1,13-14); **“Por eso dice la Escritura: ‘Subiendo a la altura, llevó cautivos y dio dones a los hombres’. ¿Qué quiere decir <<subió>> sino que también bajó a las regiones inferiores de la tierra? Este que bajó es el mismo que subió por encima de todos los cielos, para llenarlo todo”** Ef(4,8-10). También el Catecismo de la Iglesia Católica en #633 es muy claro al respecto: “Jesús no bajó a los infiernos para liberar allí a los condenados ni para destruir el infierno de la condenación, sino para liberar a los justos que lo habían precedido”. Es importante recordar el significado de redimir: es rescatar o sacar de esclavitud al cautivo mediante precio. Con su pasión y muerte nos rescató a todos de la esclavitud del pecado, porque nos perdonó todos los pecados. Dejamos de estar separados de Dios por el pecado, ya que Jesucristo nos reconcilió con Dios: **“Si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuanta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida!”** Rm (5,10). Jesucristo es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, quita lo que nos separa de Dios, es la víctima inocente agradable a Dios que nos obtiene la misericordia de Dios, la gracia de Dios para llegar a ser justos: **“Pero si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo. Él es víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero”** 1 Jn (2,1-2); **“Si por el delito de uno solo murieron todos ¡cuanto más la gracia de Dios y el don otorgado por la gracia de un solo hombre Jesucristo, se han desbordado sobre todos!...la obra de justicia de uno solo procura toda la justificación que da la vida”** Rm (5,15-18).

Emmerick nos dice: “Se me ha dado el entendimiento de que Longino abrió en el Costado de Jesús la entrada a la regeneración de la vida eterna, por lo tanto nadie

³ Palabra de origen desconocido, que designa las profundidades de la tierra, a donde bajan los muertos

entró al Cielo mientras esa entrada estuvo cerrada”. Que la entrada al Cielo estuvo cerrada lo da a entender el Génesis: **“Y dijo Yahveh Dios: ‘he aquí que el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, en cuanto a conocer el bien y el mal! Ahora, pues, cuidado, no alargue su mano y tome también del árbol de la vida y comiendo de él viva para siempre.’ Y le echó Yahveh Dios del jardín de Edén, para que labrase el suelo de donde había sido tomado. Y habiendo expulsado al hombre, puso delante del jardín de Edén querubines, y la llama de espada vibrante, para guardar el camino del árbol de la vida”** (Gn 3,22-24); y el propio Jesucristo nos dice que la abrió el día de su crucifixión y muerte: **“Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino. Jesús le dijo: <<Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso>>”** Lc(23,42-43). Jesucristo es la puerta abierta al cielo: **“<<En verdad, en verdad os digo: yo soy la puerta de las ovejas...Yo soy la puerta; si uno entra por mí estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pasto...Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia. Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas. Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas y mis ovejas me conocen a mí, como me conoce el Padre y yo conozco a mi Padre y doy mi vida por las ovejas. También tengo otras ovejas, que no son de este corral; también a esas las tengo que conducir y escucharán mi voz; y habrá un solo rebaño, un solo pastor. Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; esa es la orden que he recibido de mi Padre>>”** Jn (10,7-18). Aunque la puerta está abierta, ¿querremos entrar voluntariamente por ella?

¿Podía Dios ser indiferente a nuestra miseria tanto en la tierra así como en el seol separados de Él? “Todo lo que no es Uno deberá sufrir siempre la herida de la Ausencia, y quienquiera que entre en la ciudad del Amor sólo hallará sitio para Uno y, sólo en lo Uno, Unión”.⁴ Es un Padre infinitamente bondadoso, tierno, fiel y cercano que toma la iniciativa de la misericordia para rescatarnos del pecado y nuestra miseria. A su debido tiempo, responde a este clamor de Isaías: **“Tú, Yahveh, eres nuestro Padre, tu nombre es <<El que nos rescata>> desde siempre. ¿Por qué nos dejaste errar, Yahveh, fuera de tus caminos, endurecerse nuestros corazones lejos de tu temor? Vuélvete, por amor a tus siervos, por las tribus de tu heredad...¡Ah si rompieses los cielos y descendieses!”** Is (63,16-19).

⁴ Nur ad-Dīn Abd ar-Rahmān Jāmī poeta y místico musulmán sufí de Persia del siglo XV

Testimonios de la Verdad

El mismo Jesucristo nos dice: **“Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad”** Jn (18,37). San Juan nos dice que el Espíritu Santo, el agua y la sangre dan testimonio: **“Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna y esta vida está en su Hijo”** 1 Jn (5,11). Dios es bueno y nos ama: **“Mas cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres, él nos salvó, no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia, por medio del baño de regeneración y renovación del Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, fuésemos constituidos herederos, en esperanza, de vida eterna”** Tt (3,4-7). Quisiera recordar aquí a unos testigos que a mí me estremecen: los niños de pecho. **“Mas los sumos sacerdotes y los escribas al ver los milagros que había hecho y a los niños que gritaban en el Templo <<¡Hosanna al Hijo de David!>>, se indignaron y le dijeron: <<¿oyes lo que dicen éstos?>> <<Sí -les dice Jesús- ¿No habéis oído nunca que De la boca de los niños y de los que aún maman te preparaste alabanza?>>”** Mt (21,15-16). Emmerick menciona que en Gat Jéfer (mencionado en Josué 19:13 y 2 Reyes 14:25): “Él los contuvo, permitió a los niños que se aglomeraran en torno a Él, y Él mismo mostró todo el amor y afecto por ellos. Y así se dirigieron a la corte antes de la sinagoga en medio de los gritos ininterrumpidos de los más pequeños: 'Jesús de Nazaret El más Santo de los Profetas!' Incluso los niños que maman que nunca habían hablado todavía, clamaban por Él”; y en la última catequesis de Jesús en el Templo antes del Domingo de Ramos, nos dice Emmerick: "Entonces Él se refirió a lo que estaba por ocurrir pronto, y dijo que Él debería ser abandonado por los suyos. Al principio Él entrará al Templo con esplendor, abiertamente, como victorioso, y los labios de los que maman que nunca habían hablado todavía anunciarán su entrada".

Jesucristo es el testigo que manifiesta la verdad que no conocía cabalmente el hombre: el amor de Dios a la humanidad. **“Porque tanto amo Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él”** Jn (3,16-17). A este amor que nos salva, que nos rescata, que abre nuevamente las puertas del Cielo y la vida eterna para el hombre, es lo que llamamos misericordia divina: “Misericordia, la palabra latina cuyo significado etimológico es '*miseris cor dan*', 'dar el corazón a los pobres', aquellos que están en necesidad, los que están sufriendo”.⁶ Nos dice Santo Tomás de Aquino: “En sí misma la misericordia es la más grande de las virtudes, ya que a ella pertenece volcarse en otros y, más aún, socorrer sus deficiencias. Esto es peculiar del superior,

⁵ Sal 8,2-3

⁶ Discurso del Papa Francisco para grupos de Misericordias y Frates de Italia, 14 de junio de 2014

y por eso se tiene como propio de Dios tener misericordia, en la cual resplandece su omnipotencia de modo máximo».⁷ Nos dice San Juan Pablo II: "Jesús, sobre todo con su estilo de vida y con sus acciones, ha demostrado cómo *en el mundo* en que vivimos *está presente el amor*, el amor operante, el amor que se dirige al hombre y abraza todo lo que forma su humanidad. Este amor se hace notar particularmente en el contacto con el sufrimiento, la injusticia, la pobreza; en contacto con toda la «condición humana» histórica, que de distintos modos manifiesta la limitación y la fragilidad del hombre, bien sea física, bien sea moral. Cabalmente el modo y el ámbito en que se manifiesta el amor es llamado «misericordia» en el lenguaje bíblico."⁸ Y Santa Faustina Kowalska: "En aquel tiempo el Señor me dio mucha luz para que conociera sus atributos. El primer atributo que el Señor me dio a conocer fue su Santidad...El segundo atributo que el Señor me dio a conocer fue su Justicia...El tercer atributo fue el Amor y la Misericordia. Y entendí que el mayor atributo es el Amor y la Misericordia. Este une la criatura al Creador. El amor más grande y el abismo de la misericordia los reconozco en la Encarnación del Verbo, en su redención, y de esto entendí que éste es el más grande atributo de Dios."⁹ Este testimonio de la verdad de Jesucristo fue profetizado por Zacarías, cuando lleno del Espíritu Santo proclama la visita y redención de Dios, que surge de las entrañas de Su misericordia, y nos trae la Luz para guiar nuestros pasos en la oscuridad: "**«Bendito el Señor Dios de Israel porque ha visitado y redimido a su pueblo, y nos ha suscitado una fuerza salvadora en la casa de David, su siervo, como había prometido desde tiempos antiguos, por boca de sus santos profetas, que nos salvaría de nuestros enemigos y de las manos de todos los que nos odiaban haciendo misericordia a nuestros padres y recordando su santa alianza y el juramento que juró a Abraham nuestro padre, de concedernos que, libres de manos enemigas, podamos servirle sin temor en santidad y justicia delante de él todos nuestros días. Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, pues irás delante del Señor para preparar sus caminos y dar a su pueblo conocimiento de salvación por el perdón de sus pecados, por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, que harán que nos visite una Luz de la altura, a fin de iluminar a los que habitan en tinieblas y sombras de muerte y guiar nuestros pasos por el camino de la paz»**" Lc(1,68-79).

⁷ Summa Theologiae II-II, q. 30, art. 4. Cf. ibíd. q. 30, art. 4, ad 1

⁸ Encíclica Dives in Misericordia II.3, 30 noviembre 1980

⁹ Diario de Santa Faustina Kowalska #180 (secretaria y apóstol de la misericordia de Jesucristo)

El precio de su propia sangre derramada

Jesucristo nos rescató pagando el precio de su propia sangre derramada: **“En él tenemos por medio de su sangre la redención, el perdón de los delitos, según la riqueza de su gracia que ha prodigado sobre nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el Misterio de su voluntad según el beneplácito designio que en él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra”** Ef (1,7-10); **“...sabiendo que habéis sido rescatados de la conducta necia heredada de vuestros padres, no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancilla, Cristo, predestinado antes de la creación del mundo y manifestado en los últimos tiempos a causa de vosotros”** 1 P (1,18-20); **“Pues si la sangre de machos cabríos y de toros y la ceniza de vaca santifica con su aspersion a los contaminados, en orden a la purificación de la carne, ¡cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo!”** Hb(9,13-14).

Jesucristo derramo su preciosa sangre, la que nos rescató, la que nos redimió, no en cualquier lugar, sino en el lugar exacto de salvación de la humanidad. Los cuatro evangelistas nos indican el entorno: lo crucificaron y murió en un lugar llamado Gólgota, esto es, el lugar de la Calavera. Y San Juan nos dice que **"Cuando se acercaron a Jesús se dieron cuenta de que ya había muerto; por eso no le rompieron las piernas. Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza y, al punto, brotó de su costado sangre y agua"** Jn (19,33-34). Y detalla Emmerick: "Parecía que los verdugos todavía tenían algunas dudas en cuanto a la muerte del Señor, y Sus amigos, después de ser testigos de la terrible escena recién descrita¹⁰, estaban más ansiosos que nunca para que ellos se retiraran. Cassius, el oficial subalterno, luego conocido como Longino, un hombre de veinticinco de alguna manera rápido, impetuoso, cuyos aires de importancia y oficiosidad se unían a su debilidad, los ojos bizcos que lo exponían al ridículo de sus subordinados, fue apoderado rápidamente por una pasión maravillosa. La barbarie, la vulgar ferocidad de los verdugos, la angustia de la Vendita Virgen, y la gracia convergieron en él en ese rápido y sobrenatural impulso de pasión, todo combinado para hacerle dar cumplimiento a una Profecía. Su lanza, que estaba acortada al correrse una sección sobre otra, la extrajo totalmente a su largo completo, clavo la punta sobre ella, giro la cabeza de su caballo, y lo condujo audazmente al angosto espacio encima del promontorio donde la cruz estaba clavada. Había apenas lugar para que el animal girara, y vi a Cassius dominarlo con las riendas frente al desfiladero producido por la roca agrietada. El paró entre la cruz de Jesús y la del buen ladrón, a la derecha del cuerpo de Nuestro Salvador, sujetó la lanza con ambas manos, y la impulso hacia

¹⁰ La muerte a garrotazos de los ladrones crucificados.

arriba con tal violencia en el demacrado, dilatado lado derecho del Sagrado Cuerpo, a través de las entrañas y el corazón, que su punta abrió una pequeña herida en su pecho izquierdo. Cuando con toda su fuerza saco su bendita lanza de la ancha herida que había hecho al lado derecho de Jesús, un chorro copioso de sangre y agua irrumpió y se derramó sobre su cara levantada, humedeciéndolo con gracia y salvación. El descendió rápidamente de su caballo, cayó sobre sus rodillas, se golpeó el pecho, y frente a todos los presentes proclamo en voz alta su creencia en Jesús.

La Vendita Virgen, Juan, y las santas mujeres, que tenían sus ojos puestos en Jesús, presenciaron con terror la rápida acción, acompañando la estocada de la lanza con un grito de congoja, y corrieron hasta la cruz. María, como si la lanzada le hubiera paralizado su propio corazón, sintió la filosa punta penetrándola de los pies a la cabeza. Ella cayó en los brazos de sus amigos, mientras Cassius, todavía de rodillas, estaba confesando en voz alta al Señor y alabando gozosamente a Dios. Él estaba iluminado; ahora veía claramente y perfectamente. Los ojos de su cuerpo como los de su alma, fueron curados y abiertos. Un sentimiento de la más profunda reverencia se apodero de todos a la vista de la sangre del Redentor que, mezclada con agua, caía en un chorro espumoso en un hueco de la roca a los pies de la cruz".

Pero, ¿dónde exactamente derramo Jesucristo su preciosa sangre? Orígenes de Alejandría, en sus Comentarios de Mateo (27,32) del año 246, nos da una pista "Vinculado al lugar de la calavera, me llegó que los Hebreos legaron [la tradición que] el cuerpo de Adán había sido enterrado aquí; de manera que 'como en Adán todos murieron' Adán será despertado tanto como 'en Cristo todos retornarán a la vida'¹¹". Y Emmerick nos indica el lugar exacto: "Una vez tuve una visión del Monte Calvario. Vi en él un profeta, el compañero de Elías. En ese momento el monte estaba lleno de cuevas y sepulcros. El profeta entro a una de las cuevas y de un féretro de piedra lleno de huesos tomo la calavera de Adán. Instantáneamente un ángel apareció delante de él, diciendo: 'Esa es la calavera de Adán', y prohibió su extracción. Esparcido sobre la calavera había algunos delgados pelos amarillos. Por la versión del profeta de lo que había ocurrido, el sitio se llamó 'El lugar de las Calaveras' (Calvario). La Cruz de Cristo estaba levantada en línea recta sobre esa calavera en el tiempo de su Su Crucifixión¹². Fui instruida interiormente que el sitio sobre el que la calavera descansa está en el punto medio de la tierra".

Jesús, árbol de la vida, quiso hacerse nuevamente cercano y derramar su sangre llena de vida eterna y su agua de purificación, dar su corazón amoroso a la miseria humana, hacerse presente a la muerte de Adán, alcanzando a su calavera. Y de esa forma rescatar a la oveja perdida de las garras del seol, y recuperar así nuestra herencia de

¹¹ 1 Cor(15,22)

¹² Cuando Jesús entregó su espíritu, un terremoto partió las rocas (Mt 27,51). Según el abad ucraniano Danylo de un monasterio ruso, en las notas de su peregrinación a Tierra Santa en 1106-7 da un por qué del partido de las rocas: "Bajo esta roca yacía la calavera del primer hombre...la roca fue abierta arriba de la calavera de Adán y la Sangre y el Agua que fluyeron del costado de Cristo corrieron a través de esta grieta y quitaron los pecados de los hombres".

hijos de Dios. Esta cercanía vital, llena de amor, de un anonadamiento inconcebible, nos recuerda la cercanía en la creación del hombre: **“Entonces Yahveh Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente”** Gn(2,7). Contemplemos este misterio inefable, adoremos y glorifiquemos a Dios, demos gracias a Dios por su amor inconcebible que nos salva.

Rociando con su sangre de Cordero de Dios a Adán, nos ha rociado a todos: **“Vosotros, en cambio, os habéis acercado...a Jesús mediador de una nueva Alianza, y a la aspersion purificadora de una sangre que habla mejor que la de Abel”** Hb(12,22-24). Hay gente que desearía tener contacto con una sola gota de esa sangre preciosa. Es porque no se da cuenta que Jesús está vivo, presente en cuerpo y sangre en el Santísimo Sacramento; se sigue haciendo presente a la humanidad hasta el fin de los tiempos.

Esa sangre derramada trajo la paz, porque todos los pueblos pasaron a ser hermanos que forman un sólo cuerpo, y así no hay enemigos en la nueva Alianza: **“pues Dios, tuvo a bien hacer residir en él toda la Plenitud, y reconciliar por él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos”** Col (1,19-20).

¿Por qué tuvo que venir su único Hijo a sufrir y morir para redimirnos?

Quisiera detenerme en dos cuestiones no menores: por un lado, se dice que si Dios es todopoderoso, ¿por qué tuvo que venir su único Hijo a la tierra a sufrir y morir para redimirnos?; y por otro lado, se ha dicho que en realidad, como Jesús era Dios, sufrió menos que un ser humano común.

Con respecto a la primera cuestión, creo que el que se plantea esa pregunta todavía no se dio cuenta que Dios nos ama muchísimo. El anonadamiento, la humillación, el darse de Jesús por mis pecados es algo que incomoda, pero debemos contemplarlo como un misterio pascual incomprensible de su amor incondicional y de su mar de misericordia. San Pablo lo dice claramente **“Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres”** 1 Co(1, 22-25). Jesús mismo lo dice claramente: **“El hijo del hombre debe sufrir mucho, y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitar al tercer día”** Lc(9,22); **“Mirad que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas; le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, y se burlarán de él, le escupirán, le azotarán y le matarán, y a los tres días resucitará”** Mc(10,33-34); **“Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria? Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras”** Lc(24,25-27).

Aunque hay muchas cosas muy valiosas escritas sobre este tema, quiero compartir algunas visiones de Emmerick, que ayudan a profundizar sobre este misterio. En el prendimiento de Jesús en el monte de los Olivos, cuando Jesús dice **“Vuelve tu espada a su sitio, porque todos los que empuñen espada, a espada perecerán. ¿O piensas que no puedo yo rogar a mi Padre, que pondría al punto a mi disposición más de doce legiones de ángeles? Mas, ¿cómo se cumplirán las Escrituras de que así debe suceder?”** Mt(26,52-54). Emmerick nos dice que Él agregó: **“Tengo que sufrir para curar al hombre”**. Jesús con su amor misericordioso nos devolvió la vida: **“Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo”** Ef (2,4-5).

En la agonía de Jesús en el monte de los Olivos, cuando viene a sus discípulos, nos dice Emmerick: **“Hallándolos dormidos, juntó las manos, cayó junto a ellos lleno de tristeza y de agotamiento, y dijo: ‘Simón, ¿duermes?’** Con estas palabras se despertaron y Le levantaron. Díjoles en Su abandono espiritual: **‘Qué! ¿No podáis velar una hora conmigo?’**. Cuando Le vieron aterrado y desfigurado, tan pálido,

temblando, empapado en sudor, con escalofríos y debilitado; cuando oyeron Su voz alterada y casi extinguida, no supieron qué pensar; y si no se les hubiera aparecido rodeado de una luz radiante, lo hubiesen desconocido. Juan le dijo: 'Maestro, ¿qué tenéis? ¿Debo llamar a los otros discípulos? ¿Debemos huir?' Jesús respondió: 'Si viviera, enseñara y curara todavía treinta y tres años, no bastaría para cumplir lo que tengo que hacer de aquí a mañana. No llaméis a los otros ocho; helos dejados allí, porque no podrían verme en esta miseria sin escandalizarse: caerían en tentación, olvidarían mucho, y dudarían de Mí, porque verían al Hijo del hombre transfigurado, y también en su oscuridad y abandono; pero velen y oren para no caer en la tentación, porque el espíritu está pronto, pero la carne es débil'. Para volver a darnos vida eterna, para perdonarnos, para acercarnos, para salvarnos, para sanarnos, para redimirnos, para curarnos, para resucitarnos, tenía que responder a nuestro mal, con bien, con su amor, con su darse todo aunque tuviera que sufrir su dolorosa pasión, aunque fuera inocente, aunque fuera crucificado, aunque tuviera que morir físicamente. Jesús nos regaló esta frase para meditar profundamente: "Si viviera, enseñara y curara todavía treinta y tres años, no bastaría para cumplir lo que tengo que hacer de aquí a mañana."

La misericordia revelada en la cruz y en la resurrección es explicada por San Juan Pablo II: "El que «pasó haciendo el bien y sanando», «curando toda clase de dolencias y enfermedades», él mismo parece merecer ahora la más grande misericordia y *apelarse a la misericordia* cuando es arrestado, ultrajado, condenado, flagelado, coronado de espinas; cuando es clavado en la cruz y expira entre terribles tormentos. Es entonces cuando merece de modo particular la misericordia de los hombres, a quienes ha hecho el bien, y no la recibe. Incluso aquellos que están más cercanos a Él, no saben protegerlo y arrancarlo de las manos de los opresores. En esta etapa final de la función mesiánica se cumplen en Cristo las palabras pronunciadas por los profetas, sobre todo Isaías, acerca del Siervo de Yahvé: «por sus llagas hemos sido curados»...

La Cruz de Cristo sobre el Calvario surge *en el camino* de aquel *admirabile commercium*, de aquel *admirable comunicarse de Dios al hombre* en el que está contenida a su vez *la llamada dirigida al hombre, a fin de que, donándose a sí mismo a Dios y donando consigo mismo todo el mundo visible, participe en la vida divina, y para que como hijo adoptivo se haga partícipe de la verdad y del amor que está en Dios y proviene de Dios. Justamente en el camino de la elección eterna del hombre a la dignidad de hijo adoptivo de Dios, se alza en la historia la Cruz de Cristo, Hijo unigénito que, en cuanto «luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero», ha venido para dar el testimonio último de la admirable alianza de Dios con la humanidad, de Dios con el hombre, con todo hombre. Esta alianza tan antigua como el hombre —se remonta al misterio mismo de la creación— restablecida posteriormente en varias ocasiones con un único pueblo elegido, es asimismo la alianza nueva y definitiva, establecida allí, en el Calvario, y no limitada ya a un único pueblo, a Israel, sino abierta a todos y cada uno...*

...también en esta glorificación del hijo de Dios sigue estando presente la cruz, la cual —a través de todo el testimonio mesiánico del Hombre-Hijo— que sufrió en ella la muerte, *habla y no cesa nunca de decir que Dios-Padre, que es absolutamente fiel a su eterno amor por el hombre, ya que «tanto amó al mundo —por tanto al hombre en el mundo— que le dio a su Hijo unigénito, para que quien crea en él no muera, sino que tenga la vida eterna»*. Creer en el Hijo crucificado significa «ver al Padre», significa creer que el amor está presente en el mundo y que este amor es más fuerte que toda clase de mal, en que el hombre, la humanidad, el mundo están metidos. Creer en ese amor significa *creer en la misericordia*. En efecto, es ésta la dimensión indispensable del amor, es como su segundo nombre y a la vez el modo específico de su revelación y actuación respecto a la realidad del mal presente en el mundo que afecta al hombre y lo asedia, que se insinúa asimismo en su corazón y puede hacerle «perecer en la gehenna».

Al que estaba sin pecado, «Dios lo hizo pecado en favor nuestro». Se hace también justicia de la muerte que, desde los comienzos de la historia del hombre, se había aliado con el pecado. Este hacer justicia de la muerte se lleva a cabo bajo el precio de la muerte del que estaba sin pecado y del único que podía —mediante la propia muerte— infligir la muerte a la misma muerte. De este modo *la cruz de Cristo, sobre la cual el Hijo, consubstancial al Padre, hace plena justicia a Dios, es también una revelación radical de la misericordia, es decir, del amor que sale al encuentro de lo que constituye la raíz misma del mal en la historia del hombre: al encuentro del pecado y de la muerte*.

La cruz es la inclinación más profunda de la Divinidad hacia el hombre y todo lo que el hombre —de modo especial en los momentos difíciles y dolorosos— llama su infeliz destino. La cruz es como un toque del amor eterno sobre las heridas más dolorosas de la existencia terrena del hombre, es el cumplimiento, hasta el final, del programa mesiánico que Cristo formuló una vez en la sinagoga de Nazaret y repitió más tarde ante los enviados de Juan Bautista. Según las palabras ya escritas en la profecía de Isaías, tal programa consistía en la revelación del amor misericordioso a los pobres, los que sufren, los prisioneros, los ciegos, los oprimidos y los pecadores. En el misterio pascual es superado el límite del mal múltiple, del que se hace partícipe el hombre en su existencia terrena: la cruz de Cristo, en efecto, nos hace comprender las raíces más profundas del mal que ahondan en el pecado y en la muerte; y así la cruz se convierte en un signo escatológico. Solamente en el cumplimiento escatológico y en la renovación definitiva del mundo, *el amor vencerá en todos los elegidos las fuentes más profundas del mal*, dando como fruto plenamente maduro el reino de la vida, de la santidad y de la inmortalidad gloriosa. El fundamento de tal cumplimiento escatológico está encerrado ya en la cruz de Cristo y en su muerte. El hecho de que Cristo «ha resucitado al tercer día» constituye el signo final de la misión mesiánica, signo que corona la entera revelación del amor misericordioso en el mundo sujeto al mal. Esto constituye a la vez el signo que preanuncia «un cielo nuevo y una tierra nueva», cuando Dios «enjugará las lágrimas de nuestros ojos; no habrá ya muerte, ni luto, ni llanto, ni afán, porque las cosas de antes han pasado».

En el cumplimiento escatológico, la misericordia se revelará como amor, mientras que en la temporalidad, en la historia del hombre —que es a la vez historia de pecado y de muerte— el amor debe revelarse ante todo como misericordia y actuarse en cuanto tal. El programa mesiánico de Cristo, —programa de misericordia— se convierte en el programa de su pueblo, el de su Iglesia. Al centro del mismo está siempre la cruz, ya que en ella la revelación del amor misericordioso alcanza su punto culminante. Mientras «las cosas de antes no hayan pasado», la cruz permanecerá como ese «lugar», al que aún podrían referirse otras palabras del Apocalipsis de Juan: «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno escucha mi voz y abre la puerta, yo entraré a él y cenaré con él y él conmigo». De manera particular Dios revela asimismo su misericordia, cuando invita al hombre a la «*misericordia*» *hacia su Hijo, hacia el Crucificado...*

Este es el Hijo de Dios que en su resurrección ha experimentado de manera radical en sí mismo la misericordia, es decir, el amor del Padre que es *más fuerte que la muerte*. Y es también el mismo Cristo, Hijo de Dios, quien al término —y en cierto sentido, más allá del término— de su misión mesiánica, se revela a sí mismo como fuente inagotable de la misericordia, del mismo amor que, en la perspectiva ulterior de la historia de la salvación en la Iglesia, debe confirmarse perennemente más fuerte que el pecado. El Cristo pascual es la encarnación definitiva de la misericordia, su signo viviente: histórico-salvífico y a la vez escatológico. En el mismo espíritu, la liturgia del tiempo pascual pone en nuestros labios las palabras del salmo: «Cantaré eternamente las misericordias del Señor».¹³

Las huelgas de hambre se han utilizado como forma de protesta ante una injusticia: tienen su fuerza en la no violencia y en que no queremos que ese ser humano muera. En comparación, ¿qué fuerza tiene el sufrimiento y muerte de un Dios inocente como Jesús? A este respecto, son reveladoras estas visiones de Emmerick sobre Satanás, cuando Judas visita a los Sumos Sacerdotes después de la última cena: «Vi el reino del Infierno dividido contra sí mismo. Satanás deseaba el crimen de los Judíos con la muerte del Más Inocente; anhelaba la muerte de Jesús, el Conversor de pecadores, el santo Maestro, el Salvador, el Único Justo, a quien odiaba. Pero al mismo tiempo experimentaba un sentimiento de miedo ante el pensamiento de la muerte sin tacha de Jesús, que no hacía ningún esfuerzo para ocultarse, que no se ponía a salvo, le envidiaba el poder de sufrir inocentemente».

Quisiera mencionar tres oraciones que apelan a la Misericordia Divina, comprada para nosotros por Jesús a precio de sangre y muerte de cruz.

Jesús le transmitió a Santa Faustina una oración que conocemos como la coronilla a la Divina Misericordia: "Esta oración es para aplacar Mi ira, la rezarás durante nueve días con un rosario común, de modo siguiente: primero rezarás una vez el Padre nuestro y el Ave María y el Credo, después, en las cuentas correspondientes al Padre nuestro, dirás las siguientes palabras: Padre Eterno, Te ofrezco el Cuerpo y la Sangre,

¹³ Encíclica Dives in Misericordia V, 30 de noviembre 1980

el Alma y la Divinidad de Tu Amadísimo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, como propiciación por nuestros pecados y los del mundo entero; en las cuentas del Ave María, dirás las siguientes palabras: Por su dolorosa Pasión, ten misericordia de nosotros y del mundo entero. Para terminar, dirás tres veces estas palabras: Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten piedad de nosotros y del mundo entero."¹⁴ Lo que hace muy presente esta oración, es que no es por nuestros méritos que alcanzamos la misericordia, sino por el darse totalmente, incondicionalmente en una dolorosa pasión, del amadísimo Hijo de Dios en favor nuestro para salvarnos del pecado y de la muerte.

La otra oración que Jesús le pide a Santa Faustina, es una a la hora de la misericordia: "A las tres, ruega por Mi misericordia, en especial para los pecadores y aunque sólo sea por un brevísimo momento, sumérgete en Mi Pasión, especialmente en Mi abandono en el momento de Mi agonía. Ésta es la hora de la gran misericordia para el mundo entero. Te permitiré penetrar en Mi tristeza mortal. En esta hora nada le será negado al alma que lo pida por los méritos de Mi Pasión..."¹⁵ Te recuerdo, hija Mía, que cuantas veces oigas el reloj dando las tres, sumérgete totalmente en Mi misericordia, adorándola y glorificándola; suplica su omnipotencia para el mundo entero y especialmente para los pobres pecadores, ya que en ese momento se abrió de par en par para cada alma. En esa hora puedes obtener todo lo que pides para ti y para los demás. En esa hora se estableció la gracia para el mundo entero: la misericordia triunfó sobre la justicia. Hija Mía, en esa hora procura rezar el Vía Crucis, en cuanto te lo permitan los deberes; y si no puedes rezar el Vía Crucis, por lo menos entra un momento en la capilla y adora en el Santísimo Sacramento a Mi Corazón que está lleno de misericordia. Y si no puedes entrar en la capilla, sumérgete en oración allí donde estés, aunque sea por un brevísimo instante. Exijo el culto a Mi misericordia de cada criatura, pero primero de ti, ya que a ti te he dado a conocer este misterio de modo más profundo."¹⁶ Estas palabras me recuerdan lo importante de meditar la pasión de Jesús, y para los que no son afectos al Rosario con sus misterios dolorosos, ¡qué buena alternativa es el Vía Crucis!

Junto con la Coronilla de la Misericordia y la hora de la Misericordia, quisiera mencionar una oración ortodoxa para alcanzar la misericordia originada en los Padres del Desierto en el siglo V, denominada oración del Nombre de Jesús, que con frecuencia se repite muchas veces con la ayuda del cordón de oración: "Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten misericordia de mí, pecador".

¹⁴ Diario de Santa Faustina Kowalska #476

¹⁵ *Ibíd.* #1320; Mt(27,46)

¹⁶ *Ibíd.* #1572

¿Jesús sufrió menos que un ser humano común?

Con respecto a la segunda cuestión, estoy convencido que Jesús sufrió más que un ser humano común y no menos. Pero sufrió porque nos ama, porque nos quiso rescatar en un acto de misericordia supremo. Ese deseo de sanarnos queda clarísimo en la descripción de Emmerick de la escena cuando Jesús se encuentra con su propia cruz: "Varios esclavos, arrastrando la madera de la cruz, entraron por la puerta del lado oeste, y la tiraron ruidosamente a Sus pies. Los dos brazos, que eran más livianos y provistos de espigas, fueron amarrados con cuerdas al tronco, que era más ancho y más pesado. Las cuñas, el pequeño bloque para los pies, y la tabla recién terminada para la inscripción fueron llevadas junto con otras cosas por muchachos que estaban aprendiendo el oficio de verdugo.

Tan pronto como la cruz fue tirada al piso delante de Él, Jesús cayó en Sus rodillas, puso Sus brazos alrededor de ella, y la besó tres veces mientras pronunciaba susurrando una oración dando gracias a Su Padre Celestial porque la Redención de la humanidad ahora comenzaba".

De acuerdo a una tradición medieval, a Jesús le infligieron 5466 heridas durante su Pasión. No sabemos si fue ese el número de heridas, pero como veremos a continuación a través de las visiones de Emmerick, fueron realidad las duras profecías del siervo doliente de Isaías: **"Y yo no me resistí, ni me hice atrás. Ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban, mis mejillas a los que arrancaban mi barba. No retiré mi rostro a los insultos y salivazos...tan desfigurado tenía el aspecto que no parecía hombre, ni su apariencia era humana...Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta. ¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados...Yahveh descargó sobre él la culpa de todos nosotros. Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca. Tras arresto y juicio fue arrebatado, y de sus contemporáneos, ¿quién se preocupa? Fue arrancado de la tierra de los vivos; por las rebeldías de su pueblo ha sido herido; y se puso su sepultura entre los malvados y con los ricos su tumba, por más que no hizo atropello ni hubo engaño en su boca. Mas plugo a Yahveh quebrantarle con dolencias"**¹⁷

La agonía

¹⁷ Is (50,5-6),Is (52,14-53-10)

"Cuando Jesús estaba en Jerusalén, siendo muy próxima su última pascua, nos dice San Juan "Ahora mi alma está turbada. Y ¿qué voy a decir? ¡Padre, líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto! Padre, glorifica tu Nombre" Jn(12,27-28). Jesús estaba sintiendo la angustia y el miedo ante su hora que se acercaba, porque era verdaderamente hombre. Luego de la última cena, nos dice San Marcos **"Van a una propiedad, cuyo nombre es Getsemaní, y dice a sus discípulos: <<Sentaos aquí, mientras yo hago oración.>> Toma consigo a Pedro, Santiago y Juan, y comenzó a sentir pavor y angustia. Y les dice: <<Mi alma está triste hasta el punto de morir; quedaos aquí y velad.>> Y adelantándose un poco caía en tierra y suplicaba que de ser posible pasara de él aquella hora. Y decía: <<¡Abba, Padre!; todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú>>" Mc(14,32-36).** A un presbítero que conozco le llama la atención que Jesús pida esto a su Padre, ya que era su misión. Yo creo que quizás esta súplica no se termina de entender por lo sucinto de los evangelios. Veamos algunos pasajes de las visiones de Emmerick sobre esta agonía: "Cuando Jesús dejó a los Apóstoles, vi un gran número de aterradoras figuras rodeándolo en un círculo cada vez más estrecho. Su tristeza y angustia aumentó. Se retiró temblando al fondo de la cueva, como uno buscando refugio de una tempestad violenta, y allí oró. Vi las visiones espantosas que lo seguían en la gruta, y se volvían cada vez más nítidas. Ah! Era como si la angosta cueva abarcara la horrible, la agonizante visión de todos los pecados, con sus placeres y sus castigos, cometidos desde la Caída de nuestros primeros padres hasta el fin del mundo; ya que fue aquí en el Monte de los Olivos que Adán y Eva, expulsados del Paraíso, donde al principio habían descendido en la inhospitalaria tierra, y en esa misma gruta habían tenido miedo y alarma lamentando su miseria. Sentí de la forma más vívida que Jesús, abandonándose a sí mismo a los sufrimientos que le aguardaban y sacrificándose a la Justicia Divina como satisfacción por los pecados del mundo, causó en cierta manera que Su Divinidad volviera a la Santísima Trinidad. Hizo esto para -por Su infinito amor, Su más pura y sensible, Su más inocente y verdadera Humanidad, soportada sólo por el amor de Su Corazón humano- consagrarse Él mismo a padecer por los pecados del mundo las mayores atrocidades de agonía y sufrimiento. Para compensar por el origen y el desarrollo de todas las clases de pecados y placeres culposos, el Jesús más misericordioso, por amor a nosotros pecadores, recibió en Su propio Corazón la raíz de todos los sufrimientos expiatorios de reconciliación y salvación. Permitió esos sufrimientos infinitos como reparación por infinidad de pecados, como un árbol de sufrimiento con mil ramificaciones, que penetra, que se extiende a través de todos los miembros de Su Sagrado Cuerpo, todas las facultades de Su santa Alma. Y así renunciando enteramente a Su Humanidad, se postró sobre Su rostro, invocando a Dios en atroz tristeza y angustia. Vio en incontables formas todos los pecados del mundo con su fealdad innata. Cargó todo sobre Él y se ofreció Él mismo en Su oración para satisfacer con Sus propios sufrimientos la Justicia de Su Padre Celestial por toda esa culpa. Pero Satanás quien, con una silueta aterradoras y con burla furiosa, circulaba entre toda esta abominación, se volvió en cada momento más violetamente enfurecido contra Él. Evocó ante los ojos de Su alma visiones de los pecados de los hombres, a cual más horrible, y constantemente dirigiéndole a la Sagrada Humanidad

de Jesús palabras como, 'Qué! Vas a cargar sobre Ti también esto? Estás pronto para padecer su castigo? Cómo puedes Tú pagar por esto?'

Vi en visión todas estas cosas por las que el Señor Se ofreció a sí mismo en expiación, y con Él soporté la carga de muchas de las acusaciones que el tentador hacía contra Él; y entre esas visiones de los pecados del mundo por los el Salvador asumió la responsabilidad, vi mis propias y numerosas transgresiones. De la nube de tentaciones que rodeaban a Jesús, vi un flujo que manaba hacia mí, y me fueron mostrados, para mi gran consternación, todos mis defectos de omisión y perpetración...¹⁸

Al principio Jesús estaba calmadamente arrodillado en oración¹⁹, pero después de un rato Su alma retrocedió en espanto por la multitud y la atrocidad de los pecados del hombre y la ingratitud contra Dios. Tan abrumadora era la tristeza, la agonía de corazón que cayó sobre Él que, temblando y estremeciéndose, oró implorando: 'Abba, Padre, si es posible, aparta de Mí esta copa! Padre Mío, todo es posible para Ti. Aparta de Mí esta copa!' Entonces reponiéndose, agregó: 'Pero no se haga Mi voluntad, sino la Tuya'. Su voluntad y la del Padre eran una. Pero ahora que por amor Él se entregó así mismo a la debilidad de Su naturaleza humana, se estremeció ante el pensamiento de la muerte. Vi la gruta alrededor de Él llena de figuras aterradoras. Vi los pecados, la maldad, los vicios, los tormentos, la ingratitud de los hombres torturándolo y aplastándolo, y el horror de la muerte, el terror que experimentó como Hombre ante la inmensidad de los sufrimientos expiatorios que pronto iban a caer sobre Él, lo vi apretujado y embestido por los más horrorosos fantasmas. Retorciendo sus manos, se tambaleaba de un lado al otro, y el sudor de la agonía lo cubrió. Temblaba y se estremecía. Se levantó, pero Sus temblorosas rodillas apenas podían soportarlo. Su semblante estaba muy desfigurado y casi irreconocible. Sus labios estaban blancos y Su cabello erizado. Eran aproximadamente las diez y media cuando Se tambaleó hasta ponerse de pie y, bañado en sudor y a menudo cayendo, se tambaleó en vez de caminar hacia donde los tres discípulos Le estaban esperando. Subió a la izquierda de la gruta hasta una terraza sobre la que descansaban uno cerca del otro apoyados en sus brazos, la espalda de uno vuelta hacia el pecho de su vecino. Agotados por la fatiga, el dolor y la ansiedad, bajo la tentación, se habían quedado dormidos. Jesús fue hacia ellos como un hombre abrumado por la tristeza a quien el terror Le lleva a la compañía de Sus amigos, y también como un fiel pastor que, aunque Él mismo temblando al extremo, cuida de Su rebaño, que sabe que corre peligro, porque Él sabía que ellos también estaban en angustia y tentación. A lo largo de esta corta distancia, vi que las siluetas espantosas nunca lo abandonaron. Hallándolos dormidos, juntó las manos, cayó junto a ellos lleno de tristeza y de agotamiento, y dijo: 'Simón, ¿duermes?' Con estas palabras se despertaron y Le levantaron. Díjoles en Su abandono espiritual: 'Qué! ¿No podíais velar una hora conmigo?'. Cuando Le vieron aterrado y desfigurado, tan pálido, temblando, empapado en sudor, con escalofríos y

¹⁸ También están incluidos todos los tuyos y los míos

¹⁹ Lc (22,41)

debilitado; cuando oyeron Su voz alterada y casi extinguida, no supieron qué pensar; y si no se les hubiera aparecido rodeado de una luz radiante, lo hubiesen desconocido. Juan le dijo: 'Maestro, ¿qué tenéis? ¿Debo llamar a los otros discípulos? ¿Debemos huir?' Jesús respondió: 'Si viviera, enseñara y curara todavía treinta y tres años, no bastaría para cumplir lo que tengo que hacer de aquí a mañana. No llaméis a los otros ocho; helos dejados allí, porque no podrían verme en esta miseria sin escandalizarse: caerían en tentación, olvidarían mucho, y dudarían de Mí, porque verían al Hijo del hombre transfigurado, y también en su oscuridad y abandono; pero velen y oren para no caer en la tentación, porque el espíritu está pronto, pero la carne es débil'. Para volver a darnos vida eterna, para perdonarnos, para acercarnos, para salvarnos, para sanarnos, para redimirnos, para curarnos, para resucitarnos, tenía que responder a nuestro mal, con bien, con su amor, con su darse todo aunque tuviera que sufrir su dolorosa pasión, aunque fuera inocente, aunque fuera crucificado, aunque tuviera que morir físicamente. Jesús nos regaló esta frase para meditar profundamente: "Si viviera, enseñara y curara todavía treinta y tres años, no bastaría para cumplir lo que tengo que hacer de aquí a mañana..."

Cuando Jesús volvió a la gruta llevando Su carga de tristeza con Él, se echó boca abajo en el suelo, con Sus brazos extendidos²⁰, y oraba a Su Padre Celestial. Y ahora Su alma comenzó una nueva lucha, que duró tres cuartos de hora. Vinieron ángeles y le mostraron una larga serie de visiones y lo que tendría que padecer en toda su extensión para la expiación del pecado. Mostraron la belleza y la excelencia del hombre, imagen de Dios, antes de la Caída, junto con su deformidad y corrupción después de la Caída. Mostraron como cada pecado se origina de aquel primer pecado; señalaron la esencia y el significado de la concupiscencia, sus terribles efectos sobre los poderes del alma, así como el bienestar físico del hombre; también la esencia y el significado de todos los sufrimientos conllevados como castigos por la misma codicia de placer. Le mostraron, en los sufrimientos expiatorios que Le aguardaban, primero un sufrimiento que alcanzaría tanto el cuerpo como el alma, un castigo que englobaba en su intensidad toda la sanción debida a la Divina Justicia por los pecados de toda la raza humana. En segundo lugar, Le mostraron un sufrimiento que, para que fuera satisfactorio, debería escarmentar los crímenes de toda la raza humana en esa sola Humanidad que estaba sin pecado -concretamente, la Humanidad Más Sagrada del Hijo de Dios. Esa Sagrada Humanidad, a través del amor, asumió toda la culpa de la humanidad con la sanción prevista por eso; consecuentemente, también tenía que ganar la victoria sobre la aberración del hombre al dolor y la muerte...

Ninguna lengua puede expresar el horror, la angustia que agobiaba el alma de Jesús ante la vista de estas visiones de sufrimiento expiatorio. Entendió no sólo la consecuencia de cada especie de concupiscencia, sino también su propia y peculiar sanción expiatoria, el significado de todos los instrumentos de tortura conectados con eso; por lo que no sólo el pensamiento del instrumento lo hacía estremecerse, sino también la rabia pecaminosa del que lo había inventado, la furia y maldad de todos

²⁰ Mt (26,39), Mc (14,35)

los que alguna vez lo habían usado, y la impaciencia de todos, tanto inocentes como culpables, que había sido torturados con él. Jesús percibía todas estas torturas y aflicciones en una contemplación interior, y el espectáculo lo llenaba de tal horror que comenzó un sudor de sangre de los poros de Su sagrado Cuerpo.”²¹ ...

Cuando el Redentor en el Monte de los Olivos, como ser humano verdadero y real, se entregó a la tentación del aborrecimiento humano por el sufrimiento y la muerte; cuando tomó sobre sí mismo también la sanción de ese aborrecimiento, cuya resistencia forma parte de todo sufrimiento, se le permitió al tentador hacer con Él lo que hace a cada mortal que desea ofrecerse a sí mismo como sacrificio por una causa santa. En la primera parte de la agonía del Señor, Satanás con furiosa burla puso delante de Él la inmensidad de la deuda que estaba por asumir, y llevó la tentación tan lejos como presentar las acciones del mismo Redentor como no libres de faltas. Después de eso, en su segunda agonía, se desplegó delante de Jesús en toda su inmensidad y amargura intrínseca el sufrimiento expiatorio necesario para cancelar esa deuda inmensa. Esto le fue mostrado por los ángeles, porque no le corresponde a Satanás mostrar que la expiación es posible. El padre de las mentiras y la desesperación nunca exhibe a los hombres los trabajos de la Divina Misericordia. Pero cuando Jesús, con sincero abandono a la voluntad de Su Padre Celestial, había resistido victoriosamente esos asaltos, una sucesión de nuevas y terroríficas visiones pasaron ante Su alma. Él experimentó el desasosiego que siente cada corazón humano en el momento de hacer un gran sacrificio. La duda cuestionadora: ¿Qué ventaja, que retorno voy a obtener de este sacrificio? surgió en el alma del Señor, y la visión de un futuro terrible abrumó su Corazón amoroso...

Para ejercer este amor inconmensurable por los pecadores, el Señor se hizo hombre y el hermano de los pecadores, para que pudiera así asumir la responsabilidad del castigo por toda su culpabilidad. Él había ciertamente contemplado con angustia la inmensidad de esa culpabilidad y la enormidad de los sufrimientos expiatorios necesarios por ella, pero al mismo tiempo Él se había ofrecido a sí mismo jubilosamente como víctima de expiación a la voluntad de Su Padre Celestial. Ahora, sin embargo, contempló los sufrimientos, tentaciones, y heridas de la futura Iglesia, Su Novia, a quien Él había comprado a un precio tan caro, ese de Su propia Sangre, y vio la ingratitud del hombre. Ante el alma del Señor pasaron revista todos los sufrimientos futuros de Sus Apóstoles, discípulos, y amigos, y el pequeño grupo de la Iglesia primitiva. Al crecer su cantidad, vio herejías y cismas entrando en su redil, y el pecado de Adán repetido por orgullo y desobediencia, en todas las formas de vanidad y de engañosa superioridad moral. La tibieza, la malicia, la crueldad de innumerables Cristianos; las múltiples mentiras, la falaz sutileza de todos los maestros orgullosos; los crímenes sacrílegos de los presbíteros malvados con sus espantosas consecuencias; el escándalo de la devastación del Reino de Dios en la tierra, en el

²¹ Esto quedó registrado en el evangelio de San Lucas: **“Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra”** Lc(22,44)

santuario de la ingrata raza humana, que Él estaba por redimir con Su Sangre y Su vida.

Los escándalos de todas las épocas hasta nuestros días y aún hasta el fin de los tiempos, los vi pasar delante del alma de Jesús en una inmensa sucesión de visiones: todas las formas de errores, falacias orgullosas, fanatismo loco, falsas profecías, obstinadas herejías, y toda clase de maldad. Los apóstatas, los farisaicos, los maestros del error, los fingidos reformadores, los corruptores y los corruptos de todas las épocas, lo burlaban y atormentaban por no haber sido crucificado de acuerdo con sus ideas, por no haber muerto cómodamente en la Cruz de acuerdo con sus deseos, de acuerdo con su imaginación o capricho. Rasgaron y dividieron la túnica sin costuras de la Iglesia. Cada uno queriendo tener un Redentor distinto de Él, que se había entregado a si mismo por amor. Muchedumbres innumerables lo maltrataron, se burlaron de él, lo repudiaron. Vio infinidad de otros que, con desdén se encogían de hombros y meneaban sus cabezas ante Él, evitando Sus brazos extendidos para salvarlos y apurados hacia el abismo que se los tragó. Vio infinidad de otros que no se atrevieron a negarlo abiertamente, pero se apartaron de Él disgustados por las heridas de Su Iglesia, que ellos mismos habían ayudado a infligir. Eran como el Levita que pasando junto al pobre hombre que había caído entre los ladrones. Jesús los vio abandonando Su Novia herida como niños cobardes y sin fe, que abandonan a su madre en el medio de la noche al acercarse los ladrones y asesinos a quienes ellos mismos le habían abierto la puerta. Los vio apresurarse por el botín que había sido transportado a la tierra salvaje, las vasijas de oro y los collares rotos. Los vio montando sus tiendas bajo las ramas salvajes, lejos de la verdadera viña. Los vio como ovejas errantes que se vuelven presas de lobos, y dirigidos a nada saludables pasturas por mercenarios vulgares, en vez de ir al redil del Buen Pastor que da Su vida por Sus ovejas. Los vio desviarse vagabundos, obstinadamente cerrando sus ojos a Su Ciudad ubicada en lo alto de la montaña, y que no podía permanecer oculta. Los vio desperdigarse en el desierto, conducidos de aquí para allá por los cambiantes vientos entre los movimientos de arena; pero no veían la casa de Su Novia, la Iglesia, construida sobre la roca, con quien Él había prometido permanecer hasta el fin de los tiempos, y contra la que las puertas del Infierno nunca prevalecerán. No van a entrar por la puerta estrecha, porque no están dispuestos a doblar sus cuellos. Los vio seguir líderes que no los conducirían a ningún lado y a todos lados, pero no por la puerta verdadera. Construyeron sobre la arena tiendas perecederas de toda clase, sin altar o sacrificio, los techos coronados por veletas, de acuerdo a las cuales sus doctrinas estaban siempre cambiando; por lo que siempre estaban oponiéndose unos con otros, no se entendían entre ellos, no tenían una nación fija. Los vio, una y otra vez, derribando sus tiendas y tirando los fragmentos contra la piedra angular de la Iglesia que, sin embargo, resistió inconmovible. Vio muchos entre ellos, aunque la oscuridad reinaba en sus moradas, descuidando ir a la luz que estaba en el candelabro en la casa de la Novia. Deambulaban con los ojos cerrados alrededor de los jardines cercados de la Iglesia, donde solamente con sus perfumes ellos vivirían. Estiraban sus brazos tras formas sombrías y seguían estrellas deambulantes que los guiaban a pozos sin agua. Cuando en el mismo borde del precipicio, no le prestaban atención a

la Novia llamándolos y, aunque se morían de hambre, orgullosamente y lastimosamente ridiculizaban a los sirvientes y mensajeros enviados para invitarlos a la fiesta nupcial. No entraron al jardín, porque temían las espinas de los setos. El señor los vio hambrientos y sedientos, pero sin trigo ni vino. Estaban intoxicados por el amor propio y enceguecidos por sus propias luces, por lo tanto persistían en declarar que la Iglesia de la Palabra hecha Carne es invisible. Jesús contemplaba todo, se apenaba por todo, y anhelaba sufrir por todos, aún por aquellos que no lo veían, que no llevaban Su cruz tras Él en Su Novia, a quien Él se da a Sí mismo en el Santísimo Sacramento; en Su Ciudad construida sobre la montaña, y que no puede permanecer oculta; en Su Iglesia fundada sobre una roca y contra la cual las puertas del Infierno no pueden prevalecer... Cuando estas visiones estaban pasando ante Él, la voz del tentador de Su Humanidad se escuchaba susurrando constantemente: 'Ves! ¿Puedes someterte a esos sufrimientos ante la vista de tanta ingratitud?' Estas palabras, sumadas a la burla y a las aberraciones que Él contemplaba en sus visiones rápidamente cambiantes, lo presionaban con tanta violencia que Su Sacratísima Humanidad era aplastada bajo el peso de una agonía atroz. Cristo, el Hijo de Hombre, se retorció en angustia y estrujó Sus manos. Como si estuviera agobiado, cayó repetidamente arrodillado, mientras que perduraba una lucha tan violenta entre Su voluntad humana y Su repugnancia a sufrir tanto por una raza tan ingrata, que el sudor emanaba de Él a raudales en gotas espesas de sangre hacia el piso. Me pareció que lo escuché gritando: 'Ah, es posible que sea soportada tanta ingratitud! Sean testigos de mi aflicción extrema!'...

En Su dolorosa angustia, Jesús levantó Su voz por algunos instantes en fuertes gritos de angustia²²...

Su lucha contra la repugnancia de la naturaleza humana al sufrimiento continuó, y varias veces lo escuché pedir a gritos: 'Padre, es posible soportar todo esto? Oh Padre, si esta copa no puede apartarse de mí, que se haga Tu voluntad!'...

Primero vi la serpiente pero sola, pero hacia lo último la vi gigantesca, con una corona sobre su cabeza. Con terrible poderío y liderando a una legión inmensa de seres humanos de toda condición de vida y de toda raza, preparaba el ataque a Jesús. Armada con toda clase de máquinas y armas destructivas, lucharon por algunos momentos entre ellos, y luego con una furia espantosa tornaron su ataque hacia Jesús. Era un espectáculo terrible. Sus armas, sus espadas y lanzas, subían y caían como manguales en un piso molido a palos, y se enfurecían contra el Grano de Trigo Celestial que había venido a la tierra a morir para alimentar a la humanidad eternamente con el Pan de Vida. Vi a Jesús en el medio de estas multitudes furiosas, muchos de los cuales me parecían ciegos. Estaba tan afectado por el espectáculo como por sus armas descendiendo realmente sobre Él. Lo vi tambaleante de un lado al otro, a veces parado derecho, y luego cayendo al piso. La serpiente constituía la figura central en esta hueste, que constantemente capitaneaba presuntuosamente

²² Hb (5,7)

nuevos ataques. Azotaba su cola para todos lados, y a todos los que caían a tierra o los envolvía y enroscándolos los estrangulaba, o los desgarraba en pedazos o los devoraba. Sobre esto me fue enseñado que esas multitudes que estaban así desgarrando en pedazos a Jesús, representaban el número incontable que de diversas maneras lo maltrataban a Él quien, en Su Divinidad y Humanidad, Cuerpo y Alma, Carne y Sangre bajo las formas de pan y vino en el Santísimo Sacramento, vive siempre presente en ese Misterio como nuestro Redentor. Entre estos enemigos de Jesús, reconocí las ofensas de todo tipo cometidas contra el Santísimo Sacramento, la Promesa viviente de Su Presencia personal ininterrumpida con la Iglesia. Vi con horror todas las atrocidades brotando de la negligencia, irreverencia y omisión, así como de los abusos y los más horrorosos sacrilegios. Vi aquellos que surgían de la adoración a los dioses de este mundo, de oscuridad espiritual y falsedad, del conocimiento superficial, del error, la incredulidad, el fanatismo, el odio, y las persecuciones sangrientas. Vi todo tipo de gente entre estos enemigos: los ciegos y los cojos, los sordos y los mudos, y niños. Eran ciegos que no podían ver la verdad; cojos por la pereza; sordos que no escuchaban las advertencias o amenazas; mudos que nunca, con la espada de la palabra, se comprometían con la defensa del Señor; y terminando, niños consentidos por seguir a padres y maestros con una mentalidad materialista y olvidada de Dios, que fueron alimentados con placeres terrenales, que fueron intoxicados con conocimiento vacío, y detestaron las cosas divinas, aunque muertos de hambre sin ellas. Entre estos niños (cuya vista me apenó especialmente, porque Jesús amaba tanto a los niños), me fijé en particular en muchos malamente instruidos, malamente criados, y monaguillos irreverentes que no honran a Jesús en la Santa Misa. Su culpa recae parcialmente sobre sus maestros y sacristanes descuidados. Pero con terror vi que muchos de los mismos presbíteros, tanto de alto como de bajo grado -sí, aún algunos que se estimaban a sí mismos llenos de fe y piedad- contribuir con su parte en las atrocidades contra Jesús en el Santísimo Sacramento. De los muchos que, para mi gran pena yo así vi, voy a decir una palabra de advertencia de una sola clase, y es esta: vi numerosos presbíteros que creían, adoraban, y enseñaban la Presencia del Dios Vivo en el Santísimo Sacramento, pero no lo llevaban suficientemente en el corazón. Ellos olvidaban, descuidaban, el palacio, el trono, el palio, la silla, y los adornos reales del Rey del Cielo y la tierra, esto es, el templo, el altar, el tabernáculo, el cáliz, la custodia del Dios viviente, junto con todos los recipientes, muebles, decoraciones, las túnicas festivas, y todo lo que es usado en Su adoración, o el ornamento de Su casa. Todas las cosas estaban ignominiosamente cubiertas con polvo y herrumbre, pudriéndose y, a través de largos años de negligencia, cayendo en ruinas. El servicio del Dios vivo estaba vergonzosamente descuidado, y cuando no estaba interiormente profanado, era exteriormente deshonrado. No surgió todo esto de la pobreza verdadera, sino de la indiferencia y la pereza, de seguir viejas costumbres, de preocupaciones mentales en vano, de temas mundanos, y frecuentemente del egoísmo y la muerte espiritual. Vi descuido de esta clase en iglesias ricas y en otras tolerablemente pudientes. Si, vi muchos en los que el amor mundano por el esplendor y las galas con oropeles había reemplazado la magnificencia y los adornos apropiados de una era más devota. Lo que hacen los

ricos en la arrogancia de la ostentación, es aspirado tontamente por los pobres en su pobreza y simplicidad...

Vi una gran multitud de estos apóstatas autores de herejías rechazando con desdén el sacerdocio de la Iglesia, atacando y negando la presencia de Jesucristo en el Misterio del Santísimo Sacramento en la forma en que Él mismo dio este Misterio a la Iglesia, que realmente la ha preservado. Por sus palabras seductoras, rasgaron del Corazón de Jesús innumerables grupos por lo que Él había derramado Su Sangre. Ah! Era espantoso de mirar! Porque veía la Iglesia como el Cuerpo de Jesús, sus miembros desperdigados soldarse todos juntos por Él en Su amarga Pasión. Vi toda esta gente, todas estas familias con sus descendientes que se habían separado de la Iglesia, se arrancaron de Jesús como trozos enteros retorcidos y arrancados de la forma más dolorosa de Su carne viviente. Ah, los miraba con tanta pena, gemía tan suavemente! Él, quien para unirse al cuerpo de Su Iglesia, al cuerpo de Su Novia, que los hombres separaron tanto, dividieron tanto entre sí, que se había dado a Sí mismo en el Santísimo Sacramento para ser su Alimento, se vio a Sí mismo en este, el cuerpo de Su Novia, desgarrado y lacerado por el malvado fruto del árbol de la desunión. La Comida de unión en el Santísimo Sacramento, el trabajo supremo de amor de Jesús, en el que Él quería permanecer para siempre entre los hombres, se volvió por los falsos maestros la línea fronteriza de separación. Y donde sólo es bueno y beneficioso que muchos se conviertan en uno, concretamente, en el Altar, donde el Dios viviente es Él mismo la Comida, deben Sus hijos separarse de infieles y herejes para no volverse culpables de pecados similares. Vi naciones enteras desgarrarse de esta forma del Corazón de Jesús y privarse de participar de los tesoros de la gracia que permanecen en la Iglesia. Era espantoso observar cómo al principio unos pocos se separaban de la Iglesia de Cristo; y cuando, habiendo aumentado a naciones enteras, volvían a ella, la atacaban nuevamente y se enfrentaban entre ellos en la cuestión de lo que era más santo en su adoración, concretamente, el Santísimo Sacramento. Pero finalmente, vi a todo lo que se había separado de la Iglesia sumergirse en infidelidad, superstición, herejía, oscuridad, y la falsa filosofía del mundo. Perplejos y enfurecidos, se unían en grandes organizaciones para descargar su ira contra la Iglesia. Estaban urgidos y destruidos por la serpiente en medio de ellos. Ah! Era como si Jesús se sintiera Él mismo desgarrado en incontables girones. El Señor vio y sintió en esta angustiante visión todo el peso de este venenoso árbol de desunión con todas sus ramas y frutos, que continuará partiéndose en pedazos hasta el fin de los tiempos cuando el trigo se juntará en el granero y la paja se echará al fuego...

Ahora veo la sangre en espesas, negras gotas chorreando en el pálido rostro del Señor. Su cabello antes peinado suavemente a la raya, estaba apelmazado con la sangre, enredado y erizado en Su cabeza, y Su barba estaba sangrienta y desgarrada. Fue después de esta última visión, donde estas hordas armadas habían lacerado Su carne, que Él giró como saliendo de la gruta, y fue nuevamente con sus discípulos. Su paso estaba lejos de ser seguro. Caminaba encorvado como uno tambaleante bajo una gran carga. Se caía a cada paso. Cuando alcanzó a los tres Apóstoles, Él no los encontró, como en la primera ocasión, recostados de costado durmiendo; estaban

caídos de rodillas con la cabeza cubierta, como usualmente veo a la gente de ese país sentarse cuando están tristes o en oración. Exhaustos por la pena, la ansiedad y la fatiga, habían quedado adormecidos; pero cuando Jesús se acercó, temblando y gimiendo, se despertaron. Lo contemplaron con sus cansados ojos, pero no lo reconocieron enseguida, ya que Él estaba cambiado más allá del poder de las palabras para expresarlo. Estaba parado delante de ellos bajo la luz de la luna, su pecho hundido, su silueta torcida, su cara pálida y manchada de sangre. Su cabello desordenado, y sus brazos estirados hacia ellos. Estaba parado con sus manos empapadas. Los Apóstoles se pararon de golpe, lo sujetaron bajo sus brazos, y lo apoyaron suavemente. Entonces Él les habló con una profunda aflicción. Al día siguiente, dijo, Él iba a morir. En una hora más, sus enemigos lo tomarían por la fuerza, lo arrastrarían ante las cortes de justicia, abusarían de Él, se burlarían de Él, lo azotarían, y lo ejecutarían de la manera más horrorosa. Les rogó que consolaran a su Madre. Les relató con una angustia amarga todo lo que tendría que sufrir hasta la tarde del día siguiente, y nuevamente les rogó que confortaran a su Madre y a Magdalena. Estuvo parado hablando por unos instantes, pero los Apóstoles se mantuvieron en silencio, no sabiendo qué responder. Estaban tan llenos de pena y consternación por sus palabras y su aspecto que no sabían que decir; ciertamente, llegaron a pensar que su mente estaba divagando. Cuando Él quiso volver a la gruta, no tenía la fuerza para hacerlo. Vi que Juan y Santiago tuvieron que conducirlo. Cuando entró, los Apóstoles lo dejaron y volvieron a su propio lugar. Eran las once menos cuarto...

Nuevamente vi a Jesús orando en la gruta. Había conquistado la repugnancia natural al sufrimiento. Exhausto y temblando, exclamó: 'Padre mío, si es Tu voluntad, aparta de Mí este cáliz! Sin embargo, que no se haga Mi voluntad sino la Tuya!'

Y ahora un abismo se abrió ante Él y, como en una senda de luz, vio una larga escalinata que bajaba al seol.²³ Allí contempló a Adán y Eva, todos los Patriarcas y Profetas, los justos de la Antigua Ley, los parientes de Su Madre, y Juan el Bautista. Estaban esperando con un deseo tan intenso Su venida a ese mundo inferior que a la vista de Su Corazón amoroso se volvieron más fuertes y con más coraje. Su muerte iba a abrir el Cielo a estos cautivos! Estaba por liberarlos de la prisión! Por Él estaban suspirando!

Después que Jesús contempló con profunda emoción esos [futuros] ciudadanos del Cielo que pertenecían a épocas pasadas, los ángeles Le mostraron multitudes de futuros santos que, juntando sus labores con los méritos de Su Pasión, a través de Él estarían unidos al Padre Celestial. Esta visión era inefablemente hermosa y consoladora. Todo pasó ante el Señor en su grupo, su raza, y varios grados de dignidad –todo adornado con sus sufrimientos y buenos trabajos. Entonces Él contempló todas las corrientes de salvación y santificación ocultas e inagotables que

²³ Emmerick utiliza la palabra Limbo, creada alrededor del año 1300, no siendo doctrina oficial de la Iglesia.

se derramaron sobre los muertos que lo aguardaban como Redentor de la humanidad. Los Apóstoles, los discípulos, las vírgenes y mujeres santas, los mártires, los confesores, y los anacoretas, los Papas y los Obispos, las multitudes futuras de hombres y mujeres religiosos –en una palabra, el inmenso ejército de los bienaventurados pasaron delante de Él. Todos estaban adornados con coronas de victoria conquistadas con pasión y sufrimiento. Las flores de sus coronas diferían en forma, color, perfume y vigor de acuerdo con sus diferentes sufrimientos, labores y victorias en los que habían luchado gloriosamente. Todas sus vidas y acciones, el valor y el poder particular de sus combates y victorias, así como toda la luz, todos los colores que simbolizaban sus triunfos, venían únicamente de su unión con los méritos de Jesucristo. La influencia recíproca y la relación de todos estos santos entre sí, su beber de la única Fuente, concretamente, del Santísimo Sacramento y la Pasión del Señor, era un espectáculo inefablemente hermoso y tocante. Nada conectado con ellos ocurría por accidente: sus trabajos y omisiones, sus martirios y victorias, su vestimenta y apariencia, aunque todo tan diferente, sin embargo actuaba entre sí en una unidad y armonía sin fin. Y esta unidad perfecta en la diversidad más sorprendente, se derramaba de los rayos de luz y colores destellantes de un único Sol, de la Pasión del Señor, de la Palabra hecha Carne, en quien estaba la vida, la luz de los hombres, que brillaba en la oscuridad, pero a quien la oscuridad no comprendió.

Era el ejército de los futuros santos que pasó delante del alma del Señor. Y así estaba el Señor y Salvador entre los ardientes deseos de los Patriarcas y la triunfante multitud de los futuros santos, que se llenaban y complementaban entre sí, por decirlo de alguna manera, rodeados del amoroso Corazón del Redentor como una inmensa corona de victoria. Este inefable y tocante espectáculo le proporcionó al alma del Señor, que había permitido que toda clase de sufrimiento humano pasara delante de Él, algo de fuerza y consolución. Ah, Él amaba tan sinceramente a sus hermanos, sus criaturas, que de buena gana habría sufrido todo para comprar una sola alma! Todas estas visiones referidas al futuro, aparecían flotando sobre la tierra.

Pero ahora estas imágenes consoladoras desaparecieron, y los ángeles desplegaron ante Sus ojos todas las escenas de su inminente Pasión. Aparecían muy cerca de la tierra, ya que la hora estaba cerca. Había muchos actores angélicos en estas escenas. Contemplé a todos los cercanos a Jesús, desde el beso de Judas hasta Sus propias últimas palabras sobre la Cruz. Lo vi todo, todo aquí nuevamente, como estoy acostumbrada a verlo en mis meditaciones sobre la Pasión. La traición de Judas, la huida de los Discípulos, la burla y el sufrimiento ante Anás y Caifás, la negación de Pedro, el tribunal de Pilatos, el escarnio de Herodes, el azote y la coronación con espinas, la condenación a muerte, la zozobra bajo el peso de la Cruz, el encuentro con la Virgen María y su desmayo, las mofas de los verdugos contra ella, el pañuelo de Verónica, Su cruel clavada a la Cruz y la elevación de la misma, los insultos de los Fariseos, la pena de María, de Magdalena, y de Juan, y la perforación de Su costado –en una palabra todo, claramente, significativamente, con sus ínfimos detalles pasó delante de Él. Vi todos los gestos, todos los sentimientos, y palabras de Sus futuros torturadores, que el Señor observaba y escuchaba en sobresalto y angustia de alma.

Él aceptó todo voluntariamente, Él se sometió voluntariamente a todo por amor al hombre. Él estaba muy dolorosamente afligido por Su dolorosa desnudez en la Cruz, que padeció para reparar la desvergüenza de los hombres, y Él imploró para que pudiera retener por lo menos la faja sobre la Cruz, pero ni esto se le permitió. Vi, sin embargo, que Él iba a recibir ayuda, no de los verdugos, sino de cierta buena persona.

Jesús también vio y sintió la pena y angustia de corazón de Su Santa Madre. Con dos santas mujeres en el Valle de Josafat, ella estaba en una unión ininterrumpida con Él en su participación interior en Sus sufrimientos y agonía del Monte de los Olivos.

Al concluir estas visiones de la Pasión, Jesús cayó postrado sobre su cara como en agonía de muerte. Los ángeles y las visiones desaparecieron, y el sudor sangriento se derramó de Él más copiosamente que antes. Lo vi empapando su vestido amarillento y humedeciendo la tierra en torno a Él. Ahora estaba oscuro en la gruta.

Y ahora vi un ángel bajando arrolladoramente hacia Él. De estatura era más alto, de silueta más nítida y más como un ser humano que cualquier otro que haya visto. Apareció con trajes ceremoniales largos, flotantes, como esos de un presbítero, ornamentado con flecos. Llevaba en sus manos, delante de su pecho, una pequeña vasija con la forma del cáliz usado en la Última Cena. Justo arriba de ella flotaba un pequeño bocado oval, como del tamaño de un poroto, que resplandecía con una luz rojiza. El ángel flotaba sobre el lugar donde Jesús estaba recostado y estiró su mano hacia Él. Cuando Jesús se paró, él puso el bocado resplandeciente en Su boca y Le dio de beber del pequeño cáliz luminoso. Después de eso desapareció.²⁴

Jesús había ahora aceptado voluntariamente el cáliz de Su Pasión, y Él recibió nuevas fuerzas. Permaneció en la gruta por algunos minutos más, absorbido en oración y dando gracias. De hecho Él estaba todavía bajo la presión del sufrimiento mental, pero fortalecido sobrenaturalmente a tal grado que, sin miedo ni ansiedad, pudo caminar con paso firme hacia Sus discípulos. Aunque pálido y exhausto, Su porte era erguido y resuelto. Había limpiado su cara con un trapo de lino y con él alisó Su cabello, que caía en mechazas apelmazadas.”

Prendimiento de Jesús

"Cuando Jesús con los tres Apóstoles salió al camino entre Getsemaní y el Jardín de los Olivos, apareció a la entrada, unos veinte pasos adelante, Judas y la horda de soldados, entre los cuales había surgido una pelea. Judas quería separarse de los soldados y avanzar solo hacia Jesús, como si fuera un amigo que regresa después de una ausencia. Debían seguirlo, y actuar de tal manera que pareciera que su venida era completamente desconocida para él. Pero no estuvieron de acuerdo con su propuesta. Lo sujetaron firmemente, exclamando: '¡No es así, amigo! ¡No te escaparás de nosotros, hasta que tengamos al Galileo!' Y cuando vieron a los ocho Apóstoles, que al sonido del alboroto salieron del Jardín de Getsemaní, llamaron a cuatro de los

²⁴ Lc 22,43

arqueros para que los ayudaran. Pero este Judas de ninguna manera consintió, y una acalorada disputa surgió entre él y los soldados. Cuando Jesús y los tres apóstoles, a la luz de las antorchas, distinguieron a la horda armada y discutiendo, Pedro deseó rechazarlos por la fuerza. Exclamó: 'Señor, los Ocho de Getsemaní están por llegar. Ataquemos a los arqueros'. Pero Jesús le dijo que mantuviera la paz y dio unos pasos con ellos en el camino hacia un terreno verde. Judas, viendo sus planes totalmente desbaratados, se llenó de ira y rencor. Justo en este momento, cuatro de los discípulos salieron del Jardín de Getsemaní y preguntaron qué estaba pasando. Judas comenzó a intercambiar palabras con ellos, y de buena gana se hubiera retirado con una mentira, pero los guardias no le permitieron continuar. Estos cuatro últimos fueron Santiago el Menor, Felipe, Tomás y Natanael. El último, que era hijo del anciano Simeón, junto con otros muchos, fueron enviados por los amigos de Jesús a los ocho Apóstoles en el Jardín de Getsemaní para averiguar qué estaba pasando. Estaban motivados tanto por la ansiedad como por la curiosidad. Con la excepción de estos cuatro, todos los discípulos estaban rezagados a la distancia, vigilando furtivamente para descubrir lo que pudieran.

Jesús dio unos pasos hacia la horda y dijo en voz alta y clara: '¿A quién buscan?' Los líderes respondieron: 'Jesús de Nazaret', y Jesús respondió: 'Yo soy Él'. Pero apenas había pronunciado las palabras, cuando, como súbitamente atacados de convulsiones, se apiñaron retrocediendo y cayeron al suelo uno sobre otro. Judas, que aún estaba junto a ellos, se sintió cada vez más avergonzado. Parecía deseoso de acercarse a Jesús; por lo tanto, el Señor extendió Su mano, diciendo: 'Amigo, ¿de dónde has venido?' Judas, confundido y perplejo, tartamudeó algo acerca de un encargo que había cumplido. Jesús en respuesta pronunció algunas palabras como las siguientes: '¡Oh, cuánto mejor hubiera sido para ti si nunca hubieras nacido!' -no recuerdo las palabras con claridad. Mientras tanto, los soldados se habían levantado y se habían acercado al Señor y a Sus Apóstoles.

Pedro y los otros discípulos se reunieron alrededor de Judas, llamándolo ladrón y traidor. Trató de liberarse con todo tipo de excusas, pero justo en ese momento llegaron los soldados con ofertas de defensa, y así atestiguaron abiertamente en su contra.

Jesús nuevamente preguntó: '¿A quién buscan?' Volviéndose hacia Él, volvieron a responder: 'Jesús de Nazaret'. Jesús volvió a responder: 'Yo soy Él. Ya les dije que yo soy Él. Si me buscan, déjenlos ir'. Al escuchar las palabras 'Yo soy Él', los soldados cayeron al suelo por segunda vez. Se retorcieron como atacados de epilepsia, y Judas fue nuevamente rodeado por los otros Apóstoles, ya que estaban muy exasperados en su contra. Jesús llamó a los soldados: 'Levántense' -y se levantaron llenos de terror. Judas todavía estaba luchando con los Apóstoles, que estaban presionando contra los guardias. Los últimos se volvieron contra ellos y liberaron al traidor, instándolo de nuevo a que les diera el signo acordado. Les habían ordenado que no se apoderaran de nadie más que de Aquel a quien Judas besaría. Judas se acercó ahora a Jesús, Le abrazó y Le besó con las palabras: '¡Salve, Rabbi!' Jesús dijo: 'Judas, ¿traicionas al Hijo del Hombre con un beso?' Los soldados formaron al instante un círculo

alrededor de Jesús, y los arqueros, acercándose, Le impusieron las manos. Judas quiso huir de inmediato, pero los Apóstoles no se lo permitieron. Se precipitaron sobre los soldados, gritando: 'Señor, ¿deberíamos golpear a espada?' Pedro, más impetuoso que el resto, tomó la espada y golpeó a Malco, el sirviente del Sumo Sacerdote, quien estaba tratando de expulsarlos, y le cortó un pedazo de la oreja. Malco cayó al suelo, aumentando así la confusión.

En el momento del movimiento impetuoso de Pedro, los actores en la escena estaban situados de la siguiente manera: Jesús estaba en las manos de la guardia, que estaba a punto de atarLe, y formando un círculo alrededor de Él a poca distancia estaban los soldados, uno de cuyo número, Malco, había sido derribado por Pedro. Los otros soldados estaban ocupados, algunos en hacer retroceder a los discípulos que se estaban acercando demasiado, y otros en perseguir a los que habían huido. Cuatro de los discípulos estaban deambulando, tímidamente mostrándose sólo aquí y allá a la distancia. Los soldados todavía estaban demasiado alarmados por su reciente caída, y demasiado temerosos de debilitar el círculo alrededor de Jesús, como para hacer una persecución muy activa, Judas, quien inmediatamente después de su traicionero beso quiso escapar, se encontró en su camino con algunos de los discípulos, que lo abrumaron con reproches. Seis funcionarios oficiales se apresuraron a su rescate, mientras los cuatro guardias estaban ocupados alrededor de Jesús con cuerdas y vendas, estando a punto de atarLe.

Esta era la situación cuando Pedro derribó a Malco, y Jesús dijo: 'Pedro, guarda tu espada, porque el que toma la espada perecerá por la espada. ¿Piensas que no puedo pedirle a mi Padre que Me envíe más de doce legiones de ángeles? ¿No beberé el cáliz que mi Padre me ha dado? ¿Cómo se cumplirán las Escrituras si no se hace así?' Luego añadió: '¡debo sufrir para sanar al hombre!' Y yendo a Malco, tocó su oreja y oró, y en el mismo momento fue sanado. El guardia, los verdugos y los seis oficiales rodearon a Jesús. Se burlaron de él y le dijeron a la multitud: 'Tiene tratos con el diablo. Fue por brujería que la oreja pareció ser cortada, y ahora por brujería parece estar curada'.

Entonces Jesús se dirigió a ellos: 'Vinieron con lanzas y garrotes, para prenderMe como si Yo fuera un asesino. He enseñado diariamente entre ustedes en el Templo, y no se atrevieron a ponerMe las manos encima; pero esta es su hora y la hora de la oscuridad'. Les ordenaron que Él fuera atado aún con mayor seguridad, y Le dijeron irónicamente: '¡No podrás derribarnos con Tu hechicería!' Y los arqueros dijeron: '¡Te privaremos de Tu habilidad!' Jesús respondió algo que no puedo recordar, y los discípulos huyeron por todos lados. Los cuatro verdugos y los seis Fariseos no cayeron al suelo, por lo que no volvieron a levantarse. La razón de esto me fue revelada. Estaban en el mismo rango que Judas, es decir, totalmente en el poder de Satanás. Judas no cayó con las palabras de Jesús, a pesar de que estaba parado entre los soldados. Todos los que se cayeron y se levantaron nuevamente, luego se convirtieron y se volvieron Cristianos. Su caerse y levantarse fueron simbólicos de su conversión. No habían puesto las manos sobre Jesús, simplemente se pararon alrededor de Él. Malco fue, después de su curación, ya entonces convertido a tal grado

que sólo mantuvo las apariencias con respecto al servicio que le debía al Sumo Sacerdote; y durante las siguientes horas, los de la Pasión de Jesús, él iba y venía corriendo a María y los otros amigos, dándoles noticias de todo lo que estaba sucediendo.

Los verdugos ataron a Jesús con la mayor rudeza y una brutalidad cruel, mientras que los Fariseos pronunciaban por su parte palabras insolentes y desdeñosas...

Le ataron a Jesús las manos sobre Su pecho de una manera cruel. Con cordeles nuevos y cortantes, le ataron el puño derecho bajo el codo izquierdo, y el puño izquierdo bajo el codo derecho. Le pusieron alrededor de Su cintura un cinturón lleno de puntas afiladas, y ataron sus manos de nuevo con lazos de sauce o de mimbre, que se fijaban al cinturón. Le pusieron al cuello un collar con puntas y otros instrumentos para lastimar, del cual salían dos correas que se cruzaban sobre el pecho como una estola, y estaban atadas al cinturón tan apretadamente que el cuello no se podía mover. De cuatro puntos del cinturón salían cuerdas largas, con las cuales tiraban a Nuestro Señor de aquí para allá, según su inhumano capricho...

Los verdugos tiraban de Jesús y lo maltrataban de la manera más cruel. Emplearon sobre Él todo tipo de malicia, para adular bajamente a los seis oficiales, que estaban llenos de odio y de rabia contra Él. Lo llevaban por caminos ásperos, por encima de los surcos y las piedras, por el lodo, manteniendo las largas cuerdas tirantes, mientras ellos mismos buscaban los caminos buenos. De esta forma Jesús tenía que ir por donde las cuerdas se lo permitían. Sus torturadores tenían en sus manos cuerdas con nudos, y con ellas Le pegaban, como un carnicero haría con un animal que es llevado al matadero. Todo esto lo acompañaban con burlas e insultos tan bajos e indecentes que su repetición sería repugnante.

Aún antes que la procesión alcanzara el puente, vi a Jesús caer en el suelo dos veces, por la forma despiadada en que era arrastrado y los tirones de las cuerdas de los verdugos. Pero al llegar al medio del puente, ejercieron su maldad sobre Él con aún mayor malicia. Los verdugos empujaron al pobre, encadenado Jesús, a quien agarraban firmemente con cuerdas, desde el puente al torrente Cedrón, que estaba cerca de la altura de un hombre más abajo, acompañando a su brutalidad con palabras abusivas, como por ejemplo: 'Ahora Él puede beber hasta saciarse!' Sin la asistencia divina, Jesús hubiera muerto por la caída. Cayó primero sobre Sus rodillas y luego sobre Su cara, que se le hubiera despedazado contra el pedregoso lecho del torrente, que estaba poco profundo, si no se hubiera protegido un poco estirando sus manos que estaban fuertemente atadas. Se habían aflojado del cinturón, no sé si por asistencia divina, o por los verdugos antes de arrojarlo. Sus rodillas, sus pies, sus codos y sus dedos, se imprimieron por voluntad de Dios en las piedras donde cayó, que luego se volvieron objetos de veneración...Las piedras eran más blandas y más creyentes que los corazones de los hombres...Yo no he visto a Jesús beber nada, a pesar de la sed ardiente que siguió a Su agonía en el Jardín de los Olivos. Pero cuando lo empujaron al Cedrón, Le vi bebiendo con dificultad y, al mismo tiempo, Le

escuché murmurar que de esa manera se había cumplido el verso profético de los Salmos, que hace referencia a beber del torrente de camino.²⁵

Y ahora, en medio de burlas y maldiciones, patadas y golpes, esos miserables arrastraron al pobre Jesús hacia adelante con las cuerdas, por segunda vez en el largo puente. Se cayó una vez más a tierra. Ellos lo levantaron de nuevo, golpeándolo con las cuerdas y, con palabras vergonzosas e irónicas, recogieron su vestido mojado en el cinturón. Dijeron, por ejemplo, algo acerca de Su ceñirse a sí mismo para comer el cordero pascual, y burlas similares...

Ellos lo arrastraron sobre piedras afiladas y fragmentos de rocas, a través de espinas y cardos, inhumanamente apurándolo con maldiciones y golpes. Los seis Fariseos brutales estaban, donde el camino lo permitía, siempre en Su vecindad. Cada uno llevaba en la mano una diferente tipo de palo para torturar, con el que Le atormentaban, Le empujaban, Le agujoneaban, o Le golpeaban con él.

Mientras que los verdugos estaban arrastrando Jesús, Sus pies desnudos sangraban, sobre piedras afiladas, espinas, y cardos, los discursos satíricos de desprecio de los seis Fariseos estaban desgarrando Su Corazón Amoroso. Fue en estos momentos que hicieron burlas tales como: 'Su precursor, el Bautista, no preparó un buen camino para Él aquí!' o: '¿Por qué, pues, no resucitó a Juan de los muertos para que pudiera preparar este camino para Él?'...

Mientras tanto el maltratado Jesús y su escolta de bárbaros se acercaron más y más a las puertas de Ofel. Nuestro Señor había caído en varias ocasiones a tierra, y Él ahora parecía totalmente incapaz de seguir adelante. Aprovechando esto, un soldado compasivo dijo: 'Ustedes ven por sí mismos que el pobre Hombre no puede ir más lejos. Si vamos a llevarlo con vida ante los Sumos Sacerdotes, debemos aflojar las cuerdas que unen sus manos, para que Él pueda ser capaz de apoyarse cuando Él caiga'...

La procesión empezó a avanzar de nuevo, Jesús siendo maltratado como antes, y cruzó una altura hasta las puertas de Ofel... Fue un espectáculo desgarrador -Jesús pálido, magullado y desfigurado, Su pelo arrancado, Su manto húmedo y sucio, recogido en su cinturón, Él mismo arrastrado con cuerdas, empujado a golpes, como un pobre, desvanecido animal llevado al sacrificio por verdugos insolentes, semidesnudos y soldados prepotentes... En el camino Nuestro Señor fue abusado y vilipendiado, mientras que la chusma que continuaba brotando de la ciudad incitaba a Sus viles custodios a multiplicar las crueldades. Desde el Monte de los Olivos a este punto, Jesús cayó a tierra siete veces..."

Jesús ante Anás y Caifás

"Jesús estaba de pie ante Anás pálido, agotado, en silencio, con Su cabeza gacha, Sus vestidos mojados y salpicados de barro, Sus manos encadenadas, Su cintura

²⁵ Sal 109,7

atada con cuerdas cuyos extremos sostenían los arqueros. Anás, ese villano delgado y viejo, con barba rala, estaba lleno de ironía y gélido orgullo Judío. Simuló un aspecto medio riendo, como si no supiera nada de lo que había sucedido, y como si estuviera muy sorprendido de encontrar a Jesús en la persona del prisionero que se le había presentado. Se dirigió a Él. Sin embargo, no lo puedo reproducir en sus propias palabras, que de cierta manera eran algo así como lo siguiente: '¡Mira! ¡Jesús de Nazaret! ¡Eres Tú! ¿Dónde están ahora Tus discípulos, Tu multitud de seguidores? ¿Dónde está Tu Reino? ¡Parece que las cosas han tomado otro giro contigo! ¡Tus calumnias han llegado a su fin! La gente ha tenido suficiente de Tu blasfemia, Tu calumnia contra los sacerdotes y Tu quebrantamiento del Sábado. ¿Quiénes son tus discípulos? ¿Dónde están? Ahora, ¿estás en silencio? Habla, ¡Hombre sedicioso! Habla, ¡Seductor! ¿No comiste el Cordero pascual en un lugar ilícito? ¿Quieres introducir una nueva doctrina? ¿Quién Te ha dado la autoridad para enseñar? ¿Dónde has estudiado? Habla, ¿Cuál es Tu doctrina que transforma todo en confusión? ¡Habla, habla! ¿Cuál es Tu doctrina?

Al oír estas palabras, Jesús alzó Su cansada cabeza, miró a Anás y respondió: 'He hablado abiertamente ante todo el mundo donde se juntan los Judíos. En secreto no he hablado nada. ¿Por qué Me interrogas? Pregúntales a los que han oído lo que les he hablado. Mira, ellos saben lo que dije'.

El rostro de Anás durante esta respuesta de Jesús delató la ira y el desprecio. Un sirviente vulgar parado cerca de Jesús observó esto, y el villano golpeó al Señor con su mano blindada abierta. El golpe cayó de lleno sobre la boca y la mejilla del Señor, mientras el sinvergüenza pronunció las palabras: '¿Respondes así al Sumo Sacerdote?' Jesús, temblando bajo la violencia del golpe y tironeado al mismo tiempo por los verdugos, uno tirando hacia aquí, otro hacia allá, cayendo de lado en los escalones, la sangre fluyendo de Su rostro. La sala resonó con abucheos y risas, burlas, murmuraciones y palabras groseras. Con renovados maltratos, arrastraron a Jesús hacia arriba. Él dijo en voz baja: 'Si he hablado mal, dame pruebas de qué ha sido; pero si bien, ¿por qué me golpeas?'

Anás, aún más enfurecido por la actitud calmada de Jesús, convocó a los testigos (porque Jesús mismo así lo quiso) para presentarse y declarar lo que Le habían escuchado decir. Entonces la chusma levantó una tormenta de gritos y abusos. 'Él ha dicho', gritaron, 'que Él es un Rey, que Dios es Su Padre, que los Fariseos son adúlteros. Él agita a las personas. Él sana en el día Sábado y por el poder del diablo. Los habitantes de Ofel se han vuelto locos por Él, llamándolo su Libertador, su Profeta. Se permite a sí mismo ser llamado el Hijo de Dios. Habla de sí mismo como Uno enviado por Dios. Lloro calamidades de Jerusalén y alude en Sus enseñanzas a la destrucción de la ciudad. No observa los ayunos. Anda con una multitud de seguidores. Come con los impuros, con paganos, publicanos y pecadores, y deambula con adúlteras y mujeres de mala conducta. Justo ahora, fuera de la puerta de Ofel, le dijo a un hombre que le dio una bebida que le daría las aguas de la vida eterna y que nunca más volvería a tener sed. Seduce a la gente con palabras de doble sentido.

Derrocha el dinero y las propiedades de otros. Le dice a la gente todo tipo de mentiras sobre su Reino y cosas así'.

Estas acusaciones fueron presentadas contra el Señor sin tener en cuenta el orden o el decoro. Los testigos se acercaron a Él e hicieron sus acusaciones, gesticulando burlonamente en Su rostro, mientras los verdugos lo tiraban de un lado a otro, diciendo: '¡Habla! ¡Contesta!' Anás y sus consejeros, riendo desdeñosamente, Le insultaron durante las pausas hechas por los testigos; por ejemplo, ellos solían exclamar: '¡Ahora, allí! ¡Escuchamos la atractiva doctrina! ¿Qué tienes para responder? Eso, también, sería enseñanza pública. ¡Todo el país está lleno de eso! ¿No puedes mostrar nada aquí? ¡Por qué no emites alguna orden, Oh Rey -Tú, Hijo de Dios- muestra ahora tu misión!'

Estas expresiones por parte de los jueces fueron seguidas por tironeos, empujones y burlas de los verdugos y espectadores, quienes habrían estado todos contentos de imitar al tipo insolente que golpeó a Jesús en la cara.

Jesús se tambaleó de lado a lado. Con helada ironía, Anás nuevamente se dirigió a Él: '¿Quién eres Tú? ¿Qué clase de Rey eres? ¿Qué clase de enviado eres Tú? Creo que eres solo un oscuro Hijo de un carpintero. ¿O eres Elías quien fue llevado al Cielo en un carro de fuego? Dicen que todavía está vivo. Tú también puedes volverte invisible, porque a menudo has desaparecido. ¿O tal vez eres Malaquías? Siempre te has jactado de este Profeta, y amaste aplicar sus palabras en Ti. También hay relatos de que él que no tenía padre, que era un ángel, y que aún no está muerto. ¡Qué buena oportunidad para un impostor de darse a conocer sí mismo por él! Dinos, ¿qué clase de Rey eres Tú? ¡Tú eres más grande que Salomón! Ese también es uno de Tus discursos. ¡Vamos! ¡Ya no Te negaré el título de Tu Reino!'

Ahora Anás pidió materiales para escribir. Tomando una tira de pergamino de unos tres cuartos de codo de largo y tres dedos de ancho, lo puso sobre una mesa frente a él, y con una pluma de caña escribió una lista de palabras en letras grandes, cada una de las cuales contenía alguna acusación contra el Señor. Luego enrolló el pergamino y lo metió en una pequeña calabaza hueca, que cerró con un tapón. Luego, lo sujetó a una caña y, enviando el cetro burlón a Jesús, se dirigió a Él con desprecio en palabras como las siguientes: '¡Aquí, toma el cetro de Tu Reino! En él están encerrados todos Tus títulos, Tus derechos y Tus honores. Llévenselos al Sumo Sacerdote, para que reconozca Tu misión y Tu Reino, y Te trate en consecuencia'. Luego, volviéndose hacia los soldados, dijo: 'Aten Sus manos y conduzcan a este Rey al Sumo Sacerdote'. Algún tiempo antes habían soltado las manos de Jesús. Ahora las volvieron a atar cruzadas sobre Su pecho después de haberle sujetado en ellas las acusaciones de Anás en contra de Él, y así, en medio de gritos de risa, gritos burlones y todo tipo de maltratos, Jesús fue arrastrado del tribunal de Anás al de Caifás.

Cuando Jesús estaba siendo llevado ante Anás, Él había pasado por la casa de Caifás. Ahora Él fue conducido de nuevo por un camino que corría en diagonal entre

las dos... Los que le hacían atrocidades a Jesús ante Anás continuaron sus burlas y chanzas y malos tratos ante la multitud, abusando y maltratándolo todo el camino...

Tenían en sus manos pequeñas barras de hierro, algunas de ellas tapadas con agujones afilados, otras con bultos en forma de pera, con la que Le llevaban de un lado al otro, gritando. 'Responde! Abre Tu boca! ¿Acaso no puedes hablar?'... Los miserables, en sus esfuerzos para obligarlo a hablar, Le golpeaban en el cuello y los lados, Le pegaban con sus puños, y le agujoneaban con sus punzones. Y más que eso, un cruel muchacho, con el pulgar, presionó el labio inferior de Jesús sobre sus dientes, diciendo: 'Aquí, ahora, muerde!'...

Todos estos discursos fueron acompañados por un renovado maltrato de los sirvientes, que trataron de obligar con bofetadas y golpes a Jesús a responder...

El silencio de Jesús despertó la conciencia de muchos, y unos diez de los soldados estaban tan conmovidos por Él que, bajo pretexto de indisposición, dejaron la corte. Al pasar junto a Pedro y a Juan, les dijeron: 'El silencio de Jesús el Galileo, en medio de un tratamiento tan vergonzoso es desgarrador. Es asombroso que la tierra no se trague vivos a Sus perseguidores. Pero díganos, a dónde vamos a ir?'...

Caifás, enfurecido por la disputa de los dos últimos testigos, se levantó de su asiento, bajó un par de pasos hacia Jesús, y dijo: '¿No respondes nada a este testimonio contra ti?' Él estaba molesto de que Jesús no lo mirara. En esto los arqueros tiraron la cabeza de Nuestro Señor hacia atrás por el pelo, y con sus puños Le daban golpes bajo su mentón. Pero Su mirada seguía hacia abajo. Caifás furioso levantó las manos y le dijo de una lleno de rabia: 'Te conjuro por el Dios viviente que nos digas si Tú eres el Cristo, el Mesías, el Hijo del Dios Santísimo'.

Un silencio solemne cayó sobre la multitud clamorosa. Jesús, fortalecido por Dios, dijo en voz indescriptiblemente majestuosa, una voz que encendió el sobrecogimiento en los corazones de todos, la voz de la Palabra Eterna: 'Yo soy! Tú lo dices! Y Yo digo que pronto veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del Cielo!'

Mientras Jesús pronunciaba estas palabras, Le vi brillando con luz. Los cielos se abrieron por encima de Él y, de una manera inexpresable, yo vi a Dios, Padre Todopoderoso. Vi a los ángeles y las oraciones de los justos llorando, como estaban, y suplicando por Jesús. Vi, además, la Divinidad como si hablara desde el Padre y de Jesús al mismo tiempo: 'Si fuera posible para Mí sufrir, me gustaría hacerlo, pero porque soy misericordioso, Me hice carne en la Persona de Mi Hijo, para que el Hijo del Hombre pueda sufrir. Soy justo, pero miren! Él está llevando los pecados de estos hombres, el pecado del mundo entero!'

Vi abrirse bajo Caifás todo el abismo del Infierno, una esfera de fuego espeluznante llena de formas horribles. Vi a Caifás de pie encima de ella, separado de ella solamente por una fina corteza. Lo vi penetrado de una furia diabólica. Toda la casa ahora parecía ser una con el abismo abierto del Infierno debajo. Cuando el Señor

declaró solemnemente que Él era el Cristo, el Hijo de Dios, fue como si el Infierno creciera aterrizado ante Él, como si se pusiera en marcha toda la fuerza de su rabia contra Él por medio de los reunidos en el tribunal de Caifás. Como me mostraron todas estas cosas en formas e imágenes, vi la desesperación y la furia del Infierno en innumerables formas horribles que surgieron en muchos lugares de la tierra. Entre ellos recuerdo haber visto multitudes de pequeñas figuras oscuras como perros, largas garras, pero no recuerdo ahora las especies de maldad que eran simbolizadas en ellas. Recuerdo sólo las figuras. Vi sombras espantosas similares a las que se mueven entre la mayoría de los que se resienten, o sentadas sobre la cabeza o los hombros de muchos. La asamblea estaba llena de ellas, y excitaban al pueblo a la furia y la maldad. Vi en este momento, de las tumbas en el otro lado de Sión, figuras horribles emergiendo apresuradamente. Creo que eran espíritus malignos. En los alrededores del Templo, así mismo, vi muchas apariciones surgiendo de la tierra. Algunos de ellos parecían ser cautivos, porque ellos se movían lentamente en grilletes. Yo no sé si ahora estos últimos eran demonios o almas desterradas a ciertos lugares en la tierra y que quizás iban ahora al Purgatorio, que el Señor estaba a punto de abrir para ellos por medio de Su condena a muerte. Uno nunca puede expresar plenamente esas cosas por miedo a escandalizar a los ignorantes, pero cuando uno ve estas cosas, uno las siente, y hacen que el pelo se le erice. Este momento estaba lleno de terror. Creo que Juan también debe haber visto algo, porque lo escuché después hablar sobre ello. Los pocos que no estaban totalmente abandonados al mal sentían con profunda consternación el horror de este momento, pero los malvados experimentaban solamente un estallido salvaje de rabia.

Caifás, como si estuviera inspirado en el Infierno, sujetó el dobladillo del magnífico manto, lo entrecortó con un cuchillo y, con un ruido de zumbido, lo arrancó exclamando en voz alta: 'Él ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos de más testigos? Miren como ahora mismo habéis oído la blasfemia, ¿qué os parece?' Al oír estas palabras, toda la asamblea se levantó y gritó con voz terrible: 'Él es culpable digno de muerte! Él es culpable digno de muerte!'

Durante estos gritos, la siniestra furia del Infierno era más espantosa en la casa de Caifás. Los enemigos de Jesús parecían estar poseídos por Satanás, como también sus artesanos y funcionarios aduladores. Era como si los poderes de las tinieblas estuvieran proclamando su triunfo sobre la luz. Tal sensación de horror cayó sobre todos los resentidos en los que todavía había alguna pequeña conexión con el bien, por lo que muchos de ellos se sacaron sus mantos y se escabulleron. Los testigos que pertenecían a las clases altas, al no ser más necesaria su presencia, también abandonaron la sala del juicio, con su conciencia atormentada por los remordimientos. La chusma, sin embargo, se reunió alrededor del fuego en el patio delantero, donde, después de haber recibido el precio de su perfidia, comieron y bebieron en exceso.

El Sumo Sacerdote, dirigiéndose a los verdugos, dijo: 'Yo les entrego este Rey. Ríndanle al Blasfemo los honores previstos' Después de estas palabras, retiró a su consejo a la sala redonda atrás del tribunal, la que nadie podía ver desde el vestíbulo...

Durante el juicio también los malhechores habían escupido a Jesús, pegándole una y otra vez con los puños, Le agujonearon con garrotes cuyos extremos redondeados fueron armados con puntas afiladas, e incluso Le habían atravesado agujas en Su cuerpo. Pero ahora ellos ejercieron su villanía sobre Él de una manera totalmente desesperada e irracional. Ellos pusieron sobre Él, una tras otra, varias coronas de paja y corteza trenzadas en diversas formas absurdas que, con palabras maliciosas de burla, luego estrellaban sobre Su cabeza. A veces ellos gritaban: 'He aquí el Hijo de David coronado con la corona de Su Padre!' O también: 'Helo aquí, Él es más que Salomón!' O bien: 'Este es el rey que está preparando una fiesta de bodas para Su hijo!' Y así volvieron a ridiculizar todas las verdades eternas que, para la salvación de la humanidad, Él había enseñado en la verdad y con parábolas. Ellos lo golpearon con sus puños y palos, lo lanzaban de un lado a otro, y escupieron sobre Él. Por fin trenzaron una corona de paja de trigo gruesa, como crece en ese país, pusieron sobre Él un gorro alto, casi similar a las altas mitras de hoy en día; y, luego de despojarlo de Su manto de punto, Le colocaron sobre la mitra la corona de paja. Ahora estaba el pobre Jesús vestido sólo en su vendaje inferior y el escapulario que caía sobre Su pecho y la espalda; pero este último pronto se lo arrancaron, y Él nunca lo recuperó. Le pusieron un viejo manto andrajoso demasiado corto delante para cubrir las rodillas, y pusieron en su cuello una larga cadena de hierro que, a modo de estola, colgaba desde los hombros a través de su pecho y hasta las rodillas. Los extremos de la cadena estaban adornados con dos grandes anillos pesados con incrustaciones de puntas afiladas que, cuando Él caminaba, golpeaban contra sus rodillas y las herían gravemente. Ellos maniataron de nuevo Sus manos sobre Su pecho, pusieron en ellas una caña, y Le cubrieron Su rostro desfigurado con escupitajos de sus bocas impuras. Su pelo y barba desgarrados, Su pecho, y la totalidad de la parte superior del manto de burla fueron cargados de suciedad en diferentes grados de repugnancia. Le ataron un trapo sobre Sus ojos, lo golpearon con sus puños y palos, y gritaron: 'Gran Profeta! Profetiza, ¿quién Te ha pegado?' Pero Jesús no respondía. Oraba interiormente, suspiraba, y aguantaba sus golpes. Así lo maltrataban, con los ojos vendados, y lo cubrían de suciedad, Le arrastraban con la cadena hacia la sala atrás del consejo. Ellos Le dieron patadas y Le conducían con sus garrotes, mientras pronunciaban gritos burlones como, 'Adelante, oh Rey de Paja! Él debe mostrarse al Consejo con la insignia real que Le hemos otorgado!' Cuando entraron en la sala del consejo en la que muchos de los miembros todavía estaban sentados con Caifás en la plataforma elevada semicircular, una nueva escena de indignación empezó; y con un significado de completa bajeza y violación puramente sacrílega, fueron imitadas costumbres y ceremonias sagradas. Como, por ejemplo, cuando cubrían Jesús con barro y saliva, los viles malhechores exclamaban: 'Ahora aquí es Tu unción real, Tu unción profética!' Fue de este modo que burlonamente aludían a la unción de Magdalena y al Bautismo. '¡Qué!' gritaban burlonamente: '¿Vas a comparecer ante el Sanedrín en este porte inmundo? Solías purificar a los demás, y sin embargo no eres capaz de limpiarte a Ti mismo. Pero ahora vamos a purificarTe.' Acto seguido, trajeron una palangana nauseabunda, con agua fangosa en la que yacía un trapo grueso; y en medio de empujones, burlas y mofas mezclados con irónicos golpes y saludos, Le sacaban la lengua o Le levantaban hacia Él sus traseros, Le pasaron el manchado trapo mojado

sobre Su rostro y los hombros, como si Le limpiaran, aunque en realidad Le dejaron más sucio que antes. Finalmente, Le vertieron todo el contenido de la palangana en Su rostro con las palabras burlonas: 'Ahora está este bálsamo precioso para Ti! Ahora Tú tienes agua de nardo a un costo de trescientos denarios! Ahora, Tú tienes Tu bautismo de la piscina de Betsaida! '...

Pedro guardó silencio; pero al interés que manifestó en los procedimientos, se unió la expresión de profundo dolor representada en su semblante, que atrajo sobre él la atención de los enemigos de Jesús. Justo en ese momento, la portera se acercó al fuego, y como todos estaban parlotando y bromeando a expensas de Jesús y Sus discípulos, fue que, como una mujer valiente, expresó con descaro en palabras y, fijando sus ojos sobre Pedro, dijo: 'Tú también eres de los discípulos del galileo!' Pedro, sorprendido y alarmado, y temiendo un tratamiento duro de la multitud grosera, respondió: 'Mujer, no le conozco! No sé lo que te propones. No te entiendo!' Con estas palabras, con el deseo de liberarse de más comentarios, se levantó y salió del atrio. En ese momento, un gallo en algún lugar fuera de la ciudad cantó. No recuerdo haberlo oído, pero yo sentía que estaba cacareando fuera de la ciudad. Cuando Pedro estaba haciendo su camino de salida, otra sirvienta lo vio, y dijo a los que estaban allí: 'Este hombre, también, estaba con Jesús de Nazaret.' Ellos a la vez le preguntaron: '¿No eres tú también uno de Sus discípulos?' Pedro, muy turbado y perplejo, respondió con un juramento: 'En verdad, no soy! Ni siquiera conozco a ese hombre!' Y se apresuró a través del patio interior al exterior, para advertirles a algunos de sus conocidos que él vio mirando por encima de la pared. Él estaba llorando y tan lleno de dolor y ansiedad a causa de Jesús que él apenas dio un pensamiento a su negación. En el otro tribunal había mucha gente, entre ellos algunos de los amigos de Jesús, que no siendo capaces de acercarse más a la escena de acción, se habían subido en la pared para escuchar mejor. Pedro, al que se le permitió salir, encontró entre ellos una cantidad de discípulos a los que la ansiedad había obligado a venir acá de sus cuevas en el monte Hinom. Fueron directamente a Pedro, y con muchas lágrimas le preguntaron acerca de Jesús. Pero él estaba tan emocionado y tan temeroso de traicionarse a sí mismo que él les aconsejó en pocas palabras desaparecer, ya que había peligro para ellos donde estaban. Entonces él se cerró y vagó sombríamente, mientras que, ellos procediendo según sus palabras, se apresuraron a salir de la ciudad. Reconocí a cerca dieciséis de los primeros discípulos, entre ellos: Bartolomé, Natanael, Saturnino, Judas Barsabás, Simeón (más tarde, obispo de Jerusalén), Zaqueo, y Menajem, el joven dotado con el don de la profecía, pero ciego de nacimiento, a quien Jesús había devuelto la vista.

Pedro no podía descansar en ningún lado. Su amor por Jesús lo llevó de vuelta al atrio interior que rodeaba la casa. Ellos lo dejaron entrar de nuevo, gracias a Nicodemo y José de Arimatea, que en un primer momento procuraron su admisión. No volvió, sin embargo, a la corte de la sala del juicio, sino que girando avanzó hacia la derecha hasta llegar a la entrada de la sala circular atrás del tribunal. En esa sala estaba Jesús siendo arrastrado y abusado por la chusma vil. Pedro se acercó temblando, y aunque se sintió objeto de observación, sin embargo, su ansiedad por Jesús lo condujo a

través de la puerta, que estaba rodeada por la multitud viendo la montaña de ultrajes sobre Jesús. Justo en ese momento ellos lo estaban arrastrando, coronado con paja, alrededor del círculo. Jesús echó una mirada llena de una seria advertencia sobre Pedro, una mirada que le traspasó el alma. Pero cuando, todavía luchando con el miedo, él escuchó de algunos de los que estaban allí las palabras: '¿Qué tipo es ese?' volvió a entrar en el patio. Allí, triste y distraído por compasión con Jesús y la ansiedad por su propia seguridad, vagó con pasos deambulantes. Por fin viendo que estaba atrayendo atención sobre sí mismo, se dirigió de nuevo hacia el atrio y se sentó junto al fuego. Estuvo sentado allí un tiempo considerable cuando algunos que lo habían visto fuera notaron su preocupación y excitación, volvieron a entrar y nuevamente dirigieron su atención a él, mientras se referían en términos de menosprecio a Jesús y Sus asuntos. Uno de ellos dijo: 'En verdad, tú también perteneces a sus adherentes! Tú eres un Galileo. Tu acento te traiciona.' Pedro comenzó a evadir la observación y a hacer su salida de la sala, cuando un hermano de Malco se acercó a él y le dijo: '¿Qué! ¿No lo vieron con Él en el Jardín de los Olivos? ¿No has herido la oreja de mi hermano?'

Pedro quedó fuera de sí del terror. Al tratar de liberarse, él comenzó en su forma impetuosa a maldecir y a jurar que no conocía al hombre, y terminó por salirse del atrio que rodeaba la casa. El gallo cantó de nuevo. Justo en ese momento, Jesús estaba siendo llevado de la sala circular y cruzando la corte hacia una prisión bajo la misma. Él se volvió hacia Pedro y echó sobre él una mirada de lástima mezclada con tristeza. Por la fuerza y con un poder aterrador, la palabra de Jesús cayó sobre su corazón: 'Antes de que el gallo cante dos veces, Me negarás tres veces!' Desgastado por el dolor y la ansiedad, Pedro había olvidado por completo su protesta presuntuosa en el Monte de los Olivos, de morir con su Maestro antes que negarlo, como también la advertencia que entonces recibió de Jesús. Pero en esa mirada, la enormidad de su culpa se levantó delante de él y casi le rompió el corazón. Había pecado. Él había pecado contra su maltratado e injustamente condenado Salvador, que estaba soportando en silencio las atrocidades más horribles, que le había realmente advertido estar en guardia. Lleno de remordimiento y tristeza, se cubrió la cabeza con su manto y se apresuró hacia el otro tribunal, llorando amargamente. Ya no temía ser abordado. A todos los que encontraba de buena gana les habría proclamado quién era, y cuán grande fue el crimen que descansaba sobre él. ¿Quién se atrevería a decir que en tal peligro, la aflicción, la ansiedad y la perplejidad, en una lucha entre el amor y el miedo, agotado por la fatiga, consumido por ver, perseguido por temor, medio loco de dolor mental causado por la abrumadora tristeza de esta más que lamentable noche, con un temperamento a la vez tan infantil y tan ardiente, que habría sido más fuerte que Pedro? El Señor dejó a Pedro a su propia fuerza, por lo tanto se convirtió en tan débil, al igual que lo hacen siempre los que pierden de vista las palabras: 'Orar y vela, para que no entréis en tentación.'

La celda de la prisión en la que se introdujo a Jesús yacía debajo de la sala del juicio de Caifás. Era una pequeña bóveda circular... Incluso en esta prisión, los verdugos no le dieron descanso a Jesús. Lo ataron a un pilar bajo que estaba en el centro de la

prisión, a pesar de que no Le permitirían inclinarse contra ella. Se vio obligado a tambalearse de lado a lado en sus pies cansados, que fueron heridos e hinchados por caídas frecuentes y los golpes de la cadena que colgaba de sus rodillas. No cesaban de burlarse y hacer atrocidades con Él, y cuando se cansaron los dos verdugos encargados, otros dos los reemplazaron, y ocurrieron nuevas escenas viles...

De pie en su prisión, Jesús oró ininterrumpidamente por Sus verdugos. Cuando al fin se cansaron de su deporte cruel y se volvieron algo tranquilos, vi a Jesús que se inclinó contra el pilar, rodeado de luz. El día estaba amaneciendo, el día de Sus sufrimientos infinitos y expiación. El día de nuestra Redención Él miró vagamente a través de una abertura en lo alto de la pared de la cárcel y el brillo del sol alumbró sobre nuestro santo y maltratado Cordero Pascual, que había tomado sobre sí todos los pecados del mundo. Jesús levantó Sus manos esposadas para saludar a la luz de la aurora y con claridad y audiblemente pronunció la oración más conmovedora a su Padre en el Cielo. En ella Él le dio las gracias por el envío de este día por el cual los Patriarcas habían suspirado, por el cual Él también, desde Su venida a la tierra, había deseado tan ardientemente como para romper en el grito: 'Tengo un Bautismo con que he de ser bautizado, y ¡cómo me angustio hasta que se cumpla!' Qué conmovedoramente el Señor dio las gracias por este día, en el que iba a cumplir el objetivo de Su vida, nuestra salvación; que era para desbloquear el Cielo, someter al Infierno, abrir la fuente de bendiciones a la humanidad, y cumplir la voluntad de su Padre!...

Tan pronto como el amanecer se hizo claro, Caifás, Anás, los Ancianos y los Escribas se reunieron en el gran salón para celebrar un juicio perfectamente legal. El juicio por la noche no era legal... Caifás ahora ordenó al pobre, abusado Jesús, que estaba consumido por falta de descanso, que fuera traído de la prisión y presentado ante el Consejo, por lo que después de la sentencia Él podría sin retardo ser llevado a Pilatos. Los sirvientes se apresuraron tumultuosamente en la cárcel, abrumaron a Jesús con palabras abusivas, soltaron sus manos, arrancaron el viejo manto hecho jirones de Sus hombros, Le pusieron Su propia túnica larga tejida, que todavía estaba cubierta de todo tipo de suciedad, sujetaron las cuerdas de nuevo alrededor de Su cintura, y Le hicieron salir de la prisión. Todo esto fue acompañado con golpes, a modo de apresurar la operación, porque ahora como antes, todo se llevó a cabo con prisa violenta y horrible barbarie. Al igual que un pobre animal para el sacrificio, con golpes y burlas, Jesús fue arrastrado por los verdugos en el pretorio a través de las filas de soldados reunidos en frente de la casa. Y debido a los maltratos y el cansancio Él presentaba tan fea apariencia, Su desgarrada y sucia ropa interior era Su único recubrimiento, que el disgusto de Sus enemigos los llenó con una rabia aún mayor. La compasión no encontró lugar en ninguno de esos corazones Judíos endurecidos.

Caifás, lleno de desprecio y furia por Jesús parado delante de él en una situación lamentable y tan miserable, se dirigió a Él: 'Si eres el Ungido del Señor, el Mesías, dínoslo!' Entonces Jesús levantó la cabeza y con la paciencia divina y dignidad solemne dijo: 'Si yo te lo dijera, no Me creerías. Y si te preguntara, no Me responderías,

ni Me dejarías ir. Pero en adelante el Hijo de Hombre se sentará a la diestra del poder de Dios.' Los miembros del Consejo se miraron unos a otros y, sonriendo con desprecio, Le dijeron a Jesús con desdén: 'Así que, ¿Tú eres el Hijo de Dios?' Con la voz de la Eterna Verdad, Jesús respondió: 'Sí, es como decís, Yo soy Ese!' Con estas palabras del Señor todos se miraron entre sí, diciendo: '¿Qué necesidad tenemos de algún testimonio adicional? Ya que nosotros mismos lo hemos oído de Su propia boca... Se ordenó a los verdugos atarlo de nuevo, colocar la cadena alrededor de su cuello, y llevarLe como un criminal condenado a Pilatos".

Jesús ante Pilatos y Herodes

"La multitud inhumana que condujo a Jesús de Caifás a Pilatos pasó a través de la parte más populosa de la ciudad, que ahora estaba abarrotada de invitados de la Pascua y un sinnúmero de extranjeros de todas partes del país...

Jesús estaba ahora vestido con su ropa interior tejida, que estaba cubierta con mugre y barro. De Su cuello colgaba la pesada y áspera cadena, que golpeaba Sus rodillas dolorosamente cuando Él caminaba, Sus manos estaban encadenadas como en el día anterior, y los cuatro verdugos lo arrastraron de nuevo con las cuerdas atadas a Su cintura. Por el terrible maltrato de la noche precedente, Él estaba completamente desfigurado. Él caminaba tambaleante, una imagen de absoluta miseria, demacrado, Su pelo y barba arrancados, Su rostro lívido e hinchado a golpes. En medio de furia y burla nuevas, Le hicieron avanzar. Muchos de la multitud habían sido instigados por aquellos en el poder a burlarse en esta procesión, de la entrada real de Jesús en Jerusalén el Domingo de Ramos. Ellos lo saludaron burlándose con todo tipo de títulos regios; echaban en el camino a sus pies piedras, palos, pedazos de madera y trapos inmundos; y con todo tipo de canciones y gritos satíricos le reprochaban Su entrada solemne. Los verdugos Le empujaron y arrastraron con las cuerdas sobre los objetos que impedían Su camino, por lo que todo el camino era un maltrato ininterrumpido...

El primer cargo que alegaron fue: 'Jesús es un seductor del pueblo, un perturbador de la paz, un agitador', y luego presentaron algunos testigos para fundamentar la acusación. A continuación dijeron: 'Él va de un lugar a otro celebrando grandes reuniones, quebrantando el sábado, y curando en sábado.' Aquí Pilatos les interrumpió con desprecio: 'Es fácil ver que ninguno de ustedes estaba enfermo, de lo contrario no se escandalizarían con la curación en sábado.' Continuaron: 'Él seduce al pueblo con una enseñanza horrible, ya que Él dice que para tener vida eterna, deben comer su carne y sangre.' Pilatos se sintió provocado por el odio furioso con el que pronunciaron este cargo. Echó un vistazo a sus oficiales y con una sonrisa dijo bruscamente a los Judíos: 'Casi parece que ustedes mismos están siguiendo Sus enseñanzas y están aspirando a la vida eterna, ya que ustedes también parecen tan deseosos de comer Su Carne y Su Sangre.'

Su segunda acusación fue: 'Jesús incita al pueblo a no pagar el tributo al Emperador.' Aquí Pilatos les interrumpió airadamente. Como uno cuyo oficio era saber de esas cosas, él replicó con énfasis: 'Esa es una gran mentira! Yo lo sé mejor que nadie!' Entonces los Judíos gritaron su tercera acusación: 'En verdad! Este Hombre de origen bajo, oscuro, y dudoso, Él mismo Se pone a la cabeza de un gran grupo y grita calamidades a Jerusalén. Él esparce también entre el pueblo parábolas de doble sentido con el significado de un rey que está preparando un banquete de bodas para su hijo. El pueblo se reunió en grandes multitudes alrededor de Él en una montaña, y una vez querían hacerle rey, pero fue antes de lo que Él deseaba, y por lo tanto Él se escondió. Durante los últimos días Él se presentó con más audacia. Hizo una entrada tumultuosa a Jerusalén, haciendo que se le rindieran honores regiois mientras que el pueblo, por sus órdenes, gritaba: '¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito sea el reinado de nuestro Padre David que viene ahora!' Además de esto, Él enseña que Él es el Cristo, el Ungido del Señor, el Mesías, el Rey prometido de los Judíos, y permite a sí mismo ser llamado así.' Este tercer cargo, al igual que los dos anteriores, contó el apoyo de diez testigos...

Pero debido a que los enemigos de Jesús habían presentado un cargo tan perjudicial para los derechos del Emperador, Pilatos hizo que el Salvador fuera conducido a su presencia para un interrogatorio.

Pilatos contemplaba a Jesús con asombro mientras se dirigía a Él: '¿Eres Tú el Rey de los Judíos?' Y Jesús le respondió: '¿Dices tú esto por ti mismo, u otros te lo dijeron de Mí?' Pilatos, un poco ofendido que Jesús le estimara tan tonto como para que por su propia voluntad, preguntara a una tan pobre y miserable criatura si era un rey, respondió evasivamente algo en este sentido: '¿Soy un Judío, que debo saber sobre cosas tan absurdas? Tu pueblo y sus sacerdotes Te han entregado a mí por una condena como uno digno de muerte. Dime, ¿Qué has hecho?' Jesús respondió solemnemente: 'Mi Reino no es de este mundo; si mi Reino fuera de este mundo, seguramente tendría sirvientes que combatirían por Mí, para que Yo no fuera entregado a los Judíos. Pero Mi Reino no es de aquí abajo.' Pilatos oyó estas fervientes palabras de Jesús con una especie de estremecimiento, y le dijo, pensativo: '¿Entonces Tú eres realmente un rey?' Y Jesús respondió: 'Como tú dices! Sí, Yo soy el Rey. Yo nací y vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad, oye Mi voz.' Pilatos Le echó una mirada y, levantándose, dijo: 'Verdad! ¿Qué es la verdad?' Algunas otras palabras fueron entonces intercambiadas, cuyo significado no lo recuerdo ahora.

Pilatos volvió a salir a la terraza. Él no podía comprender a Jesús, pero sabía esto de Él, que Él no era un rey que resultaría dañino para el Emperador, y que Él no reclamaría ningún reino de este mundo. En cuanto a un reino que perteneciera a otro

mundo, el Emperador se preocuparía poco sobre eso. Entonces Pilatos llamó desde la terraza a los Sumos Sacerdotes abajo: 'Yo no encuentro ningún tipo de delito en este Hombre!'

Entonces los enemigos de Jesús fueron presa de nueva furia. Lanzaron un torrente de acusaciones contra Él, mientras que Jesús se quedó en silencio orando por las pobres criaturas. Pilatos se volvió hacia Él y le preguntó: '¿No tienes nada que decir a todos estos cargos?' Pero Jesús no le respondió ni una palabra. Pilatos Le contemplaba con asombro al decir: 'Veo claramente que están actuando falsamente contra Ti!' Pero los acusadores, cuya furia estaba en aumento, gritaron: '¿Qué! ¿No encuentras ningún delito en Él? ¿No es ningún crimen incitar al pueblo? Él ha extendido Su doctrina en todo el país, desde Galilea hasta estos lares.'

Cuando Pilatos cazó la palabra Galilea, reflexionó un momento y luego preguntó abajo: '¿Es este Hombre de Galilea un súbdito de Herodes?' Los acusadores contestaron: 'Sí. Sus padres vivieron hace tiempo en Nazaret, y ahora Su propia vivienda está cerca de Cafarnaúm.' Pilatos dijo entonces: 'Puesto que Él es un Galileo y súbdito de Herodes, llévenLe a Herodes. Él está aquí para la fiesta, y puede juzgarLe enseguida.' Luego hizo que Jesús fuera tomado de la cámara de juicios y llevado nuevamente a Sus enemigos, mientras que al mismo tiempo envió un oficial para informar a Herodes que uno de sus súbditos, Galileo, Jesús de Nazaret, iba a ser presentado ante él para ser juzgado. Pilatos se alegró de poder de esta manera escapar de dictar sentencia sobre Jesús, porque todo el asunto le hacía sentirse incómodo. Al mismo tiempo, él tenía un motivo político en mostrar este acto de cortesía a Herodes, habiendo entre ellos un distanciamiento, pues sabía que Herodes estaba muy deseoso de ver a Jesús.

Los enemigos de Jesús estaban en el más alto grado de exasperación por haber sido despedidos así ante el populacho, por estar así obligados a llevar a Jesús a otro tribunal; en consecuencia, descargaron su furia sobre Él. Con renovada furia Le rodearon, Le ataron de nuevo y, junto con los soldados que clamaban, Le llevaron con furiosa prisa con bofetadas y golpes a través del foro lleno de gente y a través de la calle que conducía al palacio de Herodes que no estaba lejos. Algunos soldados Romanos los acompañaron...

Apenas entraron empezaron a vociferar sus quejas. Herodes sin embargo miró inquisitivamente a Jesús, y cuando lo vio tan miserable, tan maltratado, Sus prendas salpicadas de mugre, Su pelo arrancado y despeinado, Su cara cubierta de sangre y suciedad, un sentimiento de compasión repugnante se escabulló del amanerado y voluptuoso rey. Pronunció el nombre de Dios (que era algo así como 'Jehová'), volvió la cara con un aire de disgusto y dijo a los sacerdotes: 'Llévenselo! Límpienlo! Cómo

podieron traer ante mis ojos una criatura tan sucia, tan maltratada! Al escuchar estas palabras, los funcionarios llevaron a Jesús al atrio, trajeron una palangana de agua y un trapo viejo con el que le quitaron algo de la suciedad, maltratándolo al mismo tiempo. Su ruda forma de comportarse abrió las heridas en Su rostro desfigurado. Mientras Herodes reprochó a los sacerdotes por su brutalidad. Parecía querer imitar la actitud de Pilatos hacia ellos, porque dijo: 'Es muy evidente que Él ha caído en las manos de los carniceros. Están comenzando su trabajo de hoy antes de la hora.' Los Sumos Sacerdotes respondieron solamente alegando con vehemencia sus quejas y acusaciones. Cuando Jesús fue llevado de nuevo adentro, Herodes, que quería actuar afablemente hacia Él, ordenó que Le llevaran un vaso de vino para que Él pudiera recuperar un poco de fuerza. Pero Jesús negó con la cabeza, y no aceptaría la bebida.'...

Herodes era muy afable con Jesús; incluso le halagaba y repetía todo lo que sabía de Él. Al comienzo Le hizo varias preguntas, y quería ver un signo de Él. Pero Jesús no respondió una sílaba, y en silencio mantuvo bajos Sus ojos. Herodes se puso muy enfadado y avergonzado ante los presentes. Quiriendo, sin embargo, ocultar su vergüenza, derramó un torrente de preguntas y palabras vacías, 'Lo siento mucho', dijo, 'de verte tan gravemente acusado. He oído muchas cosas de Ti ¿Sabes que Tú me ofendiste en Tirsá cuando, sin mi permiso, Tú liberaste a los prisioneros a quienes yo había confinado allí? Pero tal vez Tus intenciones eran buenas. Tú ya me has sido entregado por el Gobernador Romano para que Te pueda juzgar. ¿Qué dices Tú a todos estos cargos? ¿Te quedas en silencio? Me han dicho a menudo de Tu gran sabiduría al hablar y al enseñar -me gustaría oírTe refutar a tus acusadores. ¿Qué dices? ¿Es cierto que Tú eres el Rey de los Judíos? ¿Eres Tú el Hijo de Dios? ¿Quién eres Tú? He oído que has realizado grandes milagros. Demuéstrame dando alguna señal. Me pertenece el liberarTe. ¿Es cierto que Tú has dado la vista a ciegos de nacimiento? ¿ResucitasTe a Lázaro de entre los muertos? ¿AlimentasTe a varios miles de personas con unos pocos panes? Por qué Tú no respondes! Yo te conjuro para realizar uno de Tus milagros! Será para Tu propio beneficio.' Pero Jesús se quedó en silencio. Herodes, con una mayor locuacidad, continuó: '¿Quién eres tú? ¿Qué pasa Contigo? ¿Quién Te ha dado poder? ¿Por qué ya no puedes Tú ejercerlo? ¿Eres Tú aquel de cuyo nacimiento cosas tan extraordinarias se dicen? Una vez algunos reyes vinieron de Oriente a mi padre, a preguntar por un recién nacido Rey de los Judíos, al que querían rendir homenaje. Ahora, dicen que este niño no es otro que Tú mismo. ¿Es esto cierto? ¿EscapasTe de la muerte, que en ese momento cayó sobre tantos niños? ¿Cómo ocurrió eso? ¿Por qué permaneciste tanto tiempo en el retiro? ¿O es que se relatan esos eventos de Ti únicamente para hacerTe un rey? ¡Contéstame! ¿Qué clase de rey eres Tú? En verdad, no veo nada real acerca de Ti! Ellos han, por lo que he oído, celebrado últimamente para Ti una procesión triunfal al Templo. ¿Qué significa eso? ¡Habla! ¿Cómo es que tanta popularidad termina de esta manera?' A todas estas preguntas Herodes no recibió ninguna respuesta de Jesús. Se me reveló que Jesús no iba a hablar con él porque, por su relación adúltera con Herodías y el asesinato del Bautista, Herodes estaba bajo excomuni3n...

Terminó abrumando a Jesús con palabras de desprecio y desdén, y dijo a sus criados y guardaespaldas (de los cuales había unos doscientos en su palacio): 'Llévense a este tonto, y rindan el honor debido a un rey tan ridículo. Él es más tonto que malhechor!'

De esta insolente, impía gentuza, Nuestro Señor tuvo que sufrir la burla más vergonzosa, el maltrato más bárbaro. Cuando Le llevaron fuera del atrio, un soldado traía en la puerta de la casa de campo un gran saco blanco en el que había sido empacado algodón. Cortaron un agujero en la parte inferior del saco y, en medio de gritos de risa burlona de todos los presentes, lo arrojaron sobre la cabeza de Jesús. Colgaba en pliegues amplios sobre Sus pies. Otro soldado puso un trapo rojo como un collar alrededor de Su cuello. Y ahora se postraron delante de Él, empujándolo de aquí para allá, Le insultaron, escupieron sobre Él, Le golpearon en la cara porque se había negado a contestar a su rey, y le rindieron un millar de tributos burlones. Ellos lanzaron inmundicia sobre Él, tiraron de Él para todos lados como si Él estuviera bailando, Le obligaron -en un ancho mantel de escarnio que se arrastraba- a caer al piso, y Le arrastraron a través de una alcantarilla que corría alrededor de la corte por todo el largo de los edificios, de forma que Su sagrada cabeza golpeó contra los pilares y las piedras en las esquinas. Entonces ellos Le sacudieron de pies a cabeza y lanzando nuevos gritos, comenzaron nuevos ultrajes. Entre los doscientos soldados y sirvientes de la corte de Herodes había gente de las regiones más separadas, y cada malvado malhechor en esa multitud quería, por algún acto infame y especial hacia Jesús, hacer honor a sí mismo y su provincia. Llevaban en su brutalidad, premura violenta y gritos burlones. Aquellos que habían recibido dinero de los Fariseos aprovecharon la confusión para golpear la cabeza sagrada de Jesús con sus garrotes. Él los miró con compasión, suspiró y gimió de dolor. Pero ellos, en voces quejumbrosas, se burlaban de Su gemido, y en cada nuevo ultraje estallaban de la risa en gritos burlones. No había nadie para compadecerse de Jesús. Vi la sangre chorrear por Su cabeza de la manera más penosa, y tres veces Le vi caer al piso bajo los golpes de sus garrotes. Al mismo tiempo, vi llorando ángeles rondando sobre Él, ungiendo Su cabeza. Se me dio a conocer que estos golpes hubieran sido fatales, si no fuera por la ayuda divina...

Con irritación renovada, los Sumos Sacerdotes y los enemigos de Jesús hicieron su camino de regreso con Él desde Herodes a Pilatos. Estaban mortificados por haber sido obligados a regresar, sin Su condena, a un tribunal en el que Él que ya había sido declarado inocente. Tomaron por lo tanto otra ruta con el fin de exhibirLe en Su ignominia a otra parte de la ciudad, también para tener más tiempo para abusar de Él, y dar a sus emisarios más tiempo para incitar al populacho en contra de Él.

El camino que tomaron ahora era muy accidentado y desnivelado. Los verdugos por

quienes Jesús era llevado no Le dejaron ni un momento de paz, y la larga prenda impedía Sus pasos. Se arrastraba en el barro y a veces Le arrojaban al piso, y en esas ocasiones Él era, con golpes en la cabeza y patadas, levantado de nuevo con las cuerdas. En este viaje Él fue sometido a un escarnio indescriptible e indignante tanto de Sus conductores como del populacho, pero mientras tanto Él oraba para que Él no muriera hasta que Él no hubiera consumado Su pasión para nosotros.

Jesús fue llevado de nuevo a través de la calle ante la casa de Pilatos y por las escaleras a la plataforma elevada. Los verdugos Le arrastraron de la manera más brutal, la larga prenda Le hacía tropezar y Él cayó con tanta frecuencia en los escalones de mármol blanco que estaban manchados con la sagrada sangre de Su cabeza. Sus enemigos, que habían retomado sus asientos al costado del foro, y el populacho grosero, estallaron en abucheos y risas en cada caída Suya, mientras que los verdugos Le hicieron subir a patadas.

Pilatos, el juez vulgar y pusilánime, había repetido varias veces las palabras cobardes: '¡Yo no encuentro ningún delito en Él, por tanto, yo Le castigaré y Le dejaré ir!' A lo que los Judíos gritaron ninguna otra respuesta que, '¡Crucifícale! ¡Crucifícale!' Pero Pilatos, aún con la esperanza de llevar a cabo su primera resolución de no condenar a muerte a Jesús, mandó que Él fuera azotado a la manera de los Romanos. Entonces los verdugos, golpeando y empujando a Jesús con sus bastones cortos, Le llevaron a través de la multitud furiosa en el foro al pilar de flagelación, que estaba frente a una de las salas que rodeaban la gran plaza al norte del palacio de Pilatos y no muy lejos de la caseta de vigilancia...

Estos bárbaros hombres habían a menudo flagelado a pobres delincuentes hasta la muerte en este mismo pilar. Había algo bestial, incluso diabólico, en su aspecto, y estaban medio emborrachados. Aunque el Señor no ofrecía ningún tipo de resistencia, sin embargo, Le golpearon con sus puños y cuerdas y con rabia frenética Le arrastraron al pilar, que estaba solo y que no servía de apoyo a ninguna parte del edificio. No era muy alto, ya que un hombre alto con los brazos extendidos podría alcanzar la cima, que estaba provista de un anillo de hierro. Hacia el centro del mismo, de un lado estaban otros anillos o ganchos. Es imposible expresar la barbarie con la que esos perros de caza furiosos ultrajaron a Jesús en esa corta caminata hasta el pilar. Le arrancaron el manto de burla de Herodes, y casi tiraron al piso al pobre Salvador.

Jesús tembló y se estremeció ante el pilar. Con Sus propias manos, hinchadas y sangrientas por las cuerdas ajustadas, y con una prisa trémula, Él se quitó Sus prendas, mientras que los verdugos Le golpeaban y abusaban de Él. Él oraba y suplicaba tan conmovedoramente y, por un instante, volvió Su cabeza hacia su afligidísima Madre, que estaba de pie con las santas mujeres en una esquina de uno

de los porches alrededor de la plaza, no muy lejos del lugar de flagelación. Volviéndose al pilar, como para cubrirse por él, Jesús dijo: 'Alejen su mirada de Mí!'²⁶ No sé si Él dijo estas palabras vocalmente o mentalmente, pero vi cómo María la alejó, ya que en el mismo momento, la vi volviéndose y cayendo en los brazos de las santas mujeres que la rodeaban, cubiertas completamente con velos.

Y ahora Jesús estrechó el pilar entre sus brazos. Los verdugos, con imprecaciones terribles y tirando bárbaramente, ataron Su sagradas y levantadas manos en alto, por medio de un gancho de madera, apoyado en el anillo de hierro en la parte superior. Al hacerlo así, ellos estiraron tanto todo Su cuerpo, que Sus pies, fuertemente asegurados abajo en la base, casi no tocaban el suelo. Allí estaba el Santo de los Santos, despojado de la ropa, cargado de una angustia inefable y la ignominia, estirado sobre el pilar de los delincuentes, mientras que dos de los sabuesos, con rabia sanguinaria, comenzaron a desgarrar con sus látigos la sagrada espalda de los pies a la cabeza. Las primeras varas, o azotes, que utilizaron parecían como si estuvieran hechas de madera blanca flexible, o podrían haber sido manojos de tendones de buey, o tiras de duro cuero blanco.²⁷

Nuestro Señor y Salvador, el Hijo de Dios, verdadero Dios y verdadero Hombre, temblaba y se retorció como un pobre gusano bajo los golpes de las varas de los criminales. Él gritaba con voz contenida, y con gemidos claros y de dulce sonar, como una oración de amor bajo la tortura insoportable, formaba un acompañamiento conmovedor a los siseantes golpes de Sus verdugos...

Vi jóvenes infames con poca ropa, en un costado de la caseta de vigilancia, preparar varas nuevas, y otros irse a buscar ramas espinosas. Algunos verdugos de los Sumos Sacerdotes se acercaron a los azotadores y les dieron dinero, y una gran jarra de jugo rojo espeso fue traída a ellos, de la que bebieron hasta que se volvieron totalmente furiosos de borrachera. Habían estado trabajando alrededor de un cuarto de hora, cuando dejaron de pegar, y se unieron a dos de los otros en la bebida. El cuerpo de Jesús estaba lívido, marrón, azul, y rojo, y enteramente cubierto de cortes hinchados. Su sagrada sangre chorreaba en el suelo. Él tembló y Se estremeció. El escarnio y la burla Le asaltaban por todos lados...

El segundo par de azotadores cayó ahora sobre Jesús con furia fresca. Hicieron uso de diferentes varas, ásperas, como si tuvieran espinas, y provistas aquí y allá con nudos y astillas. Bajo los golpes furiosos, los verdugones inflamados en el cuerpo

²⁶ Jesús estaba casi desnudo.

²⁷ En las visiones de la Venerable María de Jesús de Ágrede eran ramales de nervios de animales, casi tan duros como mimbres ya secas ("Mística Ciudad de Dios", VI, 20, #1339)

sagrado de Jesús fueron desgarrados y arrancados; Su sangre salía a chorros en todas direcciones de modo que los brazos de Sus verdugos fueron rociados con ella. Jesús gimió y oró y Se estremeció en Su agonía...

Los dos últimos azotadores golpearon a Jesús con látigos que consistían en pequeñas cadenas o correas, atadas a un mango de hierro, los extremos provistos con puntas de hierro, o ganchos. Le arrancaron pedazos enteros de piel y carne de Sus costillas. Oh, quién puede describir la horrible barbarie de ese espectáculo!

Pero esos monstruos no habían saciado aún su crueldad. Aflojaron las cuerdas que ataban a Jesús y volvió Su espalda al pilar y, como Él estaba tan agotado que ya no era capaz de mantenerse de pie, Le ataron a él con cuerdas finas que pasaron debajo de Sus brazos sobre Su pecho, y debajo de las rodillas. Sujetaron Sus manos al anillo en el medio del lado opuesto. Sólo sangre y heridas, sólo carne bárbaramente destrozada se podía ver en el más venerable y sagrado Cuerpo del Hijo de Dios. Como sabuesos furiosos rugían los azotadores con sus golpes. Uno sostenía una vara delgada en su mano izquierda, y con ella golpeó el rostro de Jesús²⁸. No había más ronchas distinguibles en el Cuerpo del Señor. Miró, con ojos bañados en sangre, a Sus torturadores, y pidió misericordia; pero sólo se convirtieron en los más enfurecidos. Él gimió en tono desvaneciente: 'Ay! Ay!'²⁹

La terrible flagelación había durado tres cuartos de hora enteros, cuando un hombre desconocido, un extraño y pariente de ese ciego Ctesifonte a quien Jesús había restaurado la vista, se precipitó indignado a la parte de atrás del pilar, con un cuchillo en forma de hoz en la mano, y gritó: 'Esperen! No golpeen al Hombre inocente hasta la muerte!' Los verdugos borrachos, sorprendidos por un momento, se detuvieron, mientras que con un golpe el desconocido cortó rápidamente las cuerdas que ataban a Jesús. Todas ellas estaban anudadas juntas, y fijadas a un gran clavo de hierro en la parte de atrás del pilar. Entonces el hombre huyó y desapareció entre la multitud. Jesús cayó, cubierto de sangre y heridas, al pie del pilar y yacía inconsciente en Su propia sangre. Los verdugos Le dejaron allí tirado y se fueron a beber y a llamar a sus villanos compañeros, que estaban tejiendo una corona de espinas.

Jesús se estremeció en agonía mientras, con heridas sangrantes, Él yacía al pie del pilar. Vi en ese momento algunas chicas audaces que pasaban. Se detuvieron en

²⁸ **“con vara hieren en la mejilla al juez de Israel”** Mi (4,14); analizando el Santo Sudario dice el médico Judica Cordiglia: "Precisamente allí donde confina el cartílago con el hueso nasal,... la nariz inicia una ligera desviación hacia la izquierda. Se trata, evidentemente, de un bastonazo, propinado por un palo más bien corto y redondo, de un diámetro máximo de 4 a 5 centímetros... El golpe lo descargó un sujeto que se encontraba a la derecha del agredido y empuñaba el bastón con la izquierda." ("La Sábana Santa de Turín", Manuel Solé, pág. 207).

²⁹ Sal (38,8-9)

silencio delante de Él, tomadas de la mano, y Le miraron con disgusto femenino, que renovó el dolor de todas Sus heridas. Levantó Su cabeza sangrante, y volvió Su rostro doliente con piedad hacia ellas. Ellas pasaron, mientras que los verdugos y los soldados se rieron y gritaron algunas expresiones escandalosas por ellas.

Varias veces durante la flagelación vi ángeles llorando alrededor de Jesús y, durante todo ese castigo amargo e ignominioso que cayó sobre Él como una lluvia de granizo, Le oí ofreciendo Su oración a Su Padre por los pecados de la humanidad. Pero ahora, mientras yacía en Su propia sangre al pie del pilar, vi a un ángel fortaleciéndolo. Parecía como si el ángel le diera un bocado luminoso.

Los verdugos de nuevo se acercaron y, empujando a Jesús con sus pies, ordenaron que Se levantara, porque aún no habían terminado con el Rey. Ellos Le golpearon mientras Él se arrastraba tras Su faja de lino, que los infames miserables pateaban con gritos de burla de un lado a otro, por lo que Jesús, en esta Su urgente necesidad, tenía que gatear de la forma más dolorosa por el suelo en Su propia sangre como un gusano pisoteado, con el fin de alcanzar a Su faja y con ella cubrir sus lacerado vientre. Luego, con golpes y patadas Le obligaron a pararse en Sus pies vacilantes, pero no Le permitieron ningún momento para ponerse Su vestidura, que arrojaron sobre Él con las mangas sobre Sus hombros. Ellos Le corrieron a la caseta de vigilancia de una manera indirecta, a lo largo de la cual Él limpió la sangre de Su rostro con Su manto. Ellos fueron capaces de avanzar rápidamente del lugar de la flagelación, porque los porches alrededor del edificio estaban abiertos hacia el foro; uno podía ver a través del camino cubierto bajo el cual los ladrones y Barrabás estaban encarcelados. Como Jesús fue llevado más allá de los asientos de los Sumos Sacerdotes, éstos exclamaron 'Fuera con Él! Fuera con Él!' y en disgusto apartaron su mirada de Él cuando iba hacia el patio interior de la caseta de vigilancia. No había soldados en ella cuando Jesús entró, sino toda clase de esclavos, verdugos y vagabundos, la peor escoria del populacho...

Era eso de las nueve de la mañana cuando la flagelación había terminado.

Una vez más arrancaron la ropa de Jesús de Su cuerpo herido, y en su lugar lanzaron sobre Él una vieja capa roja militar hecha jirones y tan corta que no alcanzaba las rodillas. Fragmentos de borlas amarillas colgaban de aquí y allá. Se mantuvo en un rincón de la habitación de los verdugos y que se utilizaba para maltratar a los criminales después de su flagelación, ya sea para secar la sangre o para ridiculizarlos. Ahora arrastraron a Jesús al taburete cubierto de piedras y fragmentos de cerámica, y violentamente obligaron a Su herido y desnudo cuerpo a bajarse sobre ellos. Entonces pusieron sobre Él la corona de espinas. Tenía dos manos de alto, era gruesa, y hábilmente trenzada, con un borde que sobresalía en la parte superior. Luego ellos la pusieron como una espiral alrededor de Su frente y la sujetaron

firmemente en la parte posterior, transformándose así en una corona. Estaba hábilmente tejida con ramas espinosas con un grueso de tres dedos, cuyas espinas crecieron en línea recta. En el trenzado de la corona, tantas como fue posible se habían deliberadamente empujado hacia adentro. Había tres tipos de espinas, como las que entre nosotros se llaman espino cerval, endrino, y espino blanco. El borde que sobresalía encima estaba formado de un tipo, que llamamos mora, y fue por este borde que el torturador lo sujetaba y lo movía con el fin de producir nuevos sufrimientos. He visto el lugar de donde los malhechores trajeron las espinas. A continuación colocaron en la mano de Jesús una gruesa caña coronada con un copete. Todo esto se hizo con burlona solemnidad, como si realmente Le coronaran rey. Entonces ellos le arrebataron la caña de su mano y con ella golpearon la corona con violencia, hasta que Sus ojos se llenaron de sangre. Se arrodillaron delante de Él, Le sacaron la lengua, golpearon y escupieron Su rostro, y gritaron: '¡Salve, Rey de los Judíos!' Con gritos de risa burlona, Le tumbaron junto con el taburete, con el fin de forzarlo violentamente a caer al piso nuevamente.

No soy capaz de repetir todas las invenciones vulgares empleadas por esos miserables para insultar al pobre Salvador. ¡Ah! Su sed era horrible, porque Él se consumía con la fiebre de Sus heridas, y la laceración causada por la flagelación inhumana. Él temblaba. La carne de Sus costados estaba en muchos lugares desgarrada hasta las costillas. Su lengua se contrajo convulsivamente. Sólo la sagrada Sangre que goteaba abajo de Su cabeza bañaba, por así decirlo, en la compasión, en Sus labios resecos que colgaban lánguidamente abiertos. Esos monstruos horribles, al ver esto, transformaron Su boca en un receptáculo para su propia suciedad repugnante. Jesús sufrió este maltrato durante una media hora, tiempo durante el cual la cohorte que rodeaba el pretorio en orden jerárquico mantuvo un burlarse y reírse ininterrumpidos...

Y ahora de nuevo llevaron a Jesús, con la corona de espinas sobre Su cabeza, el cetro ridiculizado en Sus manos encadenadas, el manto púrpura arrojado sobre Él, hacia el palacio de Pilatos. Él estaba irreconocible a causa de la sangre que llenaba sus ojos y corría hacia abajo en Su boca y barba. Su cuerpo, cubierto con verdugones y heridas inflamadas, se parecía a un paño empapado en sangre, y Su andar era agachado y tambaleante. El manto era tan corto que Él tuvo que encorvarse para cubrirse con él, porque en la coronación habían arrancado nuevamente toda Su ropa. Cuando Él llegó al escalón más bajo de la escalera que llevaba a Pilatos, aún estos insensibles fueron presa de un estremecimiento de compasión y disgusto.³⁰ Pilatos se apoyó en uno de sus oficiales, y como los sacerdotes y el pueblo mantuvieron sus gritos y burlas, exclamó: '¡Si el diablo fuera tan cruel como los Judíos, no se podría vivir con él en el Infierno!' Jesús fue cansadamente arrastrado por los escalones, y mientras Él se quedó un poco atrás, Pilatos salió al frente del balcón. La trompeta sonó para llamar la atención, ya que Pilatos iba a hablar. Dirigiéndose a los Sumos

³⁰ Sal (22,7-8)

Sacerdotes y al pueblo, dijo: 'Miren! Le traigo afuera para ustedes, para que sepáis que no encuentro ninguna causa en Él!'

Entonces Jesús fue llevado por los verdugos a la parte delantera del balcón donde Pilatos estaba, para que Él pudiera ser visto por todo el pueblo en el foro. ¡Oh, qué terrible, desgarrador espectáculo! Un silencio, terrible y sombrío, cayó sobre la multitud cuando al aparecer Jesús tratado inhumanamente, la sagrada figura martirizada del Hijo de Dios, cubierta de sangre y heridas, llevando la espantosa corona de espinas, y con Sus ojos nadando en sangre, echó una mirada sobre la multitud airada! Cerca estaba Pilatos, apuntando a Él con su dedo y gritando a los Judíos: '¡He aquí el Hombre!'

Los Sumos Sacerdotes y los jueces estaban completamente enfurecidos al ver a Jesús, el pavoroso Espejo de su propia conciencia, y vociferaron '¡Aléjalo! ¡Crucifícalo!' Pilatos exclamó: '¿Todavía no están satisfechos? Ha sido tratado tan rudamente que Él nunca más va a querer ser un rey'. Pero ellos y todo el pueblo, como fuera de sí y con rabia, gritaron violentamente: '¡Aléjalo! ¡A la Cruz con Él!' De nuevo Pilatos ordenó que sonara la trompeta, y otra vez gritó: 'Llévenlo con ustedes y crucifíquenlo, porque yo no encuentro ninguna causa en Él!' A esto los Sumos Sacerdotes gritaron: 'Nosotros tenemos una ley, y de acuerdo a ella Él debe morir, porque Él se ha hecho a sí mismo el Hijo de Dios!' Pilatos respondió: 'Si ustedes tienen una ley como esa, en que un hombre como Éste debe morir, entonces nunca seré un Judío!' Sin embargo, las palabras, 'Él se ha hecho a sí mismo el Hijo de Dios', renovaron la ansiedad de Pilatos, despertaron de nuevo sus temores supersticiosos. Él hizo por tanto que Jesús fuera presentado ante él en el pretorio, donde Le podría hablar a solas. Comenzó preguntando: '¿De dónde eres Tú?' Pero Jesús no le dio respuesta. '¿Tú no me respondes?' dijo Pilatos. '¿No sabes Tú que tengo el poder para crucificarte y el poder para liberarte?' 'No tendrías ningún poder', respondió Jesús, 'de no ser porque te fuera dado desde lo alto; por lo tanto, el que Me ha entregado a ti tiene al mayor pecado.'...

Indeciso y perplejo como antes, Pilatos salió otra vez y se dirigió al pueblo, diciéndoles que no pudo encontrar culpa en Jesús. Ellos por su parte habían sido incitados por el relato difundido por los Sumos Sacerdotes y los Fariseos, a saber, que 'los seguidores de Jesús habían sobornado a la esposa de Pilatos, para que si Jesús era puesto en libertad, Él se uniera con los Romanos y luego todos serían condenados a muerte'. Esto provocó a la multitud que clamaba con más vehemencia que nunca por Su muerte. Pilatos, deseoso de obtener de alguna manera una respuesta a sus preguntas, volvió de nuevo a Jesús en el pretorio. Cuando estaba a solas con Él, él Le miró casi con miedo, y pensó de una forma confusa: '¿Y si este Hombre fuera realmente un dios?' Y luego con un juramento de inmediato comenzó a rogarle a Jesús a que dijera si Él era un dios y no un ser humano, si Él era ese rey prometido de los Judíos. ¿Hasta dónde se extendía Su Reino? ¿A qué rango pertenecía Su divinidad?

y terminó declarando que, si Jesús contestaba sus preguntas, él Le dejaría libre. Lo que Jesús dijo a Pilatos, en respuesta, lo puedo repetir sólo en sustancia, no con palabras. El Señor habló palabras de terrible trascendencia. Le dio a entender a Pilatos qué tipo de rey Él era, sobre qué tipo de reino Reinaba, y cuál era la verdad, porque Él le dijo la verdad. Él presentó delante de él el estado abominable de su propia conciencia, predijo el destino que le esperaba -el exilio en la miseria y un horrible fin. Le dijo, además, que algún día Él vendría a dictar sentencia sobre él en un juicio justo.

Asustado e irritado por las palabras de Jesús, Pilatos salió otra vez fuera al balcón y proclamó su intención de liberar a Jesús. Entonces surgió el grito: 'Si sueltas a ese hombre, no eres amigo del César, porque cualquiera que se haga rey, habla en contra del César!' Otros gritaban: 'Te vamos a denunciar al César como un perturbador de nuestra fiesta. Decídetes ya, pues bajo pena de castigo debemos estar en el Templo a las diez de la noche.' Y el grito: '¡A la cruz con Él! Apártalo!' resonaba furiosamente en todos los lados, incluso desde las azoteas de las casas cerca del foro, en las que algunos de la muchedumbre habían trepado.

Pilatos vio ahora que no podía hacer nada con la multitud furiosa. Había algo verdaderamente aterrador en la confusión y el alboroto. Toda la masa de gente reunida ante el palacio estaba en tal estado de rabia y excitación que podía temerse una violenta insurrección. Entonces Pilatos pidió agua. El sirviente que la trajo la vertió de un florero³¹ sobre sus manos delante del pueblo, mientras que Pilatos regañó desde el balcón: '¡Yo soy inocente de la sangre de este Hombre justo! Vosotros veréis!' Entonces se elevó de la multitud reunida, entre los que se encontraban personas de todas partes de Palestina, el horrible grito unánime: 'Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos!'..."

Condenación a muerte

"Y ahora Jesús con la capa escarlata, la corona de espinas sobre Su cabeza, Sus manos atadas, fue llevado por los soldados y verdugos a través de la multitud burlona y colocado entre los dos asesinos ante el tribunal. De este asiento de Estado, Pilatos, una vez más, dijo en voz alta a los enemigos de Jesús: 'He allí vuestro Rey!' Pero ellos gritaron: '¡Lejos, Lejos de éste Hombre! Crucifícale!' '¿He de crucificar a vuestro Rey?' dijo Pilatos. 'No tenemos más rey que el César!' respondieron los Sumos Sacerdotes. A partir de ese momento Pilatos no habló ni una palabra a favor ni con Jesús. Comenzó la sentencia de condena. Los dos ladrones ya habían sido sentenciados a la cruz, pero su ejecución, a instancia de los Sumos Sacerdotes, se había pospuesto hasta hoy. Pensaron ultrajar más a Jesús al crucificarLe con dos asesinos infames. Las cruces de los ladrones ya yacían cerca de ellos, traídas por los asistentes de los

³¹ Probablemente el agua estaba perfumada.

verdugos. La de Nuestro Señor no estaba todavía allí, probablemente porque Su sentencia de muerte aún no se había pronunciado...

Pilatos habló primero algunas palabras en las que, con títulos altisonantes, nombró al emperador Claudio Tiberio. Luego estableció la acusación contra Jesús; que, como un personaje sedicioso, un perturbador y violador de las leyes Judías, que había permitido a Sí mismo ser llamado el Hijo de Dios y el Rey de los Judíos, que Él había sido condenado a muerte por los Sumos Sacerdotes, y por la voz unánime del pueblo bastaba para ser crucificado. Además Pilatos, el juez inicuo, quien afirmó en estas últimas horas frecuentemente y públicamente la inocencia de Jesús, ahora proclamó que él encontró la sentencia de los Sumos Sacerdotes justa, y terminó con las palabras: 'Yo también condeno a Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos, a ser clavado a la cruz'. Luego ordenó a los verdugos que Le trajeran. También tengo algún recuerdo confuso de él tomando un palo largo, cuyo centro estaba lleno de salvia, rompiéndolo y arrojando los pedazos a los pies de Jesús...

Luego Pilatos se sentó en el tribunal y escribió la sentencia, que fue copiada por varios oficiales parados detrás de él. Fueron enviados mensajeros con las copias, ya que algunas de ellas tenían que ser firmadas por otros. No sé si esta formalidad era requisito para la sentencia, o si incluía otros encargos, pero algunos de los escritos definitivamente fueron enviados a ciertos lugares distantes. La condena escrita de Pilatos contra Jesús mostró claramente su engaño, porque su tenor fue totalmente diferente del que había pronunciado oralmente. Vi que estaba escribiendo en contra de su voluntad, en la perplejidad dolorosa de la mente, y como si un ángel de la ira fuera guiando su mano. La sentencia escrita era aproximadamente de la siguiente manera:

'Urgido por los Sumos Sacerdotes y el Sanedrín, y temiendo una insurrección del pueblo que acusa a Jesús de Nazaret de la sedición, de blasfemia e infringir las leyes, y que exigen que Él sea condenado a muerte, tengo (aunque de hecho sin poder fundamentar sus acusaciones) que entregarLe para que sea crucificado junto con otros dos criminales condenados cuya ejecución fue pospuesta por la influencia de los Sumos Sacerdotes porque querían que Jesús sufriera con ellos. He condenado a Jesús porque no quiero ser acusado ante el Emperador como un juez injusto de los Judíos y como instigador de insurrecciones; y yo Le he condenado como un criminal que ha actuado en contra de las leyes, y cuya muerte ha sido violentamente demandada por los Judíos.'

Pilatos hizo que se hicieran muchas copias de esta sentencia y se enviaran a diferentes lugares. Los Sumos Sacerdotes, sin embargo, no estaban del todo satisfechos con la sentencia escrita, sobre todo porque Pilatos escribió que habían solicitado que la crucifixión de los ladrones fuera pospuesta con el fin de que Jesús

podiera ser ejecutado con ellos. Ellos pelearon con Pilatos al respecto en el tribunal. Y cuando con barniz, escribió en una pequeña placa de color marrón oscuro las tres líneas de la inscripción de la cruz, disputaron nuevamente con él acerca del título, y exigieron que no fuera 'Rey de los Judíos', sino 'Él se llamó a sí mismo el Rey de los Judíos.' Pilatos, sin embargo, se volvió impaciente e insultante, y respondió más o menos así: '¡Lo que he escrito, lo he escrito!'

Querían asimismo que la cruz de Jesús no subiera más alto por encima de Su cabeza que las de los dos ladrones. Pero tenía que ser así, porque era en un principio demasiado corta para permitir que el título escrito por Pilatos se colocara sobre la cabeza de Jesús. Ellos en consecuencia se opusieron a que fuera más alta por una adición, esperando así evitar que el título tan ignominioso para ellos fuera levantado. Pero Pilatos no cedería. Tenían para elevar la altura, una pieza fijada en el tronco sobre la cual el título podría ser colocado. Y fue así que la Cruz recibió esa forma tan llena de significado, en la que siempre la he visto...

Después de la proclamación de la sentencia, el Santísimo Redentor volvió a caer presa de los salvajes verdugos. Ellos le trajeron sus propias ropas, que habían sido tomadas de Él en actitud burlona ante Caifás. Habían sido mantenidas de forma segura y, creo, algunas personas compasivas deben haberlas lavado, porque estaban limpias. También fue, creo, una costumbre entre los Romanos llevar así a los condenados a la ejecución. Ahora estaba de nuevo Jesús despojado por los infames rufianes, que soltaron Sus manos para que pudieran ser capaces de vestirLe de nuevo. Arrastraron el manto de lana roja de burla de Su cuerpo lacerado, y al hacerlo, abrieron muchas de Sus heridas. Temblando, Él mismo se puso la ropa interior de Su vientre, después de lo cual lanzaron Su escapulario de lana sobre Su cuello. Pero ya que no podían poner sobre la amplia corona de espinas la túnica sin costuras marrón que su Santísima Madre había tejido, Le arrancaron la corona de Su cabeza, haciendo que la sangre brotara de nuevo de todas las heridas con un dolor indescriptible. Cuando habían puesto la túnica tejida sobre Su cuerpo herido, tiraron sobre Él Su blanca y suelta bata de lana, Su amplio cinturón, y por último Su manto. Luego ataron a Su cintura el cinturón con grilletes, por cuyas largas cuerdas Le llevaron. Todo esto se llevó a cabo con una terrible barbarie, en medio de patadas y golpes...

La injusta condena fue pronunciada a eso de las diez de la mañana, de acuerdo a nuestro tiempo.”

El camino de la Cruz al Calvario

“Pero los verdugos arrastraron a Jesús a una postura de rodillas; y con dificultad y poca ayuda (y esa de la clase más bárbara) Se vio obligado a tomar los pesados

travesaños sobre Su hombro derecho y aferrarlos con Su brazo derecho. Vi ángeles invisibles ayudándolo, de lo contrario habría sido incapaz de levantar la cruz desde el piso. Cuando Se arrodilló, Se inclinó bajo el peso...

Los jinetes de Pilatos estaban ahora listos para empezar, y la trompeta sonó. En ese momento uno de los Fariseos a caballo se acercó a Jesús, que seguía arrodillado bajo Su carga, y exclamó: '¡Se acabaron los discursos magníficos ahora! Apresúrense, para que podamos deshacernos de Él! Adelante! Adelante' Ellos Le dieron un tirón a Sus pies, y entonces cayó sobre Su hombro todo el peso de la cruz, de esa cruz que, según sus propias palabras sagradas de la Verdad Eterna, debemos cargar después de Él. Y fue ahora que la procesión bendita triunfal del Rey de Reyes, tan ignominiosa en la tierra, tan gloriosa a los ojos del Cielo, comenzó. Dos cuerdas estaban atadas al extremo de la cruz, y por ellas dos de los verdugos la sostenían, por lo que no podía ser arrastrada por el suelo. Alrededor de Jesús, aunque a cierta distancia, caminaban cuatro verdugos sosteniendo las cuerdas atadas al cinturón con grillete que ataba Su cintura. Su manto estaba atado debajo de Sus brazos. Jesús, con la madera de la cruz unida a Su hombro, me recordó de una manera llamativa a Isaac llevando la madera para su propio sacrificio en la montaña. El trompetista de Pilatos dio la señal de partida, ya que el propio Pilatos con un destacamento de soldados tenía la intención de entrar en la ciudad, con el fin de evitar la posibilidad de una insurrección...

Y luego vino Nuestro Señor y Redentor, doblegado bajo el peso de la cruz, con moretones, desgarrado con azotes, agotado, y tambaleante. Desde la Última Cena de la noche anterior, sin comida, ni bebida y sin dormir, bajo el continuo maltrato que podría de por sí haber terminado en la muerte, consumido por la pérdida de sangre, las heridas, la fiebre, la sed, y un dolor interior y horror atroces, Jesús caminó con pasos vacilantes, Su espalda muy doblada, con Sus pies desnudos y sangrando. Con Su mano derecha agarró la pesada carga sobre Su hombro derecho, y con la izquierda Él, con poca energía, trataba de levantar la prenda suelta que constantemente impedía Sus pasos inciertos. Los cuatro verdugos sostenían a cierta distancia las cuerdas atadas a su cinturón grillete. Los dos delante lo arrastraban hacia adelante, mientras que los dos detrás de Él lo incitaban. De esta manera Él no estaba seguro de un solo paso, y las cuerdas que tiraban constantemente Le impedían levantar Su manto. Sus manos estaban magulladas e hinchadas por las cuerdas que habían sido firmemente atadas, Su rostro estaba cubierto de sangre e hinchazones, Su pelo y barba estaban desgarradas y apelmazadas con sangre, la carga que Él llevaba y los grilletes hundían el vestido de lana gruesa en las heridas de Su cuerpo y la lana se pegada rápido en aquellas que se habían reabierto al arrancarle Sus prendas. Abucheos y palabras maliciosas resonaban en todos los lados. Se le veía indeciblemente miserable y atormentado, aunque amorosamente resignado. Sus labios se movían en oración, Su mirada era suplicando, perdonando, y con sufrimiento. Los dos verdugos detrás de Él, que sostenían la extremidad de la cruz por medio de cuerdas atadas a ella, aumentaron el esfuerzo de Jesús; ya que

sacudían las cuerdas o las dejaban más flojas, pasando así Su carga de un lado a otro. La procesión estaba flanqueada por soldados que llevaban lanzas...

El estrecho callejón a través del cual fue primero conducido Jesús tenía apenas dos pasos de ancho, y estaba lleno de inmundicia arrojada desde las puertas de las casas a cada lado. Él tuvo que sufrir mucho aquí. Los verdugos se pusieron en contacto más estrecho con Él, y de las puertas y ventanas los sirvientes y los esclavos empleados allí lanzaron tras Él barro y desechos de la cocina. Pícaros maliciosos vertieron agua negra, sucia, maloliente en Él; sí, incluso los niños, corriendo afuera de sus casas, fueron incitados por la chusma a juntar piedras en sus delantales y, lanzándolas a través de la multitud, las tiraban a Sus pies con palabras de burla y denigrantes...

Justo aquí donde la calle empieza a subir, había un lugar hueco a menudo lleno, después de una lluvia, con barro y agua. En él, como en muchos de esos lugares en las calles de Jerusalén, había una gran piedra para facilitar el cruce, el pobre Jesús, al llegar a este lugar con su pesada carga, no pudo ir más lejos. Los verdugos Le tiraron por las cuerdas y Le empujaron sin piedad. Luego hicieron que el portador de la Divina Cruz cayera de cuerpo entero en el suelo junto a la piedra que sobresalía, con Su carga a Su lado. Los conductores, con maldiciones, tiraron de Él y Le patearon. Esto hizo que la procesión se detuviera, y un tumulto surgió en torno a Jesús. En vano Él extendió su mano para que alguien le ayudara. '¡Ah! Pronto habrá terminado!' Él exclamó, y continuó orando. Los Fariseos gritaron: 'Arriba! Levántenlo! Sino Él morirá en nuestras manos.' Aquí y allá, en el borde del camino se podían ver mujeres llorando, y los niños gimiendo de miedo. Con el auxilio de una ayuda sobrenatural, Jesús levantó Su cabeza, y los terribles, los diabólicos desgraciados, en lugar de aliviar Sus sufrimientos, Le pusieron la corona de espinas de nuevo sobre Él. Cuando, por fin, con todo tipo de malos tratos, Le arrastraron de nuevo, pusieron encima de su hombro la cruz una vez más. Y ahora con la mayor dificultad Él tuvo que inclinar Su pobre cabeza, atormentado por las espinas, a un lado con el fin de poder llevar Su pesada carga sobre Su hombro, porque la corona era amplia. Así, Jesús tambaleaba, con un aumento de la tortura, por la calle empinada y gradualmente más ancha...

Los Fariseos venían cabalgando delante, luego venía el muchacho con la inscripción -y ¡oh! un par de pasos detrás de él, el Hijo de Dios, su propio Hijo, el Santo, el Redentor! Vacilante, se agachó, con Su cabeza coronada de espinas dolorosamente inclinada hacia un hombro a causa de la pesada cruz que llevaba, Jesús se tambaleó. Los verdugos tiraron de Él con las cuerdas. Su rostro estaba pálido, herido y ensangrentado, Su barba puntiaguda y apelmazada de sangre. De sus ojos hundidos llenos de sangre Él miró, de debajo de las espinas enredadas y retorcidas de Su corona, espantosa de ver, una mirada llena de sincera ternura sobre Su afligida Madre, y por segunda vez tambaleándose bajo el peso de la cruz, Él cayó sobre en Sus manos y rodillas en el suelo. La tristísima Madre, en la vehemencia de su amor y de angustia, no vio ni a los soldados ni a los verdugos sino sólo a su amado, sufriente, maltratado

Hijo. Estrujando sus manos, ella saltó por encima del par de pasos entre la puerta de acceso y los verdugos adelantándose, y corriendo hacia Jesús, cayó de rodillas con sus brazos alrededor de Él. He oído, pero yo no sé si hablado con los labios o en espíritu, las palabras: 'Mi Hijo!' – 'Mi Madre!'.

Los verdugos insultaron y se burlaron. Uno de ellos dijo: 'Mujer, ¿tú qué quieres aquí? Si lo hubieras criado mejor, Él no estaría ahora en nuestras manos.' Percibí, sin embargo, que algunos de los soldados se conmovieron. Ellos obligaron a la Santísima Virgen a retirarse, pero ninguno de ellos puso un dedo sobre ella. Juan y las mujeres la llevaron y cayó sobre sus rodillas como paralizada de dolor, en uno de los pilares que sostenían la pared cerca de la puerta de acceso...

Mientras tanto los verdugos habían arrastrado a Nuestro Señor nuevamente, y pusieron la cruz sobre Su hombro en otra posición. Los brazos de la cruz se habían aflojado del tronco al que habían sido atados en un primer momento, y uno se había deslizado hacia abajo y enredado en las cuerdas. Ahora Jesús les tomó en Sus brazos y el tronco se arrastraba detrás un poco más sobre el suelo...

Después de ir cierta distancia por la ancha calle, la procesión pasó por una puerta de acceso en una antigua pared interior de la ciudad. Frente a esta puerta había un amplio espacio abierto en el que tres calles se encontraban. Había un gran peldaño aquí, sobre el cual Jesús se tambaleó y cayó, y la cruz a Su lado. Se tumbó en el suelo, apoyado contra la roca, incapaz de levantarse. Justo en ese instante, una multitud de gente bien vestida llegó en su camino hacia el Templo. Ellos gritaron de compasión: '¡Ay! La pobre criatura se está muriendo!' Surgió confusión entre la chusma, porque no podían lograr que Jesús se levantara. Los Fariseos que lideraban la procesión gritaron a los soldados: 'No Le llevaremos al Calvario vivo. Deben buscar a alguien para ayudarLe a llevar la cruz.' Justo en ese momento apareció, bajando derecho por el medio de la calle, Simón de Cirene, un pagano, seguido por sus tres hijos. Llevaba un atado de ramitas bajo el brazo, pues era un jardinero, y él había estado trabajando en los jardines cerca de la pared este de la ciudad. Cada año, por la época, acostumbraba venir a Jerusalén con su esposa e hijos, para recortar los setos. Muchos otros trabajadores solían venir con el mismo propósito. La multitud era tan grande que no podía escapar, y tan pronto como los soldados vieron por sus vestidos que era un pobre trabajador pagano, lo prendieron y arrastraron para ayudar a llevar la cruz del Galileo. Se resistió y mostró muy poca disposición, pero lo obligaron a la fuerza. Sus niños pequeños gritaban y lloraban, y algunas mujeres que conocían al hombre se hicieron cargo de ellos. Simón estaba lleno de asco y repugnancia por la tarea que le impusieron. El pobre Jesús aparecía tan horriblemente desgraciado, tan terriblemente desfigurado, y Sus vestidos estaban cubiertos de barro; pero Él estaba llorando, y Él miró a Simón con una mirada que despertó su compasión. Él tuvo que ayudarLe a levantarse. Entonces los verdugos ataron un brazo de la cruz hacia la extremidad del tronco, hicieron un lazo con las cuerdas, y lo pasaron por encima del hombro de Simón. Caminaba cerca de Jesús por detrás, por lo tanto

aligerando considerablemente Su carga. Cambiaron de sitio la corona de espinas, y finalmente la dolorosa procesión reanudó su marcha...

Serafia había preparado un poco de vino especiado costoso con el propósito piadoso de refrescar al Señor en Su doloroso viaje... Transportada con amor y compasión, con el niño aferrándose a su vestido, ella avanzó a través de la multitud corriendo al costado de la procesión, a través de los soldados y los verdugos, caminó delante de Jesús, se postró en sus rodillas, y Le alcanzó el extremo extendido del pañuelo de lino, con estas palabras de súplica: '¡Permítanme limpiar la cara de mi Señor' Jesús tomó el pañuelo con la mano izquierda y, con la palma abierta plana, lo apretó contra su rostro manchado de sangre. Luego pasándolo aún con la mano izquierda hacia la derecha, que estaba agarrando el brazo de la cruz, Él lo apretó entre ambas palmas y se lo devolvió a Serafia con agradecimiento. Ella lo besó, lo escondió bajo su manto, donde ella lo apretó contra su corazón, y se levantó de un salto. Entonces la niña tímidamente levantó la jarra de vino, pero los brutales soldados y verdugos no le permitirían refrescar a Jesús con él. Este acto repentino y atrevido de Serafia causó un alto en la procesión de apenas dos minutos, que ella usó para presentar el pañuelo. Los Fariseos montados, así como los verdugos, se enfurecieron por el retraso, y aún más por este homenaje público rendido al Señor. Comenzaron, en consecuencia, a pegar y tirar de Jesús. Verónica³² mientras tanto huyó con el niño a su casa...

Al acercarse la procesión a la puerta, los verdugos siguieron adelante con más violencia. Cerca de la puerta había un gran charco de agua turbia en el camino desparejo, destrozado por los vehículos. Los bárbaros verdugos sacudieron a Jesús hacia adelante; la multitud empujaba, Simón de Cirene trató de caminar de lado para mayor comodidad, moviendo así la cruz de su lugar, y el pobre Jesús por cuarta vez cayó tan fuertemente debajo de Su carga en la piscina fangosa, que Simón apenas podía sostener la cruz. Entonces Jesús, con voz interrumpida por suspiros, aunque todavía alta y clara, exclamó: '¡Ay! ¡Ay, Jerusalén! ¿Cuántas veces quise reunir juntos a tus hijos como la gallina a sus polluelos debajo de las alas, y tú Me arrojaste tan cruelmente fuera de tu puerta?' El Señor estaba afligido y con pena. Los Fariseos se volvieron hacia Él y Le dijeron en tono burlón: 'El Agitador de la paz aún no ha tenido suficiente. Él todavía no para de hablar discursos ininteligibles', etc. Ellos Le golpearon y Le empujaron, y habiéndole levantado hasta pararlo, Le arrastraron fuera del carril. Mientras tanto Simón de Cirene se había vuelto muy exasperado por la barbarie de los verdugos, y exclamó: '¡Si no cesan su maldad, yo tiraré esta cruz, incluso también si me mataran!'...

³² Emmerick nos dice que "Serafia era esposa de Sirac, uno de los miembros del Consejo perteneciente al Templo. Debido a su acción de este día, recibió el nombre de Verónica de *vera* (verdad) e *icon* (retrato o imagen)."

Jesús nuevamente cayó desmayado. No cayó al suelo, porque Simón, colocando el extremo de la cruz sobre la tierra, se acercó y sostuvo Su cuerpo postrado. El Señor se apoyó en él. Esta fue la quinta caída de Jesús mientras soportaba Su cruz. A la vista de Su rostro tan absolutamente miserable, las mujeres lanzaron un fuerte grito de dolor y de piedad y, según la costumbre Judía de mostrar compasión, extendieron hacia Él pañuelos con los que Se limpiara el sudor. En esto Jesús se dirigió a ellas y les dijo: 'Hijas de Jerusalén' (que quiere decir, también, personas de otras ciudades Judías), 'no lloren por Mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque miren, que vendrán días en que se dirá: 'Dichosas las estériles y los vientres que no engendraron y los pechos que no han dado de mamar!' Entonces comenzarán a decir a las montañas: '¡Caed sobre nosotros!' y a las colinas: '¡Cubridnos!' Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿que se hará en el seco?' Jesús dijo algunas otras palabras hermosas a las mujeres, pero las he olvidado. Entre ellas, sin embargo, recuerdo estas: 'Sus lágrimas serán recompensadas. De ahora en adelante, caminarán otro camino', etc...

La procesión avanzó de nuevo. Con golpes y sacudidas violentas en las cuerdas que lo ataban, Jesús fue conducido por el áspero y desperejo camino hacia el norte entre la muralla de la ciudad y el monte Calvario. En un lugar donde el camino sinuoso en su ascenso se volvió hacia el sur, el pobre Jesús se volvió a caer por sexta vez. Pero Sus verdugos Le golpearon y Le condujeron en una forma más grosera que nunca hasta llegar a la cima de la roca, el lugar de la ejecución, cuando con la cruz Él cayó pesadamente a tierra por séptima vez.

Simón de Cirene, él mismo fatigado y maltratado, estaba completamente exhausto con indignación y compasión. Quería ayudar al pobre Jesús a levantarse de nuevo, pero los verdugos con bofetadas e insultos lo llevaron hacia abajo por el camino. Él se unió poco después a los discípulos. Todos los muchachos y obreros que habían venido con la procesión, pero cuya presencia ya no era necesaria, fueron también conducidos hacia abajo..."

La Crucifixión

"Eran como las doce menos cuarto cuando Jesús, cargado con la cruz, fue arrastrado hasta el lugar de ejecución, tirado en el suelo, y Simón expulsado. Entonces los verdugos levantaron a Jesús con las cuerdas, desmontaron las secciones de la cruz, y las juntaron nuevamente en la forma adecuada. Ah! Qué triste y miserable, qué terriblemente lacerada, pálida y salpicada de sangre era la figura del pobre Jesús que estaba en ese lugar del martirio! Los verdugos le derribaron de nuevo con palabras de burla como éstas: 'Tenemos que tomar las medidas de Tu trono para Ti, oh Rey!' Pero Jesús se puso a Sí mismo voluntariamente en la cruz. Si hubiera sido posible para Él,

en su estado de agotamiento, hacerlo más rápido, no habrían tenido necesidad de tirarlo hacia abajo. Entonces ellos Le estiraron y marcaron el largo de Sus manos y pies. Los Fariseos estaban alrededor, insultando y burlándose. Los verdugos ahora levantaron arrastrando a Jesús de nuevo y le llevaron, atado, unos setenta pasos hacia el norte hasta una cueva cortada en la roca. Parecía como que estuviera destinada como bodega, o cisterna. Levantaron la puerta y Le empujaron hacia abajo tan despiadadamente que, sin un milagro, Sus rodillas habrían sido aplastadas en el suelo de piedra áspera. Escuché Sus fuertes y agudos gritos de dolor. Los verdugos cerraron la puerta por encima de Él, y pusieron guardias delante. Yo acompañé a Jesús en esos setenta pasos, y creo que vi ángeles ayudándole, sosteniéndole un poco, de forma que Sus rodillas no se destrozaran. La piedra debajo de ellas se volvió suave...

A continuación los verdugos extendieron la cruz de Cristo en el lugar sobre el que tenían la intención de crucificarLe, de modo que pudiera ser convenientemente levantada y depositada en el agujero hecho para recibirla. Ellos ensamblaron las espigas de los dos brazos en las muescas realizadas por ellos en el tronco, clavaron el bloque de los pies, perforaron los agujeros de los clavos, y también para el título escrito por Pilatos, martillado en las cuñas debajo de los brazos ensamblados, e hicieron lugares huecos aquí y allá tronco abajo. Estos estaban destinados a recibir la corona de espinas y la espalda de Jesús, de forma que Su cuerpo estuviera parado más que colgado, evitando así que las manos se destrozaran por el peso y precipitaran la muerte. En la tierra detrás del pequeño promontorio, hundieron un poste con un travesaño en torno al cual las cuerdas para levantar la cruz podrían enrollarse. Hicieron otras varias preparaciones de naturaleza similar...

Cuatro verdugos fueron ahora a la cueva-prisión, setenta pasos hacia el norte, y arrastraron a Jesús fuera. Él estaba implorando a Dios por fortaleza y ofreciéndose una vez más por los pecados de Sus enemigos. Lo arrastraron con empujones, golpes, insultos en estos últimos pasos de Su Pasión. La gente miraba y se burlaba; los soldados, fríos y serios, estaban de pie orgullosamente erguidos manteniendo el orden; los verdugos Le arrebataron furiosamente de las manos de Sus guardias y Le arrastraron violentamente dentro del círculo.

Las santas mujeres le dieron un a hombre un poco de dinero para llevar a los verdugos un vaso de vino especiado y que les rogara que permitieran a Jesús beberlo. Los miserables tomaron el vino, pero en lugar de dárselo a Jesús, lo bebieron ellos mismos...

Y ahora los verdugos arrancaron de Nuestro Señor el manto que habían arrojado alrededor de sus hombros. Luego quitaron el cinturón-grillete junto con el Suyo propio, y arrastraron la túnica de lana blanca sobre su cabeza. Abajo del pecho tenía una apertura atada con cuero. Cuando quisieron quitar la túnica marrón sin costuras que su Santísima Madre había tejido para Él, no la podían sacar sobre su cabeza, por causa de la corona de espinas que se extendía hacia afuera. Ellos en consecuencia arrancaron de nuevo la corona de Su cabeza, abriendo todas las heridas de nuevo,

arremangaron la túnica tejida y, con palabras de imprecación e insulto, tiraron de ella sobre Su cabeza herida y sangrante.

Allí estaba el Hijo del Hombre, temblando de pies a cabeza, cubierto de sangre y verdugones; cubierto de heridas, algunas cerradas, algunas sangrando; cubierto de cicatrices y moretones! Todavía conservaba el corto escapulario de lana sobre Su pecho y la espalda, y la túnica sobre Su vientre. La lana del escapulario se secó rápidamente en Sus heridas y se pegó con sangre en la nueva y profunda herida realizada por la pesada cruz sobre Su hombro. Esta última herida causó a Jesús un sufrimiento indecible. El escapulario fue ahora arrancado sin piedad de Su pecho horriblemente lacerado e hinchado. Su hombro y espalda estaban desgarrados hasta el hueso, la lana blanca del escapulario se adhirió a las costras de Sus heridas y la sangre seca sobre Su pecho. Por fin, le quitaron Su faja y Jesús, nuestro más dulce Salvador, nuestro Salvador indeciblemente maltratado, se inclinó como si tratara de esconderse. Como pareció a punto de desmayarse en sus manos, Le pusieron sobre una piedra que se había hecho rodar cerca, empujaron la corona de espinas de nuevo sobre Su cabeza, y le ofrecieron un trago de ese otro vaso de hiel y vinagre. Pero Jesús volvió Su cabeza en silencio. Y ahora, cuando los verdugos Le agarraron por los brazos y Le levantaron con el fin de echarlo en la cruz, un grito de indignación, fuertes murmullos y lamentaciones surgieron de todos Sus amigos. Su Santísima Madre oró fervientemente, y estuvo a punto de arrancarse el velo y alcanzárselo para cubrirlo. Dios escuchó su oración. En ese mismo instante, un hombre, que había corrido desde la puerta de la ciudad y subiendo a través de la multitud que atestaba el camino, corrió sin aliento, con sus vestidos ceñidos, hacia el círculo entre los verdugos, y entregó a Jesús una tira de lino, que Él aceptó con agradecimiento y Se la enroscó en derredor.

Había algo de autoridad en la impetuosidad de este benefactor de su Redentor, obtenido de Dios por la oración de la Santísima Virgen. Con un saludo imperioso con la mano hacia los verdugos, él dijo sólo las palabras: 'Permitid al pobre Hombre cubrirse Él mismo con esto!' y, sin ninguna palabra más a nadie, se alejó tan rápido como llegó. Era Jonadab, el sobrino de San José, de la región de Belén. Él era el hijo de aquel hermano a quien, después del nacimiento de Cristo, José había empeñado el asno que ya no era necesario. No era uno de los valientes seguidores de Jesús, y hoy había estado manteniendo distancia y espiando por todos lados. Ya, al enterarse de la desnudez para la flagelación, se llenó de tristeza; y cuando el tiempo de la crucifixión se acercaba, le asaltó en el Templo una extraordinaria ansiedad. Mientras que la Santísima Virgen en el Gólgota estaba llorando a Dios, un impulso repentino e irresistible se apoderó de Jonadab, lo condujo fuera del Templo, y arriba hasta el Monte Calvario. Él sintió indignado en su alma la ignominia de Cam, que burló a su padre Noé embriagado con el vino, y como otro Sem, él se apuró para cubrir a su Santísimo Redentor. Los verdugos que crucificaron a Jesús eran descendientes de Cam. Jesús estaba pisando el sangriento lagar del vino nuevo de la Redención cuando Jonadab le cubrió, la acción de Jonadab era el cumplimiento de un tipo de presagio, y fue recompensado...

Jesús ahora estaba estirado en la cruz por los verdugos, Él mismo se había tendido sobre ella; pero Le empujaron más abajo hacia los lugares huecos, groseramente tiraron de Su mano derecha al agujero para el clavo en el brazo derecho de la cruz, y ataron Su muñeca firmemente. Uno se arrodilló sobre Su pecho sagrado y agarró la palma de la mano que se cerraba; otro colocó el largo, grueso clavo, que había sido limado hasta una punta afilada, en la palma de Su mano sagrada, y golpeó furiosos golpes con el martillo de hierro. Un dulce, claro, espasmódico grito de angustia brotó de los labios del Señor, y Su sangre salió a chorros sobre los brazos de los verdugos. Los músculos y ligamentos de la mano se habían roto por el clavo de tres puntas impulsado en el agujero estrecho. Conté los golpes del martillo, pero mi angustia me hizo olvidar su número. La Santísima Virgen lloró en voz baja, pero Magdalena estaba perfectamente enloquecida.

La barrena era una gran pieza de hierro como una T Latina, y no tenía nada de madera. El martillo grande también era, tanto el mango como el resto, de una sola pieza de hierro, y casi de la misma forma que el mazo de madera que vemos utilizar a un carpintero al golpear sobre un cincel.

Los clavos, a la vista de los cuales Jesús se estremeció, eran tan largos que cuando los verdugos los agarraron en sus puños, se proyectaban alrededor de una pulgada en cada extremo. La cabeza consistía en una pequeña placa con un bulto, y cubría tanto la palma de la mano como una pieza de corona lo haría. Eran de tres filos, gruesos cerca de la cabeza como un pulgar de tamaño moderado, luego estrechados al grosor de un dedo meñique, y por último limados hasta una punta. Cuando estaban clavados, la punta se podía ver sobresalirse un poco en el lado opuesto de la cruz.

Después de clavar la mano derecha de Nuestro Señor, los que Le crucificaron encontraron que Su izquierda, que también fue fijada en el travesaño, no alcanzaba al agujero hecho para el clavo, porque lo habían perforado a unas generosas dos pulgadas de las puntas de los dedos. En consecuencia desataron el brazo de Jesús de la cruz, ataron cuerdas alrededor de él y, con los pies apoyados firmemente contra la cruz, tiraron hasta que la mano alcanzó el agujero. Ahora, de rodillas sobre el brazo y el pecho del Señor, sujetaron el brazo de nuevo en el travesaño, y martillaron el segundo clavo a través de la mano izquierda. La sangre salió a chorros y un dulce y claro grito de agonía de Jesús, sonó por encima de los golpes del pesado martillo. Ambos brazos habían sido dislocados, los hombros estaban distendidos y huecos, y en los codos se podían ver los huesos desarticulados. El pecho de Jesús jadeaba, y Sus piernas se contraían dobladas a Su cuerpo. Tenía los brazos estirados en una línea tan recta que ya no cubrían los travesaños que subían oblicuamente. Uno podía ver a través del espacio que había entre ellos y Sus axilas.

La Santísima Virgen soportó toda esta tortura con Jesús. Estaba pálida como un cadáver, y los sordos gemidos de agonía resonaban en sus labios. Los Fariseos se burlaban y bromeaban al costado de la pared baja donde ella estaba, por lo tanto, Juan la llevó con las otras mujeres santas en una distancia todavía mayor del círculo.

Magdalena estaba como fuera de sí. Ella se desgarraba la cara con sus uñas, hasta que sus ojos y mejillas estuvieron cubiertos de sangre.

Alrededor de un tercio de su altura desde abajo, se fijó en la cruz por un inmenso pincho un bloque que sobresalía, al que los pies de Jesús iban a ser clavados, para que Él estuviera más bien de pie que colgando; de otra manera Sus manos se habrían desgarrado, y Sus pies no podrían haber sido clavados sin romper los huesos. Un agujero para el clavo había sido perforado en el bloque, y un poco de lugar ahuecado fue hecho para Sus talones. Cavidades similares se habían hecho por todo el tronco de la cruz, a fin de prolongar Sus sufrimientos, ya que sin ellos las manos se habrían desgarrado y el cuerpo habría caído violentamente por su propio peso.

Todo el cuerpo de nuestro Bendito Redentor había sido contraído por el violento estiramiento de los brazos hasta los agujeros para los clavos, y Sus rodillas se retraeron por la fuerza hacia arriba. Los verdugos ahora cayeron con furia sobre ellas y, atando cuerdas alrededor de ellas, las sujetaron hacia abajo en la cruz; pero a causa del error cometido en los agujeros en los travesaños, los sagrados pies de Jesús no alcanzaban siquiera al bloque. Cuando los verdugos vieron esto, dieron rienda suelta a maldiciones e insultos. Algunos pensaron que tendrían que perforar nuevos agujeros en el brazo transversal, porque eso sería mucho menos difícil que mover el bloque de los pies. Otros con horribles burlas gritaron: 'Él no se va a estirar Él mismo, pero nosotros Le ayudaremos!' Entonces ataron cuerdas alrededor de la pierna derecha y, con una violencia horrible y terribles torturas para Jesús, tiraron del pie hacia abajo hasta el bloque, y ataron la pierna firmemente con cuerdas. El cuerpo de Jesús fue así muy horriblemente dilatado. Su pecho cedió con un crujido, y Él gimió en voz alta: '¡Oh Dios! ¡Oh Dios!' Habían atado Sus brazos y Su pecho de forma que Sus manos no se desgarraran de los clavos. El abdomen estaba totalmente desplazado, y parecía como si las costillas se hubieran separado del esternón. El sufrimiento era horrible.

Con una violencia similar el pie izquierdo fue estirado y sujetado firmemente con cuerdas sobre el derecho; y como no se apoyaba con la suficiente firmeza sobre el derecho para ser clavado, el empeine fue perforado con un instrumento perforador de cabeza plana, mucho más fino que el utilizado para las manos. Era como una barrena con un punzón adjuntado. Entonces agarrando el clavo más espantoso de todos, que era mucho más largo que los otros, lo clavaron con gran esfuerzo a través del empeine herido del pie izquierdo y del pie derecho que descansaba debajo. Con un crujido, pasó a través de los pies de Jesús hacia el agujero preparado para ello en el bloque al pie, y a través de él nuevamente en el tronco de la cruz. He visto, al estar de pie al costado de la cruz, un clavo que traspasaba ambos pies.

El clavado de los pies fue el más horrible de todos, a causa del estiramiento de todo el cuerpo. Conté treinta y seis golpes de martillo en medio de los gemidos de los pobre Redentor, que me sonaron tan dulces, tan puros, tan claros...

Los gemidos de Jesús eran estrictamente gritos de dolor. Mezclados con ellos estaban las oraciones ininterrumpidas, pasajes de los Salmos y Profecías, cuyas predicciones

Él estaba dando cumplimiento ahora. Durante todo el tiempo de Su amarga Pasión y hasta el momento de la muerte, Él se dedicaba a este tipo de oración, y al cumplimiento ininterrumpido de las Profecías. Escuché todos los pasajes que Él utilizó y los repetí con Él, y cuando rezo los Salmos, yo siempre recuerdo los versos que Jesús usó. Pero ahora estoy tan aplastada por las torturas de mi Novio Celestial que no puedo recordarlos. Vi llorando ángeles rondando sobre Jesús durante esta terrible tortura...

La posición del sol en el momento de Crucifixión de Jesús mostraba que eran como las doce y cuarto, y en el momento en que la cruz fue levantada, la trompeta del Templo resonó. El cordero Pascual había sido sacrificado...

Después de la crucifixión de nuestro Señor, los verdugos pasaron cuerdas a través de un anillo en la parte posterior de la cruz, y la remolcaron por la parte superior a la elevación en el centro del círculo. Luego tiraron las cuerdas sobre la viga transversal, o grúa, levantada en el lado opuesto. Varios de los verdugos, a través de estas cuerdas, levantaron la cruz verticalmente, mientras que otros la afirmaron con bloques alrededor del tronco, y guiaron el pie en el agujero preparado para ello. Ellos empujaron la parte superior un poco hacia adelante, hasta que entró en una línea perpendicular, y todo su peso con un ruido sordo trémulo salió disparado hacia abajo en el agujero. La cruz vibró bajo la sacudida. Jesús gimió en voz alta. El peso del cuerpo extendido cayó más bajo, las heridas se abrieron más, la sangre corría más profusamente, y los huesos dislocados golpeaban unos contra otros. Los verdugos ahora sacudieron la cruz de nuevo en sus esfuerzos para afirmarla, y martillaron cinco cuñas en el agujero alrededor de ella: uno en frente, uno a la derecha, otro a la izquierda, y dos en la parte posterior, que era un poco redondeada.

Un sentimiento de terror y, al mismo tiempo, uno semejante a una profunda emoción, fue sentido por los amigos de Jesús al presenciar el vaivén de la cruz en el aire y, por fin, el meterse de lleno en su lugar con una fuerte caída, en medio de gritos de burla de los verdugos, los Fariseos, y la multitud distante, la cual Jesús ahora podía ver. Pero junto con los gritos de burla, surgieron otros sonidos en aquel momento terrible -sonidos de amor y compasión de Sus devotos seguidores. En conmovedoras expresiones de piedad, las voces más sagradas en la tierra, la de su Madre afligida, de las santas mujeres, el discípulo amado, y todos los puros de corazón, saludaron la 'Palabra Eterna hecha Carne' elevada en la cruz. Manos amorosas fueron ansiosamente tendidas como para ayudar al Santo de los Santos, el Esposo de las almas, clavado con vida en la cruz, temblando en lo alto en las manos de los rabiosos pecadores. Pero cuando la cruz levantada cayó con un fuerte golpe en el agujero preparado para ello, siguió un momento de profundo silencio. Parecía como si un nuevo sentimiento, nunca antes experimentado, cayó sobre todos los corazones. El Infierno mismo sintió terror con el choque de la cruz al caer y, con gritos de rabia y blasfemia, se levantó otra vez contra el Señor en sus instrumentos, los verdugos crueles y los Fariseos. Entre las pobres almas y en el seol, surgió el gozo de la expectativa ansiosa a punto de hacerse realidad. Escucharon el choque con

esperanza anhelante. Sonaba a ellos como el llamar a la puerta de la venida del Vencedor en la puerta de la Redención. Por primera vez, la Santa Cruz se irguió sobre la tierra, como otro árbol de la vida en el Paraíso, y de las Heridas de Jesús, agrandadas por el choque, corrían cuatro chorros sagrados sobre la tierra, para lavar la maldición que descansa sobre ella y para dar de Sí mismo, el nuevo Adán, frutos de salvación.

Mientras que nuestro Salvador estaba en posición vertical sobre la cruz, y los gritos de burla se habían reducido durante unos minutos al silencio repentino, el toque de trompetas y trombones sonó desde el Templo...

En el lugar fuera del círculo sobre el que los ladrones habían estado, los que crucificaban había reunido mientras tanto prendas de Jesús y las dividieron en varias partes, con el fin de echar suertes sobre ellas. El manto era estrecho en la parte superior y ancho en la parte inferior. Tenía varios pliegues, y el pecho estaba forrado, formando así los bolsillos. Los verdugos lo dividieron en tiras largas, que se distribuyen entre ellos. Hicieron lo mismo al traje largo blanco, que era cerrado con correas en la apertura del pecho. Luego se dividieron el largo pañuelo de lino, el cinturón, el escapulario de pecho, y la ropa que se usa alrededor del vientre, todos los cuales estaban empapados con la sangre del Señor. Pero debido a que no pudieron ponerse de acuerdo en relación con la túnica tejida de color marrón, que habría sido inútil si se dividiera, sacaron un tablero con números en él y algunas piedras con forma de poroto marcadas con ciertas señales. Tiraron las piedras en el tablero para decidir por sorteo para quién sería el manto. Justo en este momento de los eventos un mensajero, enviado por Nicodemo y José de Arimatea, vino corriendo hacia ellos para decir que un comprador había sido encontrado para la ropa de Jesús. Así que ellos la enrollaron, corrieron bajando por el monte, y la vendieron. Fue de esta manera que estas reliquias sagradas llegaron a manos de los Cristianos.

La terrible conmoción causada por el choque cuando la cruz se dejó caer en el agujero preparado para ello impulsó la preciosa sangre en abundantes chorros de la cabeza con la corona de espinas de Jesús, y de las heridas de Sus sagrados pies y manos. Los verdugos ahora montaron escaleras y aflojaron las cuerdas con las que había atado el cuerpo sagrado al tronco de la cruz, a fin de evitar su desgarramiento de los clavos cuando se levantó. La sangre, cuya circulación había sido aplacada por las cuerdas fuertemente atadas y la posición horizontal del cuerpo, ahora con nueva fuerza, debido al aflojado de las cuerdas y la posición vertical, retomó su curso. Los tormentos de Jesús fueron, en consecuencia, redoblados. Durante siete minutos Él estuvo colgado en silencio como si estuviera muerto, hundido en un abismo de dolor indecible, y durante algunos momentos una quietud ininterrumpida reinó alrededor de la cruz. Bajo el peso de la corona de espinas, la sagrada cabeza se había hundido en el pecho, y desde sus innumerables heridas la sangre goteando había llenado los ojos, el cabello, la barba, y la boca abierta, reseca y languideciente. La cara sagrada, a causa de la inmensa corona, podría ser levantada únicamente con un dolor indescriptible. El

pecho estaba muy estirado y violentamente arrancado hacia arriba; los hombros hundidos y espantosamente estirados; los codos y las muñecas, dislocados; y la sangre corría hacia abajo por los brazos desde las heridas ahora agrandadas de las manos. Por debajo del pecho contraído había un lugar profundamente hueco, y todo el abdomen estaba hundido y colapsado como encogido de la complexión. Al igual que los brazos, las caderas y las piernas estaban desarticuladas horriblemente. Las extremidades de Jesús habían sido tan violentamente estiradas, Sus músculos y la piel desgarrada tan lastimosamente estirados, que Sus huesos podían ser contados uno por uno. La sangre corría por la cruz debajo del terrible clavo que atravesó Sus pies sagrados. Todo el sagrado cuerpo estaba cubierto de heridas, hinchazones rojas y cicatrices, moretones e infecciones, azul, marrón y amarillo, y con lugares sangrientos donde la piel se había pelado. Todas estas heridas habían sido reabiertas por la tensión violenta de las cuerdas, y de nuevo estaban derramando sangre roja. Más tarde el chorro se volvió de color blanquecino y acuoso, y el cuerpo sagrado más pálido. Cuando las costras se cayeron, las heridas parecían como carne sin sangre. A pesar de su terrible desfiguración, el sagrado cuerpo de Nuestro Señor en la cruz presentaba un aspecto a la vez noble y conmovedor. Sí, el Hijo de Dios, el Eterno sacrificándose Él mismo en el tiempo, era hermoso, santo y puro en el cuerpo destrozado del moribundo Cordero Pascual cargado con los pecados de toda la raza humana...

Cuando los Fariseos y sus compañeros, haciendo las rondas del círculo, llegaron ante Jesús, menearon sus cabezas con desprecio, diciendo: 'Al diablo contigo, mentiroso! Cómo Tú destruyes el Templo, y lo construirás de nuevo en tres días?' 'Él siempre quiso ayudar a los demás, y Él no puede ayudarse a sí mismo! ¿Eres tú el Hijo de Dios? Entonces, baja de la cruz!' '¿Es Él el Rey de Israel? Entonces deja que Él descienda de la cruz, y creeremos en Él.' 'Confió en Dios. Que Él Le ayude ahora!' Los soldados, de formas similares, se burlaban y decían: 'Si Tú eres el Rey de los Judíos, ayúdate a Ti mismo ahora!'

A la vista del Redentor abandonándose a Sí mismo en silencio a la totalidad de Sus sufrimientos inconmensurables, el ladrón de la izquierda exclamó: 'Su demonio ahora Le ha abandonado'; y un soldado atravesó una esponja llena de vinagre con un palo y la sostuvo ante el rostro de Jesús. Pareció chupar un poco de ella. La burla continuó, y el soldado dijo: 'Si Tú eres el Rey de los Judíos, ayúdate a Ti mismo!' Todo esto tuvo lugar mientras el primer destacamento de soldados estaba siendo relevado por uno a cargo de Abenadar.

Y ahora Jesús, levantando un poco Su cabeza, exclamó: 'Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!' y luego Él oró en voz baja. Gesmas³³ gritó: 'Si Tú eres el Cristo, ayúdate Ti mismo y a nosotros!' La burla continuó. Dismas, el ladrón de la

³³ Emmerick comenta que no recuerda el nombre de los ladrones crucificados, y como usualmente se los llama Dismas al bueno y Gesmas al malo, ella utiliza esos mismos nombres.

derecha, se sintió profundamente conmovido al oír que Jesús oraba por sus enemigos. Cuando María oyó la voz de su Hijo, ya no pudo ser refrenada, sino que avanzó dentro del círculo, seguida por Juan, Salomé y María Cleofás. El capitán de la guardia no la frenó.

Dismas, el ladrón de la derecha, recibió en virtud de la oración de Jesús una iluminación interior. Cuando la Santísima Virgen llegó corriendo, de repente se acordó de que Jesús y Su Madre le habían ayudado cuando era un niño. Alzó la voz y gritó con voz clara y autoritaria: '¿Cómo es posible que vosotros Le puedan denostar cuando Él está orando por ustedes? Él ha guardado silencio y paciencia, Él ora por ustedes, y ustedes hacen atrocidades con Él! Él es un Profeta! Él es nuestro Rey! Él es el Hijo de Dios!' Ante este reproche inesperado saliendo de la boca del asesino colgando allí en la miseria, un tumulto surgió entre los burladores. Ellos tomaron piedras para apedrearlo en la cruz. El Centurión Abenadar, sin embargo, rechazó el ataque, hizo que se dispersaran y restauró el orden y la tranquilidad.

La Santísima Virgen se sintió fortalecida por esa oración de Jesús. Gesmas estaba otra vez gritando a Jesús: 'Si Tú eres el Cristo, ayúdame a Ti mismo y a nosotros!' cuando Dismas en tanto, se dirigió a él: '¿No le temes a Dios, viendo que tú estás bajo la misma condena? Y nosotros con razón, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos, pero este hombre no ha hecho ningún mal. Oh, acuérdate de tus pecados y cambia tus sentimientos!' Completamente iluminado y conmovido, luego confesó su crimen a Jesús, diciendo: 'Señor, si Tú me condenas, será justo. Pero ten misericordia de mí' Jesús le respondió: 'Tú experimentarás Mi misericordia.' Por estas palabras Dismas recibió la gracia de una contrición profunda, a la que se entregó el siguiente cuarto de hora.

Todos los incidentes anteriores se llevaron a cabo, ya sea simultáneamente o uno después del otro, entre las doce y doce y media, según lo indicado por el sol, y unos momentos después de la exaltación de la cruz. Un gran cambio se estuvo produciendo rápidamente en el alma de la mayoría de los espectadores, porque incluso mientras el ladrón penitente estaba hablando, signos terribles se contemplaron en la naturaleza, y todos los presentes estaban llenos de ansiedad.

Hasta las diez de la mañana, la hora en que Pilatos pronunció la sentencia, el granizo había caído a intervalos, pero a partir de ese momento hasta doce el cielo estaba despejado y el sol brillaba. A las doce, sin embargo, el sol se volvió oscuro por una niebla roja turbia. Sobre la sexta hora (pero, como vi, cerca de y media por el sol, ya que el modo Judío de cómputo varía por el sol) las lumbreras comenzaron a oscurecerse de manera totalmente maravillosa. Vi los cuerpos celestes, las estrellas y los planetas, dando vueltas en sus órbitas y pasándose unos a otros. Divisé la luna en el lado opuesto de la tierra y luego, por una repentina carrera o salto, de aspecto como un globo de fuego colgando, que brilló llena y pálida sobre el Monte de los Olivos. El sol estaba envuelto en niebla, y la luna llegó en un movimiento circular

subiendo delante de él desde el este. Al principio, vi al este del sol algo como una montaña oscura, que pronto lo escondió enteramente. El centro parecía amarillo pálido, y alrededor de ella había un círculo rojo como un anillo de fuego. El cielo se hizo perfectamente oscuro, y las estrellas brillaban con un fulgor rojizo. El terror se apoderó de hombres y animales. El ganado bramaba y correteaba salvajemente; los pájaros buscaban sus escondites, y se iluminaban en bandadas en las colinas que rodean el Monte Calvario. Uno podría atraparlos en sus manos. Los que se burlaban fueron silenciados, mientras que los Fariseos trataron de explicar estos signos como fenómenos naturales, pero no lo lograron, y pronto ellos también fueron presa del terror. Todos los ojos se elevaron hacia el cielo. Muchos golpeaban sus pechos, estrujaban sus manos, y exclamaban: '¡Su sangre caiga sobre Sus asesinos!' Otros lejos y cerca cayeron de rodillas e imploraban el perdón de Jesús, y Jesús, a pesar de Su agonía, volvió Sus ojos hacia ellos. Mientras que la oscuridad iba en aumento, los espectadores miraban hacia el cielo y la Cruz abandonada por todos excepto por la Madre de Jesús y Sus amigos más cercanos, Dismas, en contrición profunda y humilde esperanza, levantó su cabeza hacia Jesús y le dijo: 'Señor, déjame ir a algún lugar de donde Tú puedas rescatarme! Recuérdame cuando vengas en Tu Reino!' Jesús le respondió: 'En verdad, te digo, hoy estarás conmigo en el Paraíso!'

La Madre de Jesús, María Cleofás, María Magdalena, y Juan estaban de pie alrededor de la cruz de Jesús, entre ésta y las de los ladrones, y mirando hacia el Señor. La Santísima Virgen, abrumada por el amor maternal, estaba en su corazón fervientemente implorando a Jesús que la dejara morir con Él. En ese momento, el Señor lanzó una mirada sincera y compasiva hacia abajo a su Madre y, volviendo la mirada hacia Juan, le dijo: 'Mujer, helo ahí, éste es tu hijo! Él será tu hijo más verdaderamente que si lo hubieras parido'. Luego Él elogió a Juan, y dijo: 'Él siempre ha sido inocente y lleno de una fe sencilla. Nunca se escandalizó, excepto cuando su madre quería elevarlo a una posición alta.' A Juan, Él le dijo: 'Hela ahí, ésta es tu Madre!' y Juan reverentemente y como un hijo filial abrazó bajo la cruz del moribundo Redentor a la Madre de Jesús, que ahora se había convertido también en su Madre. Después de este legado solemne de su Hijo moribundo, la Santísima Virgen estaba tan profundamente afectada por su propio dolor y la gravedad de la escena que las santas mujeres, sosteniéndola en sus brazos, la sentaron por unos momentos en la muralla de tierra frente a la cruz, y luego la llevaron fuera del círculo con el resto de las santas mujeres."

Sufrimiento de Abandono

"Jesús, en la tortura infame, aguantó sobre la cruz el abandono extremo y la desolación del alma. Él oró a Su Padre Celestial en aquellos pasajes de los Salmos, que ahora se estaban cumpliendo en Él mismo. Vi alrededor de Él figuras angelicales. Soportó en Su tormento infinito todo lo que una pobre, aplastada, torturada criatura, en el mayor abandono, sin consolación humana ni divina, sufre cuando la fe, la esperanza y el amor aislados en el desierto de la tribulación, y sin posibilidad de retorno, sin gusto ni sentimiento, sin un rayo de luz, dejado allí a vivir solo. No hay

palabras para expresar este dolor. Por este sufrimiento Jesús ganó para nosotros la fuerza, mediante la unión de nuestro abandono con los méritos del Suyo en la cruz, para conquistar triunfalmente en nuestra última hora, cuando todos los vínculos y las relaciones con esta vida y modo de existencia, con este mundo y sus leyes, cesan; y cuando las ideas que nos formamos en esta vida del otro mundo también cesan. Él ganó para nosotros mérito para mantenernos firmes en nuestra última lucha cuando nosotros también nos sentimos totalmente abandonados. Ofreció Su miseria, Su pobreza, Sus penas, Su desolación por nosotros pecadores miserables, de modo que quien se une con Jesús en el cuerpo de la Iglesia no debe desesperar en esa última hora, aún si, la luz y el consuelo nos son quitados, se queda en la oscuridad. En este desierto de la noche interior ya no estamos más necesitados de sumergirnos solos y estar expuestos al peligro. Jesús ha bajado al abismo del amargo mar de desolación. Su propio abandono interior y exterior en la cruz, no dejó así solo al Cristiano en el abandono de la muerte, cuando la luz de la consolación celestial alumbra tenuemente. Para el Cristiano, en la última hora de peligro, ya no hay ninguna oscuridad ni región desconocida, ninguna soledad, ningún abandono, ninguna desesperación; ya que Jesús, la Luz, la Verdad y el Camino, bendijo el camino oscuro atravesándolo Él mismo, y plantando Su cruz sobre él, ahuyentando de él todo lo que es aterrador.

Jesús totalmente abandonado, totalmente privado de todas las cosas, y completamente indefenso, se sacrificó con un amor infinito. Sí, convirtió Su propio abandono en un rico tesoro, ofreciendo a su Padre Celestial Su vida, trabajos, amor y sufrimientos, junto con la amarga sensación de nuestra ingratitud para que así Él pudiera fortalecer nuestra debilidad y enriquecer nuestra pobreza. Él hizo ante Dios su último testamento, por el cual ha dado sobre todos Sus méritos, para la Iglesia y para los pecadores. Pensó en todo el mundo. En Su abandono Él estaba con cada alma hasta el final de los tiempos. Rezó también por aquellos herejes que creen que siendo Dios, Él no sentía Sus sufrimientos, y que como hombre Él sintió sólo un poco, o por lo menos mucho menos de lo que otro habría sufrido. Pero mientras yo estaba participando y comprendiendo los sentimientos de la oración de Jesús, oí estas palabras como si vinieran de Sus labios: 'Deberíamos, por todos los medios, enseñar a la gente que Jesús, más intensamente de lo que cualquier ser humano pueda concebir, padeció este sufrimiento de abandono total, porque Él estaba unido en esencia con Su Divinidad, porque Él era verdaderamente Dios y hombre. Siendo Su Sagrada Humanidad totalmente abandonada por el Padre, Él sintió de la manera más perfecta ese pesar, Él vació hasta la borra el amargo cáliz de abandono, Él experimentó en ese momento lo que sufre un alma que ha perdido a Dios eternamente.'³⁴

Y así, cuando en Su agonía Él clamó a gran voz, no sólo quería dar a conocer su abandono, sino también para dar a conocer a todas las almas afligidas que reconocen a Dios como su Padre, que el privilegio de recurrir a Él en confianza filial Él lo ganó para ellos en ese momento y lugar. Hacia la tercera hora, Jesús clamó a gran voz:

³⁴ "**Donde abunda sabiduría, abundan penas, y quien acumula ciencia acumula dolor**"
Si(1,18)

'Eloi, Eloi, ¿lema sabactani?' que significa: 'Dios mío! Dios mío! ¿Por qué Me has abandonado?'

Cuando este claro grito de Nuestro Señor rompió el silencio temeroso alrededor de la cruz, los burladores se volvieron hacia ella y uno de ellos dijo: 'Él está llamando a Elías'; y otro: 'Vamos a ver si viene Elías a librarle.' Cuando la Madre muy afligida oyó la voz de su Hijo, ella ya no podía contenerse. Ella volvió a avanzar a la cruz, seguida de Juan, María Cleofás, Magdalena, y Salomé...

Poco después de las tres el cielo se iluminó un poco, y la luna comenzó a retroceder por el sol en dirección opuesta. El sol, rojo y plomizo, aparecía rodeado de una niebla, y la luna se hundió de repente como si cayera al lado opuesto. Poco a poco los rayos del sol brillaron de nuevo, y las estrellas desaparecieron, pero el cielo todavía se veía encapotado. Con la luz retornando, los mofadores en el Calvario de nuevo se volvieron atrevidos y triunfantes. Entonces fue cuando dijeron: 'Él está llamando a Elías.' Abenadar mandó calma y orden."

Muerte de Jesús

"A medida que crecía la intensidad de la luz, el cuerpo de Jesús se podía ver en la cruz, pálido, débil, perfectamente exhausto, volviéndose más blanco por la gran pérdida de sangre. Él dijo, yo no sé si rezando en voz audible solo para mí, o en voz medio alta: 'Estoy exprimido como el vino que una vez fue pisoteado aquí en el lagar. Debo derramar toda Mi sangre hasta que surja el agua, y la caparazón se volverá blanca, pero nunca más será hecho aquí vino.'³⁵...

Jesús estaba completamente agotado. Con Su lengua reseca, Él pronunció las palabras: 'Tengo sed!' Y cuando Sus amigos Le miraron con tristeza, Él les dijo: '¿No Me podrían haber dado un vaso de agua?' Quería decir que durante la oscuridad nadie habría impedido que lo hicieran. Juan se turbó al oír las palabras de Jesús, y respondió: '¡Oh Señor, nos olvidamos!' Jesús continuó hablando con palabras como éstas: 'Mis amigos más cercanos deben olvidarse de Mí y no ofrecerme ninguna bebida, para que las Escrituras se cumplieran.'³⁶ Este olvido fue muy amargo para Él. Al oír quejas de Jesús, Sus amigos les rogaron a los soldados y les ofrecieron dinero si Le alcanzaban a Él un poco de agua. Ellos no lo hicieron, pero en su lugar sumergieron una esponja en forma de pera en vinagre, un pequeño barril de corteza del que estaban parados cerca, y derramaron sobre ella unas gotas de hiel. Pero el centurión Abenadar, cuyo corazón fue tocado por Jesús, tomó la esponja de los soldados, la apretó, y la llenó con vinagre puro. Luego la atravesó con una ramita de hisopo, que sirvió como bocado para succionar, y fijó todo a la punta de su lanza. Lo

³⁵ Emmerick tuvo una visión de que luego del Diluvio, el Patriarca Jafet (hijo de Noé) hizo vino en el Monte Calvario con una nueva clase de prensa con una forma muy parecida a la Santa Cruz.

³⁶ Sal 38,12

levantó de tal manera que el ducto se inclinara sobre la boca de Jesús y a través del mismo Él fuera capaz de succionar el vinagre de la esponja.

De algunas de las palabras que escuché al Señor hablando a la gente como advertencia, sólo recuerdo que Él dijo: 'Y cuando Yo ya no tenga voz, la boca de los muertos hablará'; con lo cual algunos de los que estaban allí gritaron: 'Él todavía blasfema!' Pero Abenadar mandó mantener la tranquilidad.

La hora del Señor ya había llegado. Él estaba luchando con la muerte, y un sudor frío estalló en cada extremidad. Juan estaba al pie de la cruz y limpiando los pies de Jesús con su pañuelo. Magdalena, totalmente aplastada por el dolor, se apoyaba en la parte posterior de la cruz. La Santísima Virgen, apoyada en los brazos de María Cleofás y Salomé, estaba de pie entre Jesús y la cruz del buen ladrón, con la mirada fija en su Hijo moribundo. Jesús habló: 'Todo está cumplido!' y levantando su cabeza gritó fuertemente: 'Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!' El dulce, fuerte grito resonó en el Cielo y la tierra. Luego inclinó Su cabeza y entregó el espíritu...

Fue justo después de tres cuando Jesús expiró."

La Virgen María, Madre de la Misericordia

La virgen María con el sacrificio de su corazón participó como nadie en el sacrificio redentor de su Hijo. Esto lo explica magníficamente San Juan Pablo II: "María es la que de manera singular y excepcional ha experimentado —como nadie— la misericordia y, también de manera excepcional, ha hecho posible con el sacrificio de su corazón la propia participación en la revelación de la misericordia divina. Tal sacrificio está estrechamente vinculado con la cruz de su Hijo, a cuyos pies ella se encontraría en el Calvario. Este sacrificio suyo es una participación singular en la revelación de la misericordia, es decir, en la absoluta fidelidad de Dios al propio amor, a la alianza querida por El desde la eternidad y concluida en el tiempo con el hombre, con el pueblo, con la humanidad; es la participación en la revelación definitivamente cumplida a través de la cruz. *Nadie ha experimentado, como la Madre del Crucificado* el misterio de la cruz, el pasmoso encuentro de la trascendente justicia divina con el amor: el «beso» dado por la misericordia a la justicia. Nadie como ella, María, ha acogido de corazón ese misterio: aquella dimensión verdaderamente divina de la redención, llevada a efecto en el Calvario mediante la muerte de su Hijo, junto con el sacrificio de su corazón de madre, junto con su « fiat » definitivo.

María pues es la que *conoce más a fondo el misterio de la misericordia divina*. Sabe su precio y sabe cuán alto es. En este sentido la llamamos también *Madre de la misericordia*... Los susodichos títulos que atribuimos a la Madre de Dios nos hablan no obstante de ella, por encima de todo, como Madre del Crucificado y del Resucitado; como de *aquella que, habiendo experimentado la misericordia de modo excepcional, «merece» de igual manera tal misericordia* a lo largo de toda su vida terrena, en particular a los pies de la cruz de su Hijo; finalmente, como de aquella que a través de la participación escondida y, al mismo tiempo, incomparable en la misión mesiánica de su Hijo ha sido llamada singularmente a acercar a los hombres al amor que Él había venido a revelar: amor que halla su expresión más concreta en aquellos que sufren, en los pobres, los prisioneros, los que no ven, los oprimidos y los pecadores... Precisamente, en este amor «misericordioso», manifestado ante todo en contacto con el mal moral y físico, participaba de manera singular y excepcional el corazón de la que fue Madre del Crucificado y del Resucitado —participaba María—. En ella y por ella, tal amor no cesa de revelarse en la historia de la Iglesia y de la humanidad. Tal revelación es especialmente fructuosa, porque se funda, por parte de la Madre de Dios, sobre el tacto singular de su corazón materno, sobre su sensibilidad particular, sobre su especial aptitud para llegar a todos aquellos que *aceptan más fácilmente el amor misericordioso de parte de una madre*. Es éste uno de los misterios más grandes y vivificantes del cristianismo, tan íntimamente vinculado con el misterio de la encarnación."³⁷

No es natural ver morir a un hijo sino algo muy desgarrador porque los hijos tienen que enterrar a los padres y no al revés, y mucho menos verlo sufrir la más atroz e

³⁷ Encíclica Dives in Misericordia, V.9 , 30 de noviembre de 1980

injusta pasión como la que presencié la virgen María. Ya en su juventud, Simeón en el Templo le profetiza el altísimo precio que iba a tener que pagar: **"a ti misma una espada te atravesará el corazón"** Lc (2,35). Son elocuentes las palabras del Papa Francisco de este tema: "Para los padres, vivir más tiempo que sus hijos es algo especialmente desgarrador, que contradice la naturaleza elemental de las relaciones que dan sentido a la familia misma. La pérdida de un hijo o de una hija es como si se detuviese el tiempo: se abre un abismo que traga el pasado y también el futuro. La muerte, que se lleva al hijo pequeño o joven, es una bofetada a las promesas, a los dones y sacrificios de amor gozosamente entregados a la vida que hemos traído al mundo...La muerte afecta y cuando es un hijo afecta profundamente. Toda la familia queda como paralizada, enmudecida...En estos casos la muerte es como un agujero negro que se abre en la vida de las familias y al cual no sabemos dar explicación alguna."³⁸

María participa de la revelación de la misericordia divina porque en esa prueba extrema a su amor maternal por su Hijo y la humanidad, ¡sale vencedora! En su dolor extremo, como víctima inocente, nos perdona a todos por los pecados que cargó su Hijo. Su amor fecundo es más fuerte y vence al mal, y con renovada esperanza se abandona con un <<fiat>> a la Divina Voluntad. Y es bueno meditar que el sufrimiento del corazón de María no termina con la muerte de su Hijo, sino que continúa en la lanzada, su bajada de la cruz, los preparativos para su entierro, darle sepultura y los tres días que pasaron hasta su resurrección. A continuación, compartimos el conmovedor relato de Emmerick hasta que se le da sepultura a Jesucristo:

"Las calles estaban tranquilas y solitarias. El terror general mantuvo a los habitantes en sus casas. Muchos estaban postrados en penitencia, y solo unos pocos observaban las prescripciones del festival. Cuando José y Nicodemo llegaron a la puerta, la encontraron cerrada, y las calles y las murallas de los alrededores cercadas por soldados. Eran aquellos a quienes los fariseos pidieron después de las dos, cuando temían un tumulto, y aún no habían sido devueltos. José les presentó la orden escrita de Pilatos para que se le permitiera pasar. Los soldados expresaron su disposición a cumplirlo, pero explicaron al mismo tiempo que ya habían intentado en vano abrir la puerta, que probablemente había recibido algún daño por el terremoto, y que los verdugos que habían enviado a romper los huesos del crucificado tuvieron que regresar por la puerta de la esquina. Pero tan pronto como José y Nicodemo agarraron el pestillo, la puerta se abrió con perfecta facilidad.

Todavía estaba nublado y brumoso cuando llegaron al Monte Calvario, donde encontraron a sus sirvientes y a las mujeres santas, estas últimas sentadas frente a la cruz y llorando. Cassius y varios soldados convertidos estaban como hombres cambiados, tímida y reverentemente, a cierta distancia. José y Nicodemo le contaron a las mujeres santas y a Juan de todo lo que habían hecho para salvar a Jesús de la

³⁸ Papa Francisco, Audiencia General, 17 de junio de 2015.

muerte ignominiosa infligida a los ladrones, y como contrapartida oyeron de ellos con qué dificultad habían evitado la ruptura de los huesos del Señor, y cómo la Profecía se había cumplido³⁹. También contaron cómo Cassius había perforado el Cuerpo Sagrado con su lanza. Tan pronto como llegó el centurión Abenadar, empezaron con tristeza y reverencia el más santo trabajo de amor, el descenso de la cruz y la preparación para el entierro del Cuerpo Sagrado de su Maestro, su Señor, su Redentor.

La Santísima Virgen y Magdalena estaban sentadas en el lado derecho del pequeño montículo, entre la cruz de Dismas y la de Jesús. Las otras mujeres estaban ocupadas arreglando las especias y las sábanas, el agua, las esponjas y los recipientes. Cassius también se acercó cuando vio a Abenadar acercarse, y le transmitió el milagro realizado en sus ojos. Todos estaban extremadamente conmovidos. Sus movimientos estaban marcados por un aire de solemne tristeza y gravedad. Trabajaron con corazones llenos de amor, pero sin muchas palabras. A veces, el silencio en el que los deberes sagrados se prestaban rápida y cuidadosamente, se rompía con un profundo suspiro o una vehemente exclamación de dolor. Magdalena dio paso incondicionalmente a su dolor. Su emoción fue violenta. Ninguna consideración, ni siquiera la presencia de tantos a su alrededor, podía hacer que lo reprimiera.

Nicodemo y José colocaron las escaleras⁴⁰ detrás de la cruz y las montaron, llevando consigo una tira muy larga de lino, a la cual se sujetaron tres anchas tiras. Ataron el cuerpo de Jesús bajo los brazos y las rodillas al tronco de la cruz, y los brazos se sujetaron de la misma manera en las muñecas. Luego, al golpear las fuertes clavijas fijadas en las puntas de los clavos en la parte posterior de la cruz, sacaron los clavos de las manos de Jesús, que no se sacudieron mucho con los golpes. Los clavos cayeron fácilmente de las heridas, porque habían sido agrandadas por el peso del cuerpo que, sostenido ahora por medio de la banda de lino, ya no descansaba sobre ellos. La parte inferior del cuerpo, que al morir se había hundido sobre las rodillas, descansaba ahora en una postura sentada sobre una banda de lino que estaba atada alrededor de las manos sobre los brazos de la cruz. Mientras José estaba golpeando el clavo izquierdo y permitiendo que el brazo izquierdo se hundiera suavemente sobre el cuerpo, y Nicodemo estaba atando el brazo derecho de la misma manera a la cruz, también la cabeza coronada de espinas había caído sobre el hombro derecho. El clavo derecho fue forzado a salir y se permitió que el brazo se hundiera en la banda que sostenía el cuerpo. Mientras tanto, Abenadar el Centurión, había estado sacando el enorme clavo de los pies con gran esfuerzo.

Cassius recogió con reverencia los clavos cuando se cayeron, y los colocó juntos al lado de la Santísima Virgen. Luego, quitando las escaleras al frente de la cruz y cerca del Cuerpo Sagrado, aflojaron la banda superior del tronco de la cruz y la colgaron de uno de los ganchos de la escalera. Hicieron lo mismo con las otras dos bandas, que

³⁹ Emmerick comenta en otro pasaje que vestían de luto.

⁴⁰ Emmerick comenta en otro pasaje que eran dos escaleras.

colgaron en dos de los ganchos inferiores. Así, con las bandas bajadas suavemente, el Cuerpo Sagrado se hundió gradualmente hacia donde el Centurión Abenadar, montado en escalones portátiles, estaba esperando recibirlo. Él abrazó las extremidades debajo de las rodillas en sus brazos y descendió lentamente, mientras que Nicodemo y José, sosteniendo suavemente la parte superior en sus brazos, como si llevaran a un amigo amado y muy herido, bajaron las escaleras paso a paso. De esta manera, el cuerpo más sagrado, el más terriblemente maltratado del Redentor, llegó a la tierra.

Esta bajada de Jesús desde la cruz fue inefablemente conmovedora. Todo fue hecho con tanta precaución, tanta ternura, como si se temiera causarle dolor al Señor. Aquellos ocupados en ella fueron traspasados con todo el amor y la reverencia por el Cuerpo Sagrado que habían sentido por el Santo de los Santos durante Su vida. Todos miraban hacia arriba fijamente y acompañando cada movimiento con las manos levantadas, las lágrimas y los gestos de dolor y pena. Pero no se pronunció ninguna palabra. Cuando los hombres dedicados a la sagrada tarea expresaron su reverente emoción, fue como involuntario, como si estuvieran desempeñando alguna función solemne; y cuando era necesario comunicar indicaciones entre ellos, lo hicieron en pocas palabras y en un tono bajo. Cuando resonaron los golpes del martillo por los que se sacaban los clavos, María y Magdalena, así como todos lo que habían estado presentes en la Crucifixión, fueron atravesados por una pena renovada, porque el sonido les recordó la gran crueldad de la clavada de Jesús a la Cruz. Se estremecieron, como si esperaran nuevamente escuchar Sus agudos gritos, y lloraron nuevamente por su muerte proclamada por el silencio de aquellos benditos labios. Tan pronto como el Cuerpo Sagrado fue bajado, los hombres lo envolvieron en lino desde las rodillas hasta la cintura, y lo pusieron en una sábana en los brazos de Su Madre que, en angustia de corazón y ferviente anhelo, se estiraron para recibirlo.

La Santísima Virgen estaba sentada sobre una gran cubierta extendida en el suelo, su rodilla derecha levantada un poco, y su espalda apoyada en una especie de almohadón hecho, quizás, de mantos enrollados juntos. Allí estaba sentada la pobre Madre, agotada por el dolor y la fatiga, en la posición más adecuada para prestar amorosamente los últimos y tristes quehaceres a los restos de su Hijo asesinado. Los hombres colocaron el Cuerpo Sagrado en una sábana extendida sobre el regazo de la Madre. La adorable cabeza de Jesús descansaba sobre su rodilla ligeramente levantada, y Su cuerpo yacía extendido sobre la sábana. El amor y la pena en igual grado lucharon en el pecho de la Santísima Madre. Ella sostenía en sus brazos el cuerpo de su amado Hijo, cuyo largo martirio ella no habría sido capaz de soportar sin el socorro del amor; y al mismo tiempo que contemplaba el espantoso maltrato ejercido sobre el mismo, seguía con la mirada sus heridas ahora cercanas bajo sus ojos. Ella presionó sus labios en Sus mejillas manchadas de sangre, mientras Magdalena se arrodillaba con la cara inclinada sobre Sus pies.

Mientras tanto, los hombres se habían retirado a una pequeña cueva que se encontraba en lo profundo del lado suroeste del monte. Allí completaron sus

preparativos para el entierro y pusieron todo en orden. Cassius y un número de soldados que se habían convertido al Señor permanecieron de pie a una respetuosa distancia. Todos los malvados habían regresado a la ciudad, y los que ahora estaban presentes servían de guardia para evitar el acercamiento de cualquiera que pudiera interrumpir los últimos honores que se le rendían a Jesús. Algunos de ellos, cuando se les solicitó, prestaron asistencia aquí y allá mediante el transporte de diferentes artículos.

Las santas mujeres ayudaron de varias maneras, presentando cuando era necesario vasijas de agua, esponjas, toallas, ungüentos y especias. Cuando no estaban tan ocupadas, permanecían a cierta distancia mirando atentamente lo que estaba sucediendo. Entre ellas estaban María Cleofás, Salomé y Verónica, pero Magdalena siempre estaba ocupada alrededor del Cuerpo Sagrado. María Heli, la hermana mayor de la Santísima Virgen, y que ya era una anciana matrona, estaba sentada aparte en la pared de tierra del círculo, mirando en silencio. Juan prestó asistencia constante a la Santísima Virgen. Él iba y venía entre las mujeres y los hombres, ahora ayudando a las primeras en su tarea de amor, y luego ayudando a los últimos en todos los sentidos para preparar todo para el entierro. Todo fue pensado. Las mujeres tenían botellas de agua de cuero, que abrieron, y presionaron a los lados para derramar su contenido, y también un recipiente de carbones encendidos cercano. Le dieron a María y a Magdalena agua limpia y esponjas frescas de acuerdo a lo requerido, escurriendo en botellas de cuero las que habían sido usadas. Creo que los bultos redondos que los vi escurriendo deben haber sido esponjas.

El coraje y la fortaleza de la Santísima Virgen, en medio de su inefable angustia, no se amedrentaron. Su dolor no era tal como para permitir que las marcas de crueldad y tortura permanecieran sobre el Cuerpo Sagrado, por lo que inmediatamente comenzó empeñosamente y cuidadosamente a lavarlo y purificarlo de cada rastro de maltrato. Con gran cuidado abrió la corona de espinas en la parte trasera y, con la ayuda de otros, la quitó de la cabeza de Jesús. Algunas de las espinas habían penetrado tan profundamente que, como la extracción de la corona no podría hacerse sin agitarlas agrandando así las heridas, primero tenían que ser cortadas. La corona fue depositada cerca de los clavos. Luego, con un par de pinzas redondas y amarillas, María sacó de las heridas las astillas largas y las espinas afiladas aún hundidas en la cabeza del Señor, y se las mostró con tristeza a los compasivos amigos que estaban alrededor. Las espinas fueron colocadas al lado de la corona, aunque algunas de ellas pueden haber sido guardadas como símbolos para recordar.

El rostro del Señor era apenas reconocible, al estar muy desfigurado por la sangre y las heridas. El cabello desgarrado de la cabeza y de la barba estaba con sangre coagulada. María lavó la cabeza y la cara y remojó la sangre seca del cabello con esponjas. A medida que avanzaba el lavado, las espantosas crueldades a las que Jesús había sido sometido se hicieron más evidentes y despertaron emociones de compasión, tristeza y ternura a medida que pasaba de una herida a otra. Con una esponja y un poco de lino sobre los dedos de la mano derecha, ella lavó la sangre de

las heridas de la cabeza, de los ojos quebrantados, las fosas nasales y las orejas. Con la pequeña pieza de lino en el dedo índice, lavo la boca entreabierta, la lengua, los dientes y los labios. Dividió en tres partes lo poco que quedaba de Su cabello. Una parte cayó a cada lado de la cabeza, y la tercera hacia atrás. El cabello de la frente, después de desengancharlo y limpiarlo, lo arreglo detrás de Sus orejas. Cuando la sagrada cabeza había sido limpiada por completo, la Santísima Virgen besó las mejillas y la cubrió. Luego dirigió la atención hacia el cuello, los hombros, el pecho y la espalda del Cuerpo Sagrado, los brazos y las manos desgarradas llenas de sangre. Ah, ¡entonces se exhibía con todo su horror, la terrible condición a la que se había reducido el mismo! Los huesos del pecho, así como todos los nervios, se dislocaron y tensaron y se volvieron rígidos e inflexibles. El hombro sobre el que Jesús había soportado la pesada cruz estaba tan lacerado que se había convertido en una gran herida, y la totalidad de la parte superior del cuerpo estaba llena de verdugones y cortes de la flagelación. Había una pequeña herida en el pecho izquierdo por donde había salido la punta de la lanza de Cassius, y en el lado derecho se abría la herida grande y ancha hecha por la lanza, que había perforado Su corazón de principio a fin. María lavó y purificó todas estas heridas, mientras que Magdalena, arrodillada ante ella, frecuentemente prestaba ayuda, aunque la mayor parte del tiempo permaneció a los pies de Jesús, bañándolos por última vez, más con sus lágrimas que con agua, y limpiándolos con su pelo.

La cabeza, la parte superior del cuerpo y los pies del Señor ya habían sido limpiados de la sangre. El Cuerpo Sagrado aún yacía en el regazo de María, blanco azulado, reluciente como la carne drenada de la sangre, con manchas marrones de sangre coagulada aquí y allá, que parecían lunares rojos, y lugares rojos donde la piel había sido arrancada. La Santísima Virgen cubrió las partes al ser lavadas, y comenzó a embalsamar las heridas, comenzando con las de la cabeza. Las santas mujeres se arrodillaron al lado de ella una por vez, presentándole una caja desde la cual, con el dedo índice y el pulgar de la mano derecha, ella sacó algo parecido a un bálsamo, un ungüento precioso, con el que llenó y ungió todas las heridas. También puso un poco sobre el pelo, y la vi tomando las manos de Jesús en su propia mano izquierda, besándolas reverentemente, y luego llenando las amplias heridas hechas por los clavos con la pomada o especias aromáticas. Las orejas, las fosas nasales y la herida del costado de Jesús, también las llenó con lo mismo. Magdalena estaba ocupada principalmente con los pies de Jesús. Ella los secó y los ungió en repetidas ocasiones, sólo para rociarlos nuevamente con sus lágrimas, y con frecuencia se arrodillaba con la cara apretada sobre ellos.

Vi que el agua utilizada no se tiraba, sino que se vertía en las botellas de cuero en las que se habían escurrido las esponjas. Más de una vez vi agua fresca traída por alguno de los hombres, Cassius o algún otro soldado, en las botellas de cuero y jarras que las mujeres habían traído consigo. La consiguieron en el pozo de Gihon, que estaba tan cerca que se podía ver desde el jardín del sepulcro.

Cuando la Santísima Virgen había ungió todas las heridas, envolvió la sagrada

cabeza en lino, menos la cubierta de la cara que, unida a la de la cabeza, no se había retirado todavía. Con una suave presión, cerró los ojos medio destrozados de Jesús y mantuvo su mano sobre ellos por un momento. Luego ella cerró la boca, abrazó el Sagrado Cuerpo de su Hijo, y llorando amargas lágrimas, permitió que su rostro descansara sobre el de Él. La veneración de Magdalena por Jesús no le permitió acercarse a Su rostro. Ella lo presionó sólo contra Sus pies.

José y Nicodemo ya habían estado esperando de pie a cierta distancia, cuando Juan se acercó a la Santísima Virgen con la petición de que les permitiera llevarse el cuerpo de Jesús, para que pudieran proceder a sus preparativos para el entierro, ya que el Sábado estaba cerca. Una vez más, María dio un apretado abrazo a Jesús y con palabras conmovedoras se despidió de Él. Los hombres levantaron el Sacratísimo Cuerpo en la sábana sobre la que descansaba en el regazo de Su Madre, y bajando lo llevaron al lugar donde debían hacerse los preparativos para el entierro. El dolor de María, que había sido algo mitigado por sus amorosos cuidados a Jesús, ahora estalló de nuevo y, completamente vencida, ella descansó con la cabeza cubierta en los brazos de las mujeres. Magdalena, como temiendo que quisieran robarle a su Bienamado, con las manos extendidas corrió unos pasos detrás del Cuerpo Sagrado, pero pronto se volvió nuevamente hacia la Santísima Virgen.

Llevaron el cuerpo de Jesús a poca distancia más abajo de la cima del Calvario a una cueva en el lado del monte en el que había una hermosa roca plana. Fue aquí donde los hombres prepararon el lugar para el embalsamamiento. Vi primero una tela de lino calada, en algo como una red. Parecía como si hubiera sido perforada con un instrumento afilado, y era como la gran tela colgante ('Hungertuch') que se cuelga en nuestras iglesias durante la Cuaresma. Cuando era niña vi la tela colgando, y solía pensar que era lo mismo que había visto en los preparativos para el sepelio del Señor. Tal vez fue perforada como una red para permitir que el agua utilizada en el lavado fluyera a través de ella. Vi otra tela grande calada. Pusieron el cuerpo del Señor sobre la calada, y algunos sujetaron la otra sobre ella. Nicodemo y José se arrodillaron y, al amparo de esta tela superior, soltaron de la parte inferior del cuerpo de Jesús el vendaje que se había atado alrededor de él desde las rodillas hasta las caderas cuando se lo bajaba de la cruz. También quitaron esa otra tela para cubrirse que Jonadab, el sobrino de Su padre adoptivo José, le había dado antes de la Crucifixión. Así, con gran respeto a la discreción, lavaron con esponja, al amparo de la sábana que se sostenía sobre ella, la parte inferior del cuerpo del Señor. Luego, al estirarse las bandas de lino debajo de la parte superior del Cuerpo Sagrado y de las rodillas, fue alzado, aún al abrigo de la sábana, y se trató la espalda de la misma manera sin dar vuelta el cuerpo. Lo lavaron hasta que el agua exprimida de las esponjas salió limpia y cristalina. Después de eso, vertieron agua de mirra sobre todo el cuerpo, y los vi tumbarse y, reverentemente con las manos, estirarlo por completo, porque se había endurecido en la posición en que, cuando al morir, se había hundido sobre la cruz, con las rodillas dobladas. Debajo de las caderas colocaron una tira de lino, de un codo de ancho y unos tres de largo, casi llenaron el regazo con racimos de hierbas, y finas crujientes plantas de hebras, como azafrán, y luego rociaron todo con un polvo, que

Nicodemo había traído con él en una caja... A continuación ataron fuertemente la tira de lino alrededor de todo, levantaron el extremo entre las extremidades sagradas y lo colocaron debajo de la banda que rodeaba la cintura, atándola de forma segura. Después de esto, untaron las heridas de los muslos, esparcieron especias aromáticas sobre ellos, pusieron manojos de hierbas entre las extremidades bajando hasta los pies, y vendaron todo en lino desde los pies hacia arriba.

Juan una vez más condujo a la Santísima Virgen y las otras mujeres santas a los restos sagrados de Jesús. María se arrodilló junto a la cabeza de Jesús, tomó una fina bufanda de lino que colgaba de su cuello debajo de su manto y que ella había recibido de Claudia Procla, la esposa de Pilatos, y la puso bajo la cabeza de su Hijo. Luego ella y las otras mujeres santas llenaron los espacios entre los hombros y la cabeza, alrededor de todo el cuello y hasta las mejillas con hierbas, algunas de esas finas plantas de hebras, y el costoso polvo mencionado anteriormente, todo lo cual la Santísima Virgen vendó cuidadosamente en la fina bufanda de lino. Magdalena vertió todo el contenido de un pequeño frasco de bálsamo precioso en la herida del costado de Jesús, mientras que las santas mujeres colocaban hierbas aromáticas en las manos y alrededor y debajo de los pies. Entonces los hombres cubrieron la boca del estómago y llenaron las axilas y todas las otras partes del cuerpo con especias aromáticas, cruzaron los brazos rígidos sobre el regazo y envolvieron todo en la gran sábana blanca hasta el pecho, exactamente como un niño está envuelto. Después de haber sujetado debajo de una de las axilas el extremo de una ancha banda de lino, lo enrollaron alrededor de los brazos, las manos, la cabeza, y de nuevo alrededor de todo el Cuerpo Sagrado hasta que presentaba la apariencia de una momia. Por último, colocaron el cuerpo del Señor sobre la gran sábana, de seis codos de largo, que José de Arimatea había comprado, y lo envolvieron estrechamente alrededor de ella. El Cuerpo Sagrado fue puesto sobre él transversalmente. Luego una esquina fue levantada desde los pies hasta el pecho, la otra se dobló sobre la cabeza y los hombros, y los lados se doblaron alrededor de la totalidad del cuerpo.

Mientras todos estaban arrodillados alrededor del cuerpo del Señor, despidiéndose de él con muchas lágrimas, un milagro conmovedor se exhibió ante sus ojos: la silueta completa del Cuerpo Sagrado de Jesús con todas sus heridas apareció, como si estuviera dibujado en colores marrones y rojizos, en la tela que lo cubría. Era como si Él deseara, con gratitud, recompensar su amoroso cuidado de Él, reconocer con gratitud su dolor, y dejarles una imagen de Sí mismo impresa a través de todas las coberturas que lo envolvían. Llorando y lamentándose, abrazaron el Cuerpo Sagrado y besaron con reverencia el milagroso retrato. Su asombro fue tan grande que abrieron la envoltura exterior, y se hizo aún más grande cuando encontraron blancas como antes, todas las bandas de lino alrededor del Cuerpo Sagrado y sólo la tela de encima marcada con la figura del Señor.

La tela en el lado sobre el cual yacía el cuerpo recibió la impresión de toda la espalda del Señor; los extremos que lo cubrían fueron marcados con la imagen frontal. Las partes de esta última, para producir la forma perfecta, debían ser colocadas juntas,

porque las esquinas de la tela estaban todas cruzadas sobre la parte frontal del cuerpo. La imagen no era una mera impresión formada por heridas sangrantes, ya que todo el cuerpo estaba envuelto en especias y numerosas bandas de lino. Fue una imagen milagrosa, un testigo de la creativa Divinidad en el cuerpo de Jesús...

Los hombres colocaron ahora el Cuerpo Sagrado sobre la camilla de cuero, colocaron sobre él una cubierta marrón y colocaron dos postes a los lados. Pensé de inmediato en el Arca de la Alianza. Nicodemo y José llevaban las puntas delanteras sobre sus hombros; Abenadar y Juan, las otras. Luego seguían la Santísima Virgen, su hermana mayor María Heli, Magdalena y María Cleofás. El grupo de mujeres que habían estado sentadas a cierta distancia, Verónica, Juana Chusa, María madre de Marcos; Salomé, la esposa de Zebedeo; María Salome, Salomé de Jerusalén, Susana y Ana, sobrina de San José. Ella era la hija de uno de sus hermanos, y había sido criada en Jerusalén. Cassius y sus soldados cerraban la procesión. Las otras mujeres, a saber, Maroni de Naim, Dina la Samaritana y María la Sufanita estaban en ese momento con Marta y Lázaro en Betania.

Dos soldados con antorchas retorcidas caminaban adelante, porque se necesitaba luz en la gruta del sepulcro. La procesión se movió durante una distancia de unos siete minutos cantando Salmos en un tono bajo y quejumbroso, a través del valle hasta el jardín de la tumba. Vi en una colina al otro lado del valle a Santiago el Mayor, el hermano de Juan, mirando la procesión, y luego yendo a decirles a los otros discípulos, que estaban escondidos en las cuevas.

El jardín del sepulcro no estaba dispuesto con un paisaje uniforme⁴¹. La roca en la que se cortó el sepulcro estaba en un extremo, completamente cubierta de verdor. El frente del jardín estaba protegido por un seto, dentro del cual, en la entrada, había un pequeño recinto formado por estacas, sobre las cuales descansaban largas varas sostenidas por clavijas de hierro. Fuera del jardín y también a la derecha del sepulcro, había algunas palmeras; la otra vegetación consistía principalmente de arbustos, flores y plantas aromáticas.

Vi la procesión detenerse en la entrada del jardín. Fue abierto quitando algunos de los postes, que luego se utilizaron como palancas para retirar la piedra de la puerta de la gruta. Antes de alcanzar la roca, sacaron la cubierta de la camilla, levantaron el Cuerpo Sagrado y lo colocaron sobre un tablón angosto que previamente había sido cubierto con un paño de lino. Nicodemo y José tomaron un extremo del tablón; los otros dos, el extremo superior, que estaba cubierto. La gruta, que era completamente nueva, había sido limpiada y fumigada por los sirvientes de Nicodemo. Estaba muy limpio por dentro y adornado con una albardilla bellamente tallada. El lecho fúnebre era más ancho en la cabeza que en el pie. Estaba tallado con forma de un cuerpo envuelto en sus bandas y sábana sinuosa, y ligeramente elevado en la cabeza y en

⁴¹ Emmerick comenta en otro pasaje que era un jardín muy hermoso, con sus altos árboles, sus asientos, y sus rincones con sombra.

los pies.

Las santas mujeres se sentaron en un asiento enfrente a la entrada de la gruta. Los cuatro hombres bajaron el cuerpo del Señor dentro de ella, lo dejaron, esparcieron en el lecho de piedra especias aromáticas, extendieron sobre él una tela de lino y depositaron sobre ella los restos sagrados. La tela colgaba sobre el lecho. Luego, habiendo expresado con lágrimas y abrazos su amor por Jesús, salieron de la cueva. La Santísima Virgen entró y la vi sentada en la cabeza de la tumba, que estaba a unos dos pies del suelo. Se inclinaba sobre el cadáver de su Hijo y lloraba. Cuando ella salió de la cueva, Magdalena se apresuró a entrar con flores y ramas, que había recogido en el jardín y que ahora esparcía sobre el Cuerpo Sagrado. Se retorció las manos, y con lágrimas y suspiros abrazó los pies de Jesús. Cuando los hombres de afuera advirtieron que era hora de cerrar las puertas, ella regresó al lugar donde estaban sentadas las mujeres. Los hombres levantaron la tela que colgaba sobre el costado de la tumba, la doblaron alrededor del Cuerpo Sagrado y luego echaron la cubierta marrón cubriéndolo todo. Por último, cerraron las puertas marrones, probablemente de cobre o bronce, que tenían una barra perpendicular en el exterior cruzada por una transversal. Parecía como una cruz. La gran piedra, destinada a asegurar las puertas y que todavía estaba afuera de la cueva, tenía forma casi como un baúl o tumba, y era lo suficientemente grande como para que un hombre se echara completamente extendido sobre ella. Era muy pesada. Por medio de los postes traídos de la entrada del jardín, los hombres la hicieron rodar hacia el lugar delante de las puertas cerradas de la tumba. La entrada exterior estaba asegurada por una ligera puerta de mimbre.

Todo lo que sucedió en la gruta fue a la luz de las antorchas, ya que estaba oscuro allí. Vi durante el entierro a varios hombres que merodeaban por los alrededores del jardín y del Monte Calvario. Parecían tímidos y tristes. Creo que fueron discípulos que, como consecuencia de la narración de Abenadar sobre lo que estaba sucediendo, se habían arriesgado a salir de sus cuevas y echar una mirada. Ahora parecían estar regresando.”

Contemplar la Pasión de Jesucristo nos recuerda que Él venció al mundo, que Su Amor que nos da vida, Su Misericordia que nos resucita, es más fuerte que el pecado y la muerte. El beato Tomás de Kempis nos dice: "Si no sabes contemplar las cosas altas y celestiales, descansa en la pasión de Cristo y habita gustosamente en sus grandes llagas. Porque si te acoges devotamente a las llagas y preciosas heridas de Jesús, gran consuelo sentirás en la tribulación, y no harás mucho caso de los desprecios de los hombres, y fácilmente sufrirás las palabras maldicientes.

Cristo fue también en el mundo despreciado de los hombres, y entre grandes afrentas, desamparado de amigos y conocidos, y en suma necesidad. Cristo quiso padecer y ser despreciado, y tú ¿te atreves a quejarte de alguna cosa? Cristo tuvo adversarios y murmuradores, y tú ¿quieres tener a todos por amigos y bienhechores? ¿Con qué se coronará tu paciencia, sin ninguna adversidad se te ofrece? Si no quieres sufrir

ninguna adversidad, ¿cómo serás amigo de Cristo? Sufre con Cristo y por Cristo, si quieres reinar con Cristo."⁴²

Santa Faustina Kowalska nos dice "cuando te parezca que el sufrimiento sobrepasa tus fuerzas, mira Mis llagas, y te elevarás por encima del desprecio y los juicios humanos. La meditación de Mi Pasión te ayudará a elevarte por encima de todo."⁴³

Un admirable ejemplo de oración de intercesión al amor misericordioso de nuestra Madre es Memorare o Acordaos (popularizada por el presbítero Claude Bernard, que evangelizaba prisioneros y criminales, en el siglo XVII):

*Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen María!,
que jamás se ha oído decir
que ninguno de los que han acudido a vuestra protección,
implorando vuestra asistencia y reclamando vuestro socorro,
haya sido desamparado.
Animado por esta confianza, a Vos también acudo,
¡oh Madre, Virgen de las vírgenes!,
y gimiendo bajo el peso de mis pecados
me atrevo a comparecer ante vuestra presencia soberana.
¡Oh Madre de Dios!, no desechéis mis súplicas,
antes bien, escuchadlas y acogedlas benignamente.
Amén.*

⁴² Imitación de Cristo, Libro II, Capítulo 1, año 1418

⁴³ Diario de Santa Faustina Kowalska #1184

Cristo descendió a los infiernos

A esta parte de la profesión de fe de los Apóstoles, mucha gente la reza sin terminar de entenderla. Ya vimos que como consecuencia del pecado de Adán, nadie podía entrar al Cielo, y por lo tanto esperaban la redención de Cristo. Nos dice el apóstol Pedro: **"Por eso hasta a los muertos se ha anunciado la Buena Nueva, para que condenados en carne según los hombres, vivan en espíritu según Dios"** 1 P(4,6); y propio Cristo nos dice **"En verdad, en verdad os digo: llega la hora (ya estamos en ella), en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan vivirán"** Jn(5,25); y también este pasaje lo reafirma **"Por lo tanto, así como los hijos participan de la carne y de la sangre, así también participó él de las mismas, para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al Diablo, y libertar a cuantos, por temor a la muerte estaban de por vida sometidos a la esclavitud"** Hb(2,14-15). El descenso a los infiernos es la Misericordia de Cristo salvando y liberando a todos los justos que le precedieron y que estaban encadenados en el seol. Jesús mismo profetiza con otras palabras este descenso a la muerte: **"Porque de la misma manera que Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así también el Hijo del hombre estará en el seno de la tierra tres días y tres noches"** Mt(12,40).

El Catecismo de la Iglesia Católica cita una antigua homilía para el sábado santo, que me emociona cada vez que la leo:

«Un gran silencio envuelve la tierra; un gran silencio y una gran soledad. Un gran silencio, porque el Rey duerme. La tierra está temerosa y sobrecogida, porque Dios se ha dormido en la carne y ha despertado a los que dormían desde antiguo [...] Va a buscar a nuestro primer Padre como si éste fuera la oveja perdida. Quiere visitar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte. Él, que es al mismo tiempo Dios e Hijo de Dios, va a librar de sus prisiones y de sus dolores a Adán y a Eva [...] Yo soy tu Dios, que por ti y por todos los que han de nacer de ti me he hecho tu Hijo. A ti te mando: Despierta, tú que duermes, pues no te creé para que permanezcas cautivo en el abismo; levántate de entre los muertos, pues yo soy la vida de los muertos» (Antigua homilía sobre el grande y santo Sábado: PG 43, 440. 452. 461).

Emmerick nos ilumina con sus visiones en este punto:

"Cuando Jesús con un fuerte grito entregó Su Espíritu en las manos de su Padre Celestial, vi Su alma, como una figura luminosa, penetrando en la tierra a los pies de la cruz, acompañada por una banda de ángeles luminosos, entre los cuales estaba Gabriel. Vi una gran multitud de espíritus malignos lanzados por los ángeles de la tierra al abismo. Jesús envió a muchas almas del seol a reingresar en su cuerpo, con el fin de asustar y advertir a los impenitentes, así como para dar testimonio de Él mismo...

En el Lugar Santísimo, entre el pórtico y el altar, fue vista una aparición del sumo sacerdote asesinado Zacarías. Pronunció palabras amenazantes, habló de la muerte

del otro Zacarías, también de la de Juan, señalando a los sumos sacerdotes como los asesinos de los Profetas. Él vino de la apertura hecha por la piedra caída cerca del lugar de la oración de Simeón, y se dirigió a los sacerdotes en el Santo de los Santos. Simón el Justo era un piadoso Sumo Sacerdote, un antepasado del anciano sacerdote Simeón que había profetizado en ocasión de la Presentación de Jesús en el Templo. Sus dos hijos prematuramente fallecidos ahora aparecían como altos fantasmas cerca de la silla principal de formación religiosa, y en términos amenazadores hablaron del asesinato de los Profetas, del sacrificio de la Ley Antigua, que estaba llegando a su fin, y exhortaron a todos los presentes a abrazar la doctrina del Crucificado.

Jeremías apareció en el altar y pronunció palabras de denuncia. El sacrificio de la Ley Antigua se terminó, dijo, y uno nuevo había comenzado. Estos discursos y apariciones en lugares a los que sólo Caifás o los sacerdotes tenían acceso, fueron encubiertas y negadas. Estaba prohibido hablar de ellas, bajo pena de excomunión. Y ahora se levantó un gran clamor, las puertas del santuario se abrieron, una voz gritó: 'Vámonos de aquí!' y vi a los ángeles saliendo del Templo. El altar del incienso fue elevado a cierta altura y un recipiente de incienso se volcó. El estante que contenía los rollos de las Escrituras cayó, y los rollos se dispersaron. La confusión aumentó en un grado tal que fue olvidada la hora del día. Nicodemo, José de Arimatea, y muchos otros partieron del Templo y se fueron. Los cadáveres yacían aquí y allá, otros vagaban por los pasillos y pronunciaban palabras de advertencia a la gente. Al sonido de la voz de los ángeles que abandonaban el templo, los muertos volvieron a sus tumbas. La silla del maestro en el pórtico exterior se derrumbó en pedazos. Muchos de los treinta y dos Fariseos que habían cabalgado al Calvario justo antes que Jesús expirara, regresaron en medio de esta confusión al Templo. Como habían sido convertidos al pie de la cruz, observaron todas estas señales con mayor consternación aún y, dirigiendo algunos reproches severos a Anás y Caifás, se retiraron rápidamente...

Mientras todas estas cosas estaban sucediendo en el Templo, un pánico similar se estaba experimentando en muchos otros barrios de Jerusalén. Justo después de las tres, muchas tumbas fueron violentamente destruidas, especialmente en la sección noroeste de la ciudad donde había numerosos jardines. Vi aquí y allá los muertos acostados en sus sudarios. En otros lugares, sólo había masas de podredumbre, en otros esqueletos, y de muchos se originaba un hedor insoportable...

Pilatos, perplejo y supersticioso, estaba en la mayor consternación y totalmente incapaz de atender las obligaciones de su cargo. El terremoto sacudió su palacio. Se sacudió y tembló bajo sus pies mientras huía de habitación en habitación. Los muertos de la corte inferior le proclamaban su falso juicio y su sentencia contradictoria. Pensaba que esas voces procedían de los dioses de Jesús el Profeta, por lo que se encerró en un rincón secreto de su palacio, donde quemó incienso y ofreció sacrificios a sus propias deidades, a quienes también hizo un voto, para que pudieran hacer aquellos del Galileo inocuos para él. Herodes también estaba en su propio palacio y, como uno enloquecido por el miedo, ordenó que todas las entradas fueran atornilladas y bloqueadas.

Había alrededor de un centenar de fallecidos pertenecientes a todas las épocas que levantaron sus cuerpos de sus tumbas rotas tanto en Jerusalén como en sus alrededores. Iban generalmente en parejas a ciertas partes de la ciudad, encontrándose con los habitantes asustados en su vuelo, y testificando a Jesús con palabras de denuncia, pocas pero vigorosas...

Cuando Jesús con un fuerte grito entregó su alma santísima, lo vi como una figura luminosa rodeada de ángeles, entre ellos Gabriel, que penetró en la tierra a los pies de la santa cruz. Vi su Divinidad unida a su alma, mientras que al mismo tiempo, se mantuvo unida a su cuerpo colgado en la cruz. No puedo expresar lo que era. Vi el lugar adonde el alma de Jesús fue. Parecía que se dividía en tres partes. Era como tres mundos, y tuve la sensación de que era redonda, y que cada uno de esos lugares era un tipo de localidad, una esfera separada de las demás.

Justo en frente del seol, había una alegre extensión de campo cubierta de verdor. Es hacia aquí que siempre veo a las almas liberadas del Purgatorio entrar antes de ser conducidas al Cielo. El seol donde las almas que esperan la Redención estaban envueltas por una atmósfera de niebla gris, y dividida en diferentes círculos. El Salvador, resplandeciente y conducido triunfalmente por los ángeles, siguió adelante entre dos de estos círculos. El de la izquierda contenía las almas de los Líderes del pueblo hasta antes de Abraham, la de la derecha, las almas desde Abraham⁴⁴ hasta Juan el Bautista. Jesús continuó entre estos dos círculos. No Le reconocieron, pero todos estaban llenos de gozo y deseo ardiente. Era como si este lugar de ansiedad y consternado anhelo se ampliara repentinamente. El Redentor pasó a través de ellos como una brisa refrescante, como luz, como rocío, con rapidez, como el susurro del viento. El Señor pasó rápidamente entre estos dos círculos a un lugar iluminado tenuemente en el que estaban nuestros primeros padres, Adán y Eva. Él se dirigió a ellos, y Le adoraron en un éxtasis indescriptible. La procesión del Señor, acompañado de los primeros seres humanos, ahora se volvió hacia la izquierda, hacia el seol de los Líderes del pueblo de Dios antes del tiempo de Abraham. Este era una especie de Purgatorio, por doquier había espíritus malignos, que de múltiples maneras molestaban y angustiaban a algunas de esas almas. Los ángeles llamaron y demandaron la entrada. Había una entrada, porque había *un adentrarse*; una puerta, porque había *un abrirse*; y una llamada, porque Aquel que venía tenía que ser anunciado.⁴⁵ Me pareció que oí al ángel aclamar: 'Abrid las compuertas! Abrid las puertas!' Jesús entró triunfal, mientras que los espíritus malvados se retiraron, gritando: '¿Qué tienes tú que ver con nosotros? ¿Qué quieres Tú aquí? ¿Tú nos vas a crucificar ahora?' etcétera. Los ángeles los sujetaron y los llevaron ante ellos. Las almas en este lugar sólo tenían una vaga idea de Jesús, ellos sabían muy poco de Él; pero cuando Él les dijo claramente quién era, estallaron en cantos de alabanza y

⁴⁴ **“Sucedió, pues, que murió el pobre y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham”** Lc(6,22)

⁴⁵ **“tiene las llaves de la muerte y del Hades”** Ap(1,18)

acción de gracias.⁴⁶ Y ahora el alma del Señor se volvió hacia el círculo de la derecha, hacia el propio seol. Allí se encontró con el alma del buen ladrón yendo bajo la escolta de ángeles al seno de Abraham, mientras que el mal ladrón, rodeado por demonios, estaba siendo arrastrado al Infierno. El alma de Jesús dirigió unas palabras a ambos y luego, acompañado por una multitud de ángeles, de los redimidos, y por esos demonios que fueron expulsados del primer círculo, fueron del mismo modo al seno de Abraham.

Este espacio, o círculo, me pareció que estaba situado más alto que el otro. Era como si una persona subiera desde la tierra bajo el camposanto hasta dentro de la propia iglesia. Los espíritus malignos lucharon en sus cadenas, y no querían entrar, pero los ángeles se lo impusieron. En este segundo círculo estaban todos los santos Israelitas a la izquierda, los Patriarcas, Moisés, los Jueces, los Reyes; a la derecha, los Profetas y todos los antepasados de Jesús, como también sus parientes hasta Joaquín, Ana, José, Zacarías, Isabel y Juan. No había demonios en este círculo, ni dolor ni tormento, sólo el deseo ardiente del cumplimiento de la Promesa ahora realizada. Una felicidad inefable y un éxtasis inundaron estas almas mientras saludaban y adoraban al Redentor, y los demonios en sus cadenas se vieron obligados a confesar delante de ellos su derrota ignominiosa. Muchas de las almas fueron enviadas a resucitar sus cuerpos desde la tumba y en ellos a declarar testimonios oculares del Señor. Este fue el momento en el que tantos muertos salieron de sus tumbas en Jerusalén. Me parecían como cadáveres ambulantes. Ellos colocaron sus cuerpos de nuevo sobre la tierra, al igual que un mensajero de la justicia deja a un lado sus responsabilidades después de haber cumplido las órdenes de su superior.

Ahora vi entrar la procesión triunfal del Salvador en otra esfera más baja que la anterior. Era la morada de los paganos piadosos que, después de haber tenido algún presentimiento de la verdad, habían suspirado ardientemente por ella. Era una especie de Purgatorio, un lugar de purificación. Había espíritus malignos aquí, porque vi algunos ídolos. Vi a los espíritus malignos obligados a confesar el engaño que habían practicado. Vi a los espíritus bienaventurados rendir homenaje al Salvador con expresiones conmovedoras de alegría. Aquí, también, los demonios estaban encadenados por los ángeles y conducidos ante ellos.

Y así vi al Redentor pasar rápidamente a través de estas numerosas moradas y liberar las almas en ellas confinadas.⁴⁷ Hizo un gran número de otras cosas, pero en mi actual miserable estado soy incapaz de relatarlas.

Finalmente Le vi, Su semblante grave y severo, acercándose al centro del abismo, a saber, el propio Infierno. Su forma me parecía como un inmensamente vasto, espantoso edificio de piedra negra que brillaba con un lustre metálico. Su entrada

⁴⁶ **“al nombre de Jesús toda rodilla se dobla en el cielo, en la tierra y en los abismos”**
Flp(2,10)

⁴⁷ **“el Hijo de hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos”** Mt(20,28)

estaba custodiada por inmensas, horribles puertas, negras como el resto del edificio, y adornadas con cerrojos y cerraduras que inspiraban sentimientos de terror. Se oían claramente los más horribles rugidos y gritos, y cuando las puertas fueron empujadas y abiertas, un mundo sombrío y espantoso fue revelado a la vista.

Como estoy acostumbrada a ver la Jerusalén celestial bajo la forma de una ciudad, y las moradas de los bienaventurados en el misma en diversos tipos de palacios y jardines llenos de frutas y flores maravillosas, todo de acuerdo a los diferentes grados de gloria, así vi aquí todo bajo la apariencia de un mundo cuyos edificios, espacios abiertos, y varias regiones estaban estrechamente conectadas. Pero todo procedía de lo opuesto a la felicidad, todo era dolor y tormento. Al igual que en las estancias de los bienaventurados todo parece formado tras los motivos y las condiciones de paz infinita, eterna armonía y satisfacción, así están aquí el disturbio, la deformidad de la ira eterna, la desunión y la desesperación.

Como en el Cielo hay innumerables moradas de alegría y adoración, indescritiblemente bellas en su transparencia brillante, así están aquí en el Infierno las prisiones tenebrosas sin número, cuevas de tormento, de maldición, y la desesperación. Como en el Cielo están los jardines más maravillosos para contemplar, llenos de frutos que ofrecen alimento divino, así hay aquí en el Infierno horribles tierras salvajes y pantanos llenos de tortura y el dolor y de todo lo que puede dar a luz a los sentimientos de odio, de desprecio, y del horror. Vi aquí templos, altares, palacios, tronos, jardines, lagos, arroyos, todo formado de la blasfemia, el odio, la crueldad, la desesperación, la confusión, el dolor y la tortura, mientras que en el Cielo todo se construye de bendiciones, de amor, armonía, gozo y deleite. *Aquí* está el desgarramiento, la desunión eterna de los condenados; *allí* la comunión gozosa de los santos. Todas las raíces de la perversidad y la mentira están aquí cultivadas en innumerables formas y actos de castigo y sufrimiento. No hay nada aquí que sea correcto, ningún pensamiento que traiga paz, por el terrible recuerdo de la justicia divina que arroja a cada alma condenada al dolor y el tormento que su propia culpa ha plantado en él. Todo lo que es terrible aquí, tanto en la apariencia como en la realidad, es la naturaleza, la forma, la furia del pecado desenmascarado, la serpiente que ahora se vuelve contra aquellos en cuyo seno una vez se nutrieron. Vi también columnas espantosas erigidas con el único propósito de crear sentimientos de horror y terror, al igual que en el Reino de Dios que están destinadas a inspirar a la paz y el sentimiento de descanso dichoso, etc. Todo esto es fácil de entender, pero no puede ser expresado en detalle.

Cuando las puertas se abrieron por los ángeles, uno contemplaba delante una muchedumbre forcejeando, blasfemando, burlándose, aullando, y lamentándose. Vi que Jesús habló algunas palabras al alma de Judas. Algunos de los ángeles forzaban a la multitud de espíritus malignos a postrarse ante Jesús, para que todos tuvieran que reconocerlo y adorarlo. Esto era para ellos el más terrible tormento. Un gran número estaban encadenados en un círculo alrededor de otros que estaban a su vez atados a ellos. En el centro había un abismo de oscuridad. Lucifer fue arrojado en él, encadenado, y vapor negro espeso se acumulaba a su alrededor. Esto se llevó a cabo

por Decreto Divino. He oído que Lucifer (si no me equivoco) será liberado de nuevo por un tiempo cincuenta o sesenta años antes del año 2000 D.C. He olvidado muchas otras fechas que me dijeron. Algunos otros demonios deben ser liberados antes de Lucifer, con el fin de castigar y tentar a la humanidad. Creo que algunos se sueltan ahora en nuestros días, y otros serán liberados poco después de nuestro tiempo.

Es imposible que yo relate todo lo que me fue mostrado. Es demasiado. No puedo organizarlo, no puedo arreglarlo. También estoy tan terriblemente enferma. Cuando trato de hablar de estas cosas, ellas surgen ante mis ojos, y el espectáculo es lo suficiente para que uno muera.

Vi también las almas redimidas en incontable número dejando los lugares de su purificación, dejando el seol, y acompañando el alma del Señor a un lugar de dicha debajo de la Jerusalén celestial. Fue allí que hace algún tiempo vi a un amigo fallecido mío. El alma del buen ladrón entró con el resto y vio de nuevo al Señor, según Su promesa, en el Paraíso. Vi preparas aquí, para el deleite y refrigerio de las almas, mesas celestiales como las que me son mostradas a menudo en visiones que me son concedidas para mi consolación.

No puedo decir con exactitud el tiempo de estos eventos, ni su duración, ni puedo repetir todo lo que he visto y oído, porque algunas cosas eran incomprensibles incluso para mí misma, y otras serían mal comprendidas. Vi al Señor en muchos lugares diferentes, incluso en los mares. Parecía como si Él santificara y liberara toda criatura; en todas partes los espíritus malignos huyeron ante Él en el abismo. Entonces vi el alma del Señor visitando muchos lugares de la tierra. Lo vi en la tumba de Adán bajo el Gólgota. Las almas de Adán y Eva volvieron con Él allí. Conversó con ellos, y yo Le veía como si estuviera debajo de la tierra, yendo con ellos en muchas direcciones, visitando tumba tras tumba de los Profetas. Sus almas entraron en sus cuerpos, y Jesús explicó muchos misterios para ellos. Entonces Le vi con esta banda elegida, entre los que se encontraba David, visitando muchas escenas de su propia vida y Pasión, explicándoles los eventos que habían tenido lugar, y con amor inefable señalándoles su cumplimiento.

Entre otros lugares, yo Le vi con estas almas en aquel de Su bautismo, donde numerosos eventos de sentido figurado habían sucedido. Él les explicó todo y, profundamente conmovida, contemplé la eterna misericordia de Jesús al permitir que la gracia de Su propio bautismo santo fluya sobre ellos para su mayor provecho.

Era indescriptiblemente conmovedor ver el alma del Señor rodeada por esos espíritus felices, espíritus bienaventurados brillando a través de la oscura tierra, a través de las rocas, a través del agua y el aire, y flotando suavemente sobre la superficie del suelo.

Estos son los pocos puntos que puedo recordar de mis meditaciones, tan plenas, tan extendidas, sobre el descenso del Señor al Infierno después de Su Muerte, y de Su accionar liberador de las almas de los justos Patriarcas de los tiempos más remotos. Pero además de esta visión relacionada con el tiempo, vi una conectada con la eternidad, en la que se me mostró Su misericordia hacia las pobres almas de hoy en

día. Vi que, todos los años en la solemne celebración de este día (Viernes Santo) por la Iglesia, Él echa un vistazo al Purgatorio por lo que muchas almas son liberadas. Vi que incluso hoy en día, el Sábado Santo, en el cual tuve esta contemplación, Él liberó de su lugar de Purificación a algunas almas que habían pecado en el momento de Su Crucifixión. Hoy vi la liberación de muchas almas, algunas desconocidas y otras conocidas mías, aunque no puedo nombrar a ninguna de ellas."⁴⁸

⁴⁸ Emmerick relata numerosas visiones de las almas de los antiguos Patriarcas acompañando a Jesús, desde la aparición a la Santísima Virgen el Domingo de Resurrección hasta antes de la aparición a los 500.

La última bendición

Santa Faustina Kowalska nos ha dejado nuevas forma de culto a la Divina Misericordia. En este apartado me quiero referir a la imagen de Jesús Misericordioso con la firma: “Jesús, en Ti confío”.

Nos dice Faustina en su diario: “Al anochecer, estando yo en mi celda vi al señor Jesús vestido con túnica blanca. Tenía una mano levantada para bendecir y con la otra tocaba la túnica sobre el pecho. De la abertura de la túnica en el pecho, salían dos grandes rayos: uno rojo y otro pálido. En silencio, atentamente miraba al Señor, mi alma estaba llena de temor, pero también de una gran alegría. Después de un momento, Jesús me dijo: 'Pinta una imagen según el modelo que ves, y firma: Jesús, en Ti confío. Deseo que esta imagen sea venerada primero en su capilla y en el mundo entero.⁴⁹ Prometo que el alma que venere esta imagen no perecerá. También prometo, ya aquí en la tierra, la victoria sobre los enemigos y, sobre todo, a la hora de la muerte. Yo Mismo la defenderé con Mi gloria⁵⁰...Deseo que haya una Fiesta de la Misericordia. Quiero que la imagen que pintarás con el pincel, sea bendecida con solemnidad el primer domingo después de la Pascua de Resurrección; ese domingo debe ser la Fiesta de la Misericordia.⁵¹ Por medio de esta imagen colmaré a las almas con muchas gracias. Por eso quiero, que cada alma tenga acceso a ella”⁵²

Cuando a Jesús se le pregunta qué significaban los rayos, explicó: “El rayo pálido simboliza el Agua que justifica las almas. El rayo rojo simboliza la Sangre que es vida de las almas...Ambos rayos brotaron de las entrañas más profundas de Mi misericordia cuando Mi Corazón agonizante fue abierto en la cruz por la lanza. Estos rayos protegen a las almas de la indignación de Mi Padre. Bienaventurado quien viva a la sombra de ellos, porque no le alcanzará la justa mano de Dios.”⁵³ Vivir a la sombra de los rayos es purificarse con el bautismo y el sacramento de la reconciliación que nos ha dejado Jesús; y también alimentarse del santísimo sacramento del cuerpo y la sangre de Jesús. Y vivir a la sombra de ellos también nos dice de lo centrales, lo habituales que tienen que ser para nosotros estos sacramentos: son oportunidades de encuentro con Jesús vivo, de que nos ame, nos acoja y nos de vida, nos reviva. Pero si vivimos en su sombra no podemos más que dar frutos de vida: “Esta imagen ha de recordar las exigencias de Mi misericordia, porque la fe sin obras, por fuerte que sea, es inútil”⁵⁴

Venerar esta imagen, darle culto con plena confianza porque es sagrada, es fuente de gracias: “No en la belleza del color, ni en la del pincel, está la grandeza de esta

⁴⁹ Diario de Santa Faustina Kowalska #47

⁵⁰ *Ibíd.* #48

⁵¹ *Ibíd* #49

⁵² *Ibíd.* #570

⁵³ *Ibíd.* #299

⁵⁴ *Ibíd.* #742

imagen, sino en Mi gracia.⁵⁵ Ofrezco a los hombres un recipiente con el que han de venir a la Fuente de la Misericordia para recoger gracias. Ese recipiente es esta imagen con la firma: Jesús, en Ti confío.⁵⁶ Por medio de esta imagen colmaré a las almas de muchas gracias. Por eso quiero, que cada alma tenga acceso a ella.⁵⁷ Y siendo Santa Faustina testigo de estas gracias, nos ha manifestado. “Hoy he visto la gloria de Dios que fluye de esta imagen.”⁵⁸

Esta bendición de Jesús resucitado de la imagen, está brevemente descrita en el evangelio de San Lucas: **“Los sacó hasta cerca de Betania⁵⁹ y, alzando sus manos, los bendijo. Y sucedió que, mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo”** Lc (24,50-51).

Emmerick nos detalla esta última bendición en total concordancia con la imagen de Jesús Misericordioso: "En la noche antes de Su maravillosa Ascensión, vi a Jesús en el pasillo interior de la casa de la Última Cena con la Santísima Virgen y los Once. Los discípulos y las santas mujeres estaban orando en los pasillos laterales. En la Sala de la Cena la Mesa de la Comunión estaba situada bajo la lámpara encendida, y en ella el Pan Pascual y el cáliz. Los Apóstoles estaban con sus trajes de ceremonia. La Santísima Virgen estaba enfrente a Jesús que, como en el Jueves Santo, estaba consagrando el pan y el vino.

Vi el Santísimo Sacramento entrar en las bocas de los Apóstoles en la forma de un cuerpo luminoso, y las palabras de Jesús en la consagración del vino fluyendo en el cáliz como un torrente de luz roja.

Durante los últimos días, Magdalena, Marta y María Cleofás recibieron el Santísimo Sacramento.

Hacia la mañana, los Maitines se recitaban solemnemente como de costumbre bajo la lámpara, Jesús nuevamente confería a Pedro la jurisdicción sobre los otros, nuevamente puso sobre él el manto del que he hablado, y repitió lo que había dicho en la montaña junto al mar de Tiberíades. También dio algunas instrucciones sobre el Bautismo y la bendición del agua. Durante los Maitines y las instrucciones, vi a los diecisiete discípulos de más confianza de pie en el pasillo detrás de la Santísima Virgen.

Antes de salir de la casa, Jesús presentó la Santísima Virgen a los Apóstoles y discípulos como su Madre, su Mediadora, y su Defensora, y le dio a Pedro y todo el resto su bendición, que recibieron con profunda reverencia. En ese instante vi a María levantada sobre un trono, cubierta por un manto celeste, una corona sobre su cabeza. Esto fue simbólico de su dignidad como Reina de la Misericordia.

⁵⁵ Ibíd. #313

⁵⁶ Ibíd. #327

⁵⁷ Ibíd. #570

⁵⁸ Ibíd. #1789

⁵⁹ Aldea en la falda oriental del Monte de los Olivos

En la madrugada del día, Jesús se marchó de la casa de la Última Cena con los Once. La Santísima Virgen les siguió de cerca; los discípulos, a cierta distancia. Pasaron por las calles de Jerusalén donde todo estaba en silencio, los habitantes seguían en un sueño profundo. A cada momento el Señor se volvió más fervoroso, más rápido en su discurso y en sus movimientos. En la noche anterior Él me pareció mucho más compasivo en Sus palabras a Sus seguidores. Reconocí la ruta que tomaron como la de la procesión del Domingo de Ramos. Vi que Jesús fue con ellos por todos los caminos andados por Él durante Su Pasión, para inspirarlos con sus enseñanzas y advertencias con una revalorización animada del cumplimiento de la Promesa. En todos los lugares en los que se había representado alguna escena de Su Pasión, se detuvo un momento para instruirlos sobre el cumplimiento de las palabras de los Profetas, sobre las Promesas, y para explicar la relación simbólica del lugar a las mismas. En los sitios en que los Judíos habían puesto residuos, sobre los que se habían tirado un montón de piedras, por los que habían abierto zanjas, o que habían dejado intransitables de otras maneras con el fin de evitar que se veneraran, Jesús ordenó a los discípulos en Su cortejo adelantarse y despejar todos los obstáculos, lo que rápidamente hicieron. Entonces haciendo una profunda reverencia al pasar Él, Le permitieron tomar la delantera de nuevo mientras Le seguían. Justo antes de la puerta que conducía al Monte Calvario, se desviaron del camino a un lugar encantador a la sombra de los árboles. Era uno de los varios lugares de oración situados alrededor de Jerusalén. Jesús se detuvo para enseñar y consolar al pequeño rebaño. Mientras tanto, el día amaneció radiante; su aflicción disminuyó, e incluso comenzaron a pensar que Jesús seguiría con ellos.

Llegaron nuevas multitudes de creyentes, pero no vi ninguna mujer entre ellos. Jesús volvió a tomar el camino que conducía al Monte Calvario y el Santo Sepulcro. Pero Él no lo siguió hasta esos lugares; Se dio la vuelta y rodeó la ciudad hacia el Monte de los Olivos. Algunos de los lugares en estos caminos, consagrados a la oración y santificados por las enseñanzas de Jesús, y que había sido devastados o cubiertos por los Judíos, fueron ahora restaurados por los discípulos. Encontraron las herramientas para su trabajo en los jardines de su camino. Recuerdo palas redondas que parecían nuestras palas para hornear en el horno.

Jesús se detuvo un rato con la multitud en un lugar muy fresco y hermoso cubierto con un hermoso pasto alto, me sorprendí al ver que no estaba pisoteado en ninguna parte. La multitud que rodeaba a Jesús aquí era tan grande que ya no podía contarlos. Jesús les habló un tiempo muy largo, como el que está a punto de cerrar su discurso y llegando a su fin. Sus oyentes adivinaron que la hora de la despedida estaba cerca, y sin embargo, no tenían idea de que el lapso que restaba iba a ser tan corto. El sol ya estaba alto, ya estaba muy por encima del horizonte...Jesús y sus seguidores se detuvieron aquí una hora entera. A esta hora la gente de Jerusalén estaban en alerta,

sorprendida por la multitud de personas que divisaban en torno al Monte de los Olivos. También fuera de la ciudad, las multitudes estaban brotando en bandadas. Consistían en todos los que habían ido al encuentro de Jesús el Domingo de Ramos. Los caminos estrechos pronto fueron atestados, aunque alrededor de Jesús y los suyos, el espacio se dejó libre.

El Señor fue solo para Getsemaní y desde el Jardín de los Olivos subió hasta la cumbre del monte. Él no puso un pie por el camino por el que Él que había sido arrestado. La multitud Le siguió como en una procesión, ascendiendo por los diferentes caminos que rodeaban el monte. Muchos incluso avanzaron a través de las vallas y setos del jardín. En cada instante Jesús brillaba con más intensidad y Sus movimientos se hicieron más rápidos. Los discípulos se apresuraron tras Él, pero era imposible adelantarse a Él. Cuando llegó a la cima de la montaña, Él estaba resplandeciente como un blanco rayo de sol. Un círculo brillante, destellando en todos los colores del arco iris, bajó del cielo alrededor de Él. La agolpada multitud se situó en un amplio círculo exterior, como fundiéndose con el círculo. El mismo Jesús brillaba todavía con más intensidad que Su aureola de gloria. Él puso la mano izquierda sobre su pecho y, levantando la derecha, giró lentamente, bendiciendo a todo el mundo. La multitud se quedó inmóvil. Vi que todos recibieron la bendición. Jesús no la dio con la mano abierta plana, como los rabinos, sino como los Obispos Cristianos. Con gran alegría sentí Su bendición al mundo entero.

Y ahora los rayos de luz desde arriba se unieron con la gloria que emanaba de Jesús, y Le vi desaparecer, disolviéndose en la luz del Cielo, desapareciendo mientras Él ascendía. Primero perdí de vista Su cabeza. Parecía como si un sol se perdía en otro, como si una llama entraba en otra, como si una chispa flotara suavemente hacia una llama. Era como si uno estuviera



mirando los esplendores completos del sol del mediodía, aunque esta luz era más blanca y más clara. Un día despejado en comparación con esto sería oscuro. En primer lugar, perdí de vista la cabeza de Jesús, luego todo Su cuerpo, y por último Sus pies, radiantes de luz, desaparecieron en la gloria celestial. Vi innumerables almas de todas partes entrando en esa luz y desapareciendo en las alturas con el Señor. No puedo decir que Le vi apareciendo cada vez más pequeño como algo volando hacia arriba en el aire, porque Él desapareció como si estuviera en una nube de luz.

Saliendo de esa nube, cayó sobre todos abajo algo así como el rocío, como una lluvia de luz, y cuando ya no podían soportar más el esplendor, quedaron sobrecogidos por el asombro y el terror. Los Apóstoles y los discípulos, que estaban más cerca de Jesús, fueron cegados por el resplandor deslumbrante. Se vieron obligados a bajar sus ojos, mientras que muchos se echaron postrados en sus rostros. La Santísima Virgen estaba de pie cerca detrás de ellos y mirando tranquilamente hacia delante.

Después de algunos momentos, cuando el esplendor comenzó a disminuir, toda la asamblea en profundo silencio -sus almas fluctuaban con variadas emociones- mirando fijamente hacia la luminosidad, que continuó visible durante mucho tiempo, vi dos figuras aparecer en esta luz. Se veían pequeñas al principio, pero parecían crecer más y más grandes a medida que descendían. Estaban vestidos con vestiduras blancas largas, y cada uno sujetaba un cayado en una mano. Parecían Profetas. Ellos se dirigieron a la multitud, sus voces resonaban fuerte y claro como trompetas. Me parecía que seguramente se podían escuchar en Jerusalén. No hicieron ningún movimiento, permanecieron completamente inmóviles, y hablaron algunas palabras.⁶⁰ Después de estas palabras, las figuras se desvanecieron. La luminosidad se quedó un rato más y luego desapareció como la luz del día retirándose antes de la oscuridad de la noche. Los discípulos estaban muy enajenados, porque ahora comprendían lo que les había sucedido. El Señor los había dejado y se había ido a su Padre Celestial! Muchos, aturdidos por el dolor y el asombro, cayeron a tierra. Cuando el resplandor se había extinguido del todo, se levantaron de nuevo, y los demás se reunieron alrededor de ellos. Formaron grupos, la Santísima Virgen se adelantó, y así permanecieron durante algún tiempo recuperándose a sí mismos, hablando juntos y mirando hacia arriba. Por fin, los Apóstoles y los discípulos se fueron a la casa de la Última Cena, y la Santísima Virgen los siguió. Algunos lloraban como niños que se niegan a ser consolados, otros se perdieron en sus pensamientos. La Santísima Virgen, Pedro y Juan estaban muy calmos y llenos de consuelo. Vi, sin embargo, algunos entre los diferentes grupos que permanecieron impasibles, no creyentes, y llenos de dudas. Ellos abandonaron el resto.

En la cima del Monte de los Olivos, de la que Jesús ascendió, había una roca aplanada. En ella Él estuvo dirigiéndose a la multitud antes de que Él los bendijera y la nube de luz Le recibiera. Sus pisadas quedaron impresas en la piedra, y en otra la

⁶⁰ Hch (1,10-11)

marca de una mano de la Santísima Virgen. Era pasado el mediodía cuando la multitud se dispersó por completo."

Esa última bendición que recibieron todos, que fue realizada girando lentamente para todo el mundo, Jesús quiere que también nos alcance a nosotros al venerar la imagen: nos unimos a esa multitud que rodeaba a Jesús en el Monte de los Olivos.

Sobre la misericordia que justifica y da vida a las almas nos dice San Juan Pablo II: "*La Iglesia vive una vida auténtica, cuando profesa y proclama la misericordia—el atributo más estupendo del Creador y del Redentor—y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador, de las que es depositaria y dispensadora. En este ámbito tiene un gran significado la meditación constante de la palabra de Dios, y sobre todo la participación consciente y madura en la Eucaristía y en el sacramento de la penitencia o reconciliación. La Eucaristía nos acerca siempre a aquel amor que es más fuerte que la muerte: en efecto, «cada vez que comemos de este pan o bebemos de este cáliz», no sólo anunciamos la muerte del Redentor, sino que además proclamamos su resurrección, mientras esperamos su venida en la gloria. El mismo rito eucarístico, celebrado en memoria de quien en su misión mesiánica nos ha revelado al Padre, por medio de la palabra y de la cruz, atestigua el amor inagotable, en virtud del cual desea siempre El unirse e identificarse con nosotros, saliendo al encuentro de todos los corazones humanos. Es el sacramento de la penitencia o reconciliación el que allana el camino a cada uno, incluso cuando se siente bajo el peso de grandes culpas. En este sacramento cada hombre puede experimentar de manera singular la misericordia, es decir, el amor que es más fuerte que el pecado...*

Precisamente porque existe el pecado en el mundo, al que «Dios amó tanto... que dio a su Hijo unigénito», Dios que «es amor» *no puede revelarse de otro modo si no es como misericordia. Esta corresponde no sólo con la verdad más profunda de ese amor que es Dios, sino también con la verdad interior del hombre y del mundo que es su patria temporal.*

La misericordia en sí misma, en cuanto perfección de Dios infinito es también infinita. Infinita pues e inagotable es la prontitud del Padre en acoger a los hijos pródigos que vuelven a casa. *Son infinitas la prontitud y la fuerza del perdón que brotan continuamente del valor admirable del sacrificio de su Hijo. No hay pecado humano que prevalezca por encima de esta fuerza y ni siquiera que la limite. Por parte del hombre puede limitarla únicamente la falta de buena voluntad, la falta de prontitud en la conversión y en la penitencia, es decir, su perdurar en la obstinación, oponiéndose a la gracia y a la verdad especialmente frente al testimonio de la cruz y de la resurrección de Cristo.*

Por tanto, la Iglesia profesa y proclama la conversión. La conversión a Dios consiste siempre en descubrir su misericordia, es decir, ese amor que es paciente y benigno a medida del Creador y Padre: el amor, al que «Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo» es fiel hasta las últimas consecuencias en la historia de la alianza con el

hombre: hasta la cruz, hasta la muerte y la resurrección de su Hijo. La conversión a Dios es siempre fruto del «reencuentro» de este Padre, rico en misericordia.

El auténtico conocimiento de Dios, Dios de la misericordia y del amor benigno, es una constante e inagotable fuente de conversión, no solamente como momentáneo acto interior, sino también como disposición estable, como estado de ánimo. Quienes llegan a conocer de este modo a Dios, quienes lo «ven» así, no pueden vivir sino convirtiéndose sin cesar a Él. Viven pues *in statu conversionis*; es este estado el que traza la componente más profunda de la peregrinación de todo hombre por la tierra *in statu viatoris*⁶¹

Vinculado a la justificación de las almas nos dice Santa Faustina: "Deseo que los sacerdotes proclamen esta gran misericordia que tengo con las almas pecadoras. Que el pecador no tenga miedo de acercarse a Mí. Me queman las llamas de la misericordia, deseo derramarlas sobre las almas humanas.⁶² Que ningún alma tema acercarse a Mí, aunque sus pecados sean como escarlata. Mi misericordia es tan grande que en toda la eternidad no la penetrará ningún intelecto humano ni angélico. Todo lo que existe ha salido de las entrañas de Mi misericordia. Cada alma respecto a mí, por toda la eternidad meditará Mi amor y Mi misericordia.⁶³ En cada alma cumplo la obra de la misericordia, y cuanto más grande es el pecador, tanto más grande es el derecho que tiene a Mi misericordia. Cada obra de Mis manos comprueba Mi misericordia. Quien confía en Mi misericordia no perecerá porque todos sus asuntos son Míos y los enemigos se estrellarán a los pies de Mi escabel.⁶⁴ Jesús me dijo amablemente: Hija, dame tu miseria porque es tu propiedad exclusiva. En ese momento un rayo de luz iluminó mi alma y conocí todo el abismo de mi miseria.⁶⁵ Di a las almas que es en el tribunal de la misericordia donde han de buscar consuelo; allí tienen lugar los milagros más grandes y se repiten incesantemente. Para obtener este milagro no hay que hacer una peregrinación lejana ni celebrar algunos ritos exteriores, sino que basta acercarse con fe a los pies de Mi representante y confesarle con fe su miseria y el milagro de la Misericordia de Dios se manifestará en toda su plenitud. Aunque un alma fuera como un cadáver descomponiéndose de tal manera que desde el punto de vista humano no existiera esperanza alguna de restauración y todo estuviese ya perdido. No es así para Dios. El milagro de la Divina Misericordia restaura a esa alma en toda su plenitud. Oh infelices que no disfrutan de este milagro de la Divina Misericordia; lo pedirán en vano cuando sea demasiado tarde.⁶⁶ Niña mía, has de saber que el mayor obstáculo para la santidad es el desaliento y la inquietud injustificada que te quitan la posibilidad de ejercitarte en las virtudes. Todas las tentaciones juntas no deberían ni por un instante turbar tu paz interior y la irritabilidad y el desánimo son los frutos de tu amor propio. No debes desanimarte sino procurar

⁶¹ Encíclica Dives in Misericordia VII.13, 30 de noviembre 1980

⁶² Diario de Santa Faustina Kowalska #50

⁶³ *Ibíd.* #699

⁶⁴ *Ibíd.* #723

⁶⁵ *Ibíd.* #1318

⁶⁶ *Ibíd.* #1448

que Mi amor reine en lugar de tu amor propio. Por lo tanto, confianza, niña Mía; no debes desanimarte, [sino que] venir a Mí para pedir perdón, porque Yo estoy siempre dispuesto a perdonarte. Cada vez que Me lo pides, glorificas Mi misericordia.⁶⁷ Cuando te acercas a la confesión, a esta Fuente de Mi Misericordia, siempre fluye sobre tu alma la Sangre y el Agua que brotó de Mi Corazón y ennoblece tu alma. Cada vez que vas a confesarte, sumérgete toda en Mi misericordia con gran confianza para que pueda derramar sobre tu alma la generosidad de Mi gracia. Cuando te acercas a la confesión debes saber que Yo Mismo te espero en el confesionario, sólo que estoy oculto en el sacerdote, pero Yo Mismo actúo en tu alma. Aquí la miseria del alma se encuentra con Dios de la misericordia. Di a las almas que de esta Fuente de la Misericordia las almas sacan gracias exclusivamente con el recipiente de confianza. Si su confianza es grande, Mi generosidad no conocerá límites. Los torrentes de Mi gracia inundan las almas humildes. Los soberbios permanecen siempre en pobreza y miseria, porque Mi gracia se aleja de ellos dirigiéndose hacia los humildes.⁶⁸

San Juan María Vianney (cura de Ars), dijo una frase en el siglo XIX de gran sabiduría: "Cuando el sacerdote da la absolución, no hay que pensar más que en una cosa: que la sangre del Buen Dios corre por nuestra alma lavándola, purificándola, y volviéndola bella como era después del bautismo".

Vinculado a dar vida a las almas nos dice Santa Faustina: "Oh Santa Hostia, en la que está encerrado el testamento de la Divina Misericordia para nosotros y, especialmente, para los pobres pecadores.

Oh Santa Hostia, en [la que] está oculto el Cuerpo y la Sangre del Señor Jesús como testimonio de la infinita misericordia hacia nosotros y, especialmente, hacia los pobres pecadores.

Oh Santa Hostia, que contiene la vida eterna que [de] la infinita misericordia es donada en abundancia a nosotros y, especialmente, a los pobres pecadores.

Oh Santa Hostia, en la que está la misericordia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo hacia nosotros y, especialmente, a los pobres pecadores.

Oh Santa Hostia, en la que está encerrado el precio infinito de la misericordia, que compensará todas las deudas y, especialmente, la de los pobres pecadores.

Oh Santa Hostia, en la que encierra la fuente de agua viva que brota de la infinita misericordia hacia nosotros y, especialmente, para los pobres pecadores.

Oh Santa Hostia, en la que está encerrado el fuego del amor purísimo que arde del seno del Padre Eterno, como del abismo de la infinita misericordia para nosotros y, especialmente, para los pobres pecadores.

⁶⁷ Ibíd. #1488

⁶⁸ Ibíd. #1602

Oh Santa Hostia, en la que está guardado el remedio para todas nuestras debilidades, [remedio] que mana de la infinita misericordia, como de una fuente para nosotros y, especialmente, para los pobres pecadores.

Oh Santa Hostia, en la que está encerrado el vínculo de unión entre Dios y nosotros, gracias a la infinita misericordia para nosotros y, especialmente, para los pobres pecadores.⁶⁹

Deseo unirme a las almas humanas. Mi gran deleite es unirme con las almas. Has de saber, hija Mía, que cuando llego a un corazón humano en la Santa Comunión, tengo las manos llenas de toda clase de gracias y deseo dárselas al alma, pero las almas ni siquiera Me prestan atención, Me dejan solo y se ocupan de otras cosas. Oh, qué triste es para Mí que las almas no reconozcan al Amor. Me tratan como cosa muerta.⁷⁰ Oh, cuánto Me duele que muy rara vez las almas se unan a Mí en la Santa Comunión. Espero a las almas y ellas son indiferentes a Mí. Las amo con tanta ternura y sinceridad y ellas desconfían de Mí. Deseo colmarlas de gracias y ellas no quieren aceptarlas. Me tratan como cosa muerta, mientras que Mí corazón está lleno de Amor y Misericordia.⁷¹ La vida eterna debe iniciarse ya aquí en la tierra a través de la Santa Comunión. Cada Santa Comunión te hace más capaz para la comunión con Dios por toda la eternidad."⁷²

San Juan nos regala el capítulo sexto de su evangelio para meditar en profundidad a Jesús como Pan de Vida. Sólo quiero aquí mencionar esta breve cita: **“El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él”** Jn(16,56).

Cuando se creó en el siglo XIII la solemnidad de Corpus Christi, se compuso la bellísima secuencia "Lauda Sion Salvatorem" que explica la doctrina del Santísimo Sacramento. De la misma quiero compartir un breve pero conmovedor trozo: "Que la alabanza sea de todo corazón, sonora, gozosa, bella, con el alma jubilosa".

⁶⁹ Ibíd. #356

⁷⁰ Ibíd. #1385

⁷¹ Ibíd. #1447

⁷² Ibíd. #1810

Resucitando a la confianza del Amor Divino

Jesús hace de la misericordia uno de los temas principales de su predicación. En particular enseña sobre ella con parábolas. Quisiera detenerme aquí en la parábola del hijo perdido, el derrochador, conocida como la parábola del "hijo pródigo": **«Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo al padre: 'Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde.' Y él les repartió la hacienda. Pocos días después el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino.**

«Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba. Y entrando en sí mismo, dijo: '¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros.' Y, levantándose, partió hacia su padre.

«Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. El hijo le dijo: 'Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo.' Pero el padre dijo a sus siervos: 'Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponedle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado.' Y comenzaron la fiesta.

«Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Él le dijo: 'Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el novillo cebado, porque le ha recobrado sano.' Él se irritó y no quería entrar. Salió su padre, y le suplicaba. Pero él replicó a su padre: 'Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; y ¡ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!'

«Pero él le dijo: 'Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado'»" Lc (15,11-32).

Las reflexiones de San Juan Pablo II de esta parábola son de una gran sabiduría: "El patrimonio que aquel tal había recibido de su padre era un recurso de bienes materiales, pero más importante que estos bienes materiales era *su dignidad de hijo en la casa paterna*. La situación en que llegó a encontrarse cuando ya había perdido

los bienes materiales, le debía hacer consciente, por necesidad, de la pérdida de esa dignidad...

En la parábola del hijo pródigo no se utiliza, ni siquiera una sola vez, el término «justicia»; como tampoco, en el texto original, se usa la palabra «misericordia»; sin embargo, *la relación de la justicia con el amor, que se manifiesta como misericordia* está inscrito con gran precisión en el contenido de la parábola evangélica. Se hace más obvio que el amor se transforma en misericordia, cuando hay que superar la norma precisa de la justicia: precisa y a veces demasiado estrecha. El hijo pródigo, consumadas las riquezas recibidas de su padre, merece —a su vuelta— ganarse la vida trabajando como jornalero en la casa paterna y eventualmente conseguir poco a poco una cierta provisión de bienes materiales; pero quizá nunca en tanta cantidad como había malgastado. Tales serían las exigencias del orden de la justicia; tanto más cuanto que aquel hijo no sólo había disipado la parte de patrimonio que le correspondía, sino que además *había tocado en lo más vivo y había ofendido a su padre* con su conducta. Esta, que a su juicio le había desposeído de la dignidad filial, no podía ser indiferente a su padre; debía hacerle sufrir y en algún modo incluso implicarlo. Pero en fin de cuentas se trataba del propio hijo y tal relación no podía ser alienada, ni destruida por ningún comportamiento. El hijo pródigo era consciente de ello y es precisamente tal conciencia lo que le muestra con claridad la dignidad perdida y lo que le hace valorar con rectitud el puesto que podía corresponderle aún en casa de su padre...

El padre del hijo pródigo es *fiel a su paternidad, fiel al amor* que desde siempre sentía por su hijo. Tal fidelidad se expresa en la parábola no sólo con la inmediata prontitud en acogerlo cuando vuelve a casa después de haber malgastado el patrimonio; se expresa aún más plenamente con aquella alegría, con aquel aire festivo tan generoso respecto al disipador después de su vuelta, de tal manera que suscita contrariedad y envidia en el hermano mayor, quien no se había alejado nunca del padre ni había abandonado la casa.

La fidelidad a sí mismo por parte del padre —un comportamiento ya conocido por el término veterotestamentario «*hesed*»— es expresada al mismo tiempo de manera singularmente impregnada de amor. Leemos en efecto que cuando el padre divisó de lejos al hijo pródigo que volvía a casa, « le salió *conmovido* al encuentro, le echó los brazos al cuello y lo besó ». Está obrando ciertamente a impulsos de un profundo afecto, lo cual explica también su generosidad hacia el hijo, aquella generosidad que indignará tanto al hijo mayor. Sin embargo las causas de la conmoción hay que buscarlas más en profundidad. Sí, el padre es consciente de que se ha salvado un bien fundamental: el bien de la humanidad de su hijo. Si bien éste había malgastado el patrimonio, *no obstante ha quedado a salvo su humanidad. Es más, ésta ha sido de algún modo encontrada* de nuevo. Lo dicen las palabras dirigidas por el padre al hijo mayor: « Había que hacer fiesta y alegrarse porque este hermano tuyo había muerto y ha resucitado, se había perdido y ha sido hallado ». En el mismo capítulo XV del evangelio de san Lucas, leemos la parábola de la oveja extraviada y sucesivamente de la dracma perdida. Se pone siempre de relieve la misma alegría,

presente en el caso del hijo pródigo. La fidelidad del padre a sí mismo está totalmente centrada en la humanidad del hijo perdido, en su dignidad. Así se explica ante todo la alegre conmoción por su vuelta a casa.

Prosiguiendo, se puede decir por tanto que el amor hacia el hijo, el amor que brota de la esencia misma de la paternidad, obliga en cierto sentido al padre a tener solicitud por la dignidad del hijo. Esta solicitud constituye la medida de su amor, como escribirá san Pablo: «La caridad es paciente, es benigna..., no es interesada, no se irrita..., no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad..., todo lo espera, todo lo tolera» y «no pasa jamás». La misericordia —tal como Cristo nos la ha presentado en la parábola del hijo pródigo— *tiene la forma interior del amor*, que en el Nuevo Testamento se llama *agapé*. Tal amor es capaz de inclinarse hacia todo hijo pródigo, toda miseria humana y singularmente hacia toda miseria moral o pecado. Cuando esto ocurre, el que es objeto de misericordia no se siente humillado, sino como hallado de nuevo y «revalorizado». El padre le manifiesta, particularmente, su alegría por haber sido «hallado de nuevo» y por «haber resucitado». Esta alegría indica un bien inviolado: un hijo, por más que sea pródigo, no deja de ser hijo real de su padre; indica además un bien hallado de nuevo, que en el caso del hijo pródigo fue la vuelta a la verdad de sí mismo...

La parábola del hijo pródigo demuestra cuán *diversa* es la realidad: la relación de misericordia se funda en la común experiencia de aquel bien que es el hombre, sobre la común experiencia de la dignidad que le es propia. Esta experiencia común hace que el hijo pródigo comience a verse a sí mismo y sus acciones con toda verdad (semejante visión en la verdad es auténtica humildad); en cambio para el padre, y precisamente por esto, el hijo se convierte en un bien particular: el padre ve el bien que se ha realizado con una claridad tan límpida, gracias a una irradiación misteriosa de la verdad y del amor, que parece olvidarse de todo el mal que el hijo había cometido.

La parábola del hijo pródigo expresa de manera sencilla, pero profunda *la realidad de la conversión*. Esta es la expresión más concreta de la obra del amor y de la presencia de la misericordia en el mundo humano. El significado verdadero y propio de la misericordia en el mundo no consiste únicamente en la mirada, aunque sea la más penetrante y compasiva, dirigida al mal moral, físico o material: la misericordia se manifiesta en su aspecto verdadero y propio, cuando revalida, promueve y *extrae el bien de todas las formas de mal* existentes en el mundo y en el hombre. Así entendida, constituye el contenido fundamental del mensaje mesiánico de Cristo y la fuerza constitutiva de su misión. Así entendían también y practicaban la misericordia sus discípulos y seguidores. Ella no cesó nunca de revelarse en sus corazones y en sus acciones, como una prueba singularmente creadora del amor que no se deja «vencer por el mal», sino que «vence con el bien al mal».⁷³

⁷³ Encíclica *Dives in Misericordia* IV, 30 de noviembre 1980

Me pregunto si nosotros no somos a veces como el hermano mayor que no entiende el amor misericordioso del padre, y estamos prontos para juzgar y condenar a nuestro hermano. Nos dice Santa Faustina: "Nos ofreces la oportunidad de ejercitarnos en las obras de misericordia y nosotros nos ejercitamos en los juicios."⁷⁴ El problema es que si juzgamos apresuradamente nos quitamos toda posibilidad de comprender al prójimo, anulamos nuestra capacidad de compasión. Quizás el profeta Jonás había juzgado y condenado a Nínive interiormente, ya que se disgusta porque Yahveh se arrepiente de destruir Nínive: **"Jonás, se disgustó mucho por esto y se irritó; y oró a Yahveh diciendo: «¡Ah, Yahveh!, ¿no es esto lo que yo decía cuando estaba todavía en mi tierra? Fue por eso por lo que me apresuré a huir a Tarsis. Porque bien sabía yo que tú eres un Dios clemente y misericordioso, tardo a la cólera y rico en amor, que se arrepiente del mal. Y ahora, Yahveh, te suplico que me quites la vida, porque mejor me es la muerte que la vida.» Mas Yahveh dijo: «¿Te parece bien irritarte?»**

Salió Jonás de la ciudad y se sentó al oriente de la ciudad; allí se hizo una cabaña bajo la cual se sentó a la sombra, hasta ver qué sucedía en la ciudad. Entonces Yahveh Dios dispuso una planta de ricino que creciese por encima de Jonás para dar sombra a su cabeza y librarle así de su mal. Jonás se puso muy contento por aquel ricino. Pero al día siguiente, al rayar el alba, Yahveh mandó a un gusano, y el gusano picó al ricino, que se secó. Y al salir el sol, mandó Dios un sofocante viento solano. El sol hirió la cabeza de Jonás, y éste se desvaneció; se deseó la muerte y dijo: «¡Mejor me es la muerte que la vida!» Entonces Dios dijo a Jonás: «¿Te parece bien irritarte por ese ricino?» Respondió: «¡Sí, me parece bien irritarme hasta la muerte!» Y Yahveh dijo: «Tú tienes lástima de un ricino por el que nada te fatigaste, que no hiciste tú crecer, que en el término de una noche fue y en el término de una noche feneció. ¿Y no voy a tener lástima yo de Nínive, la gran ciudad, en la que hay más de ciento veinte mil personas que no distinguen su derecha de su izquierda, y una gran cantidad de animales?»" Jon (4,1-11).

San Juan Pablo II hace un análisis muy interesante sobre las expresiones utilizadas en los Libros del Antiguo Testamento para referirse a la misericordia:

"Al definir la misericordia los Libros del Antiguo Testamento usan sobre todo dos expresiones, cada una de las cuales tiene un matiz semántico distinto. Ante todo está el término *hesed*, que indica una actitud profunda de «bondad». Cuando esa actitud se da entre dos hombres, éstos son no solamente benévolos el uno con el otro, sino al mismo tiempo recíprocamente fieles en virtud de un compromiso interior, por tanto también en virtud de una fidelidad hacia sí mismos. Si además *hesed* significa también «gracia» o «amor», esto es precisamente en base a tal fidelidad...

El segundo vocablo, que en la terminología del Antiguo Testamento sirve para definir la misericordia, es *rah mim*. Este tiene un matiz distinto del *hesed*. Mientras éste pone

⁷⁴ Diario de Santa Faustina Kowalska #1269

en evidencia los caracteres de la fidelidad hacia sí mismo y de la «responsabilidad del propio amor» (que son caracteres en cierto modo masculinos), *rah min*, ya en su raíz, denota el amor de la madre (*rehem* = regazo materno). Desde el vínculo más profundo y originario, mejor, desde la unidad que liga a la madre con el niño, brota una relación particular con él, un amor particular. Se puede decir que este amor es totalmente gratuito, no fruto de mérito, y que bajo este aspecto constituye una necesidad interior: es una exigencia del corazón. Es una variante casi «femenina» de la fidelidad masculina a sí mismo, expresada en el *hesed*. Sobre ese trasfondo psicológico, *rah mim* engendra una escala de sentimientos, entre los que están la bondad y la ternura, la paciencia y la comprensión, es decir, la disposición a perdonar...

Además de estos elementos semánticos fundamentales, el concepto de misericordia en el Antiguo Testamento está compuesto también por lo que encierra el verbo *hamal*, que literalmente significa «perdonar (al enemigo vencido)», pero también «manifestar piedad y compasión» y, como consecuencia, perdón y remisión de la culpa. También el término *hus* expresa piedad y compasión, pero sobre todo en sentido afectivo.⁷⁵

En un momento turbulento de mi vida, cuando los acontecimientos me parecían muy adversos, acudí a un retiro de silencio. Y recibí la convicción de que nada me podía separar del amor de Dios. Cuando compartí esta consolación, me recordaron lo que dice San Pablo: **"Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor"** Rm (8,38-39) Esta consolación me trajo la paz, como la que menciona el Salmo **"mantengo mi alma en paz y silencio como niño destetado en el regazo de su madre"**⁷⁶ Pero no nos tenemos que olvidar que nosotros mismos sí podemos separarnos de Él: si le damos la espalda voluntariamente, si dejamos de creer, si dejamos de confiar, si dejamos de abandonarnos a Él. Para resucitar a la confianza filial del amor divino, tenemos que tener el propósito de conocer ese amor de Dios, conocerlo de cerca, experimentarlo: aprender a amar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. No es un tema intelectual ni afectivo solamente, es abrir el corazón a la gracia del Espíritu Santo para comenzar a ser uno en Dios, abrazarnos en comunión con Él, y pasar de hablar de "yo" a hablar de "nosotros" en una relación íntima. ¿Estamos convencidos porque lo vivimos en carne propia de que el amor de Dios está lleno de bondad, de benevolencia, es fiel, es gratuito, está lleno de ternura, de dulzura, de compasión, de acogida, de apertura, de encuentro, de paciencia y comprensión, siempre dispuesto a perdonar?

Queremos resucitar a Tu amor, y por eso, de todo corazón, nos unimos con Santa Faustina Kowalska en esta breve pero poderosa oración: "Te ruego una cosa: Haz mi corazón capaz de amarte."⁷⁷

⁷⁵ Encíclica Dives in Misericordia, nota 52, 30 de noviembre de 1980

⁷⁶ Sal (131,2)

⁷⁷ Diario de Santa Faustina Kowalska, #587

El paciente mar de la Misericordia

Cuando la gente se pregunta por qué Dios permite que existan las guerras, todo el mal y las atrocidades que se ven a diario, siempre me viene esta respuesta: porque Dios es paciente con nosotros y nos está esperando con los brazos abiertos. A nosotros nos urge la justicia, pero Dios pacientemente nos sale al encuentro con misericordia para darnos la oportunidad de arrepentirnos y convertirnos para alcanzar la vida eterna. La Biblia es muy insistente en este punto, a modo de ejemplo: “**¿Acaso me complazco yo en la muerte del malvado –oráculo del Señor Yahveh- y no más bien en que se convierta de su conducta y viva?**” (Ez 18,23); “**Te compadeces de todos porque todo lo puedes y disimulas los pecados de los hombres para que se arrepientan**” (Sb 11,23); “**No se retrasa el Señor en el cumplimiento de la promesa, como algunos lo suponen, sino que usa de paciencia con vosotros, no queriendo que algunos perezcan, sino que todos lleguen a la conversión**” (2 P 3,9). Pacientemente esperó Dios por casi 4.000 años el momento oportuno para rescatarnos de la caída de Adán, y tenemos que alegrarnos como la Virgen María de que “**su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen**”⁷⁸ y de que también nosotros podamos llegar a acoger a Jesús en nuestro corazón: “Cada uno debe tener el alma de María para proclamar la grandeza del Señor, cada uno debe tener el espíritu de María para alegrarse en Dios. Aunque, según la carne, sólo hay una madre de Cristo, según la fe todas las almas engendran a Cristo, pues cada una acoge en sí al Verbo de Dios... El alma de María proclama la grandeza del Señor, y su espíritu se alegra en Dios, porque, consagrada con el alma y el espíritu al Padre y al Hijo, adora con devoto afecto a un solo Dios, del que todo proviene, y a un solo Señor, en virtud del cual existen todas las cosas”.⁷⁹

Esta espera amorosa por el pecador, Jesús la explica muy claramente a través de Santa Faustina: “Soy santo, tres veces Santo y siento aversión por el menor pecado. No puedo amar al alma manchada por el pecado, pero cuando se arrepiente, entonces Mi generosidad para ella no conoce límites. Mi misericordia la abraza y justifica. Persigo a los pecadores con Mi misericordia en todos sus caminos y Mi Corazón se alegra cuando ellos vuelven a Mí. Olvido las amarguras que dieron a beber a Mi Corazón y Me alegro de su retorno. Di a los pecadores que ninguno escapará de Mis manos. Si huyen de Mi Corazón misericordioso, caerán en Mis manos justas. Di a los pecadores que siempre los espero, escucho atentamente el latir de sus corazones [para saber] cuándo latirán para Mí. Escribe que les hablo a través de los remordimientos de conciencia, a través de los fracasos y los sufrimientos, a través de

⁷⁸ Lc (1,50)

⁷⁹ San Ambrosio, *Esposizione del Vangelo secondo Luca*, 2, 26-27: SAEMO, XI, Milán-Roma 1978, p. 169

las tormentas y los rayos, hablo con la voz de la Iglesia y si frustran todas Mis gracias, Me molesto con ellos dejándoles a sí mismos y les doy lo que desean."⁸⁰

He tenido la oportunidad de conocer personas para las que el pecado que cometieron no tiene perdón, porque es muy grande. No se dan cuenta que la Misericordia Divina es infinitamente más grande que el mayor de los pecados. Este diálogo de Dios misericordioso con el alma pecadora que nos dejó Santa Faustina es muy iluminador: "-Jesús: No tengas miedo, alma pecadora, de tu Salvador; Yo soy el primero en acercarme a ti, porque sé que por ti misma no eres capaz de ascender hacia Mí. No huyas, hija, de tu Padre; desea hablar a solas con tu Dios de la Misericordia que quiere decirte personalmente las palabras de perdón y colmarto de Sus gracias. Oh, cuánto Me es querida tu alma. Te he asentado en Mis brazos. Y te has grabado como una profunda herida en Mi Corazón.

- El alma: Señor, oigo Tu voz que me llama a abandonar el mal camino, pero no tengo ni valor ni fuerza.

- Jesús: Yo soy tu fuerza, Yo te daré fuerza para luchar.

- El alma: Señor, conozco Tu santidad y tengo miedo de Ti.

-Jesús: ¿Por qué tienes miedo, hija Mía, del Dios de la Misericordia? Mi santidad no Me impide ser misericordioso contigo. Mira, alma, por ti he instituido el trono de la misericordia en la tierra y este trono es el tabernáculo y de este trono de la misericordia deseo bajar a tu corazón. Mira, no Me he rodeado ni de séquito ni de guardias, tienes el acceso a Mí en cualquier momento, a cualquier hora del día deseo hablar contigo y deseo concederte gracias.

- El alma: Señor, temo que no me perdones un número tan grande de pecados; mi miseria me llena de temor.

-Jesús: Mi misericordia es más grande que tu miseria y la del mundo entero. ¿Quién ha medido mi bondad? Por ti bajé del cielo a la tierra, por ti dejé clavarme en la cruz, por ti permití que Mi Sagrado Corazón fuera abierto por una lanza, y abrí la Fuente de la Misericordia para ti. Ven y toma las gracias de esta fuente con el recipiente de la confianza. Jamás rechazaré un corazón arrepentido, tu miseria se ha hundido en el abismo de Mi misericordia. ¿Por qué habrías de disputar Conmigo sobre tu miseria? Hazme el favor, dame todas tus penas y toda tu miseria y Yo te colmaré de los tesoros de Mis gracias."⁸¹ A veces nos olvidamos que los grandes profetas y santos, elegidos de Dios, también fueron pecadores en su momento: Moisés mató a un egipcio, Santa María Magdalena supo ser pecadora pública y San Pablo fue perseguidor de los cristianos. El Papa Francisco tiene una expresión muy querida por él: «el lugar privilegiado para el encuentro con Cristo son los propios pecados», en cuanto «reconocer los pecados, nuestra miseria, reconocer lo que somos y lo que somos

⁸⁰ Ibíd. #1728

⁸¹ Ibíd. #1485

capaces de hacer o hemos hecho es la puerta que se abre a la caricia de Jesús, al perdón de Jesús»⁸².

Jesús siempre quiere darnos una nueva oportunidad para nuestro arrepentimiento y conversión, pero para alcanzar la misericordia tenemos que darle nuestra confianza, confiar en su bondad y generosidad. Tenemos que desandar el camino de la desconfianza de Adán y Eva en el pecado original, que nos separa y no deja actuar a Jesús, como le pasó en Nazaret donde casi no pudo realizar milagros. Jesús nos da muchos mensajes sobre este punto a través de Santa Faustina: "Para que cada alma exalte Mi bondad. Deseo la confianza de Mis criaturas, invita a las almas a una gran confianza en Mi misericordia insondable. Que no tema acercarse a Mí el alma débil, pecadora y aunque tuviera más pecados que granos de arena hay en la tierra, se hundirá en el abismo de Mi misericordia.⁸³; Tu miseria no es un obstáculo para Mi misericordia, Hija Mía, escribe que cuanto más grande es la miseria de un alma tanto más grande es el derecho que tiene a Mi misericordia e [invita] a todas las almas a confiar en el inconcebible abismo de Mi misericordia, porque deseo salvarlas a todas. En la cruz, la Fuente de Mi Misericordia fue abierta de par en par por la lanza para todas las almas, no he excluido a ninguna.⁸⁴; He abierto Mi Corazón como una Fuente viva de Misericordia. Que todas las almas tomen vida de ella. Que se acerquen con gran confianza a este mar de misericordia. Los pecadores obtendrán la justificación y los justos serán fortalecidos en el bien. Al que haya depositado su confianza en Mi misericordia, en la hora de la muerte le colmaré el alma con Mi paz divina.⁸⁵; Que las almas que tienden a la perfección adoren especialmente Mi misericordia, porque la abundancia de gracias que les concedo proviene de Mi misericordia. Deseo que estas almas se distingan por una confianza sin límites en Mi misericordia. Yo Mismo Me ocupo de la santificación de estas almas, les daré todo lo que sea necesario para su santidad. Las gracias de Mi misericordia se toman de un solo recipiente y éste es la confianza. Cuanto más confíe un alma, tanto más recibirá. Las almas que confían sin límites son Mi gran consuelo, porque en tales almas vierto todos los tesoros de Mis gracias. Me alegro de que pidan mucho, porque Mi deseo es dar mucho, muchísimo. Me pongo triste, en cambio, si las almas piden poco, estrechan sus corazones."⁸⁶

Aún a las personas que le han dado la espalda a Dios toda su vida, Dios les da una última, paciente, generosa, amorosa oportunidad. Santa Faustina nos dejó este relato que me emociona cada vez que lo leo: "La Divina Misericordia alcanza al pecador a veces en el último momento, de modo particular y misterioso. Por fuera parece como si todo estuviera perdido, pero no es así; el alma iluminada por un rayo de la fuerte, y última, gracia divina, se dirige a Dios en el último momento con tanta fuerza de amor que en ese último momento obtiene de Dios [el perdón] de las culpas y de las penas, sin darnos, por fuera, alguna señal de arrepentimiento o de contrición, porque ya no

⁸² El Perfume de la Pecadora, Homilía del Papa Francisco, 18 de septiembre de 2014.

⁸³ *Ibíd.* #1059

⁸⁴ *Ibíd.* #1182

⁸⁵ *Ibíd.* #1520

⁸⁶ *Ibíd.* #1578

reacciona a las cosas exteriores. Oh qué insondable es la Divina Misericordia. Pero, ¡qué horror! también hay almas que rechazan voluntaria y conscientemente esta gracia y la desprecian. Aún en la agonía misma Dios misericordioso da al alma un momento de lucidez interior y si el alma quiere, tiene la posibilidad de volver a Dios. Pero, a veces, en las almas hay una dureza tan grande que conscientemente eligen el infierno; frustran todas las oraciones que otras almas elevan a Dios por ellas e incluso los mismos esfuerzos de Dios..."⁸⁷

Jesús intentó el arrepentimiento y la conversión de su apóstol Judas Iscariote hasta último momento. Veamos las visiones de Emmerick cuando Jesús le lava los pies a Judas Iscariote: "Cuando Jesús lavó los pies de Judas, fue de la manera más conmovedora y cariñosa. Él los apretó contra Su mejilla y en voz baja lo invitó a entrar en sí mismo, porque le había sido infiel y un traidor durante este último año. Pero Judas parecía no darse cuenta, y le dirigió algunas palabras a Juan. Esto despertó la ira de Pedro, y éste exclamó: '¡Judas, el Maestro te está hablando!' Entonces Judas hizo un comentario algo vago, evasivo, tal como: '¡Señor, lejos esté de mí!'.

Las palabras de Jesús a Judas habían pasado desapercibidas por los demás Apóstoles, porque Él habló en voz baja, y ellos no lo oyeron. Estaban, además, ocupados poniéndose sus sandalias. La traición de Judas le causó a Jesús más dolor que cualquier otra parte de su Pasión."

Parecería como que Judas no se abrió al amor misericordioso de Jesús, como que lo ignoró, cegado por el propósito de entregarle, en vez de sentirse conmovido por la ternura de Jesús. Se distrajo dirigiéndole unas palabras a Juan. Pero, sabemos que es fundamental dejarse amar por Jesús. Basta recordar la respuesta de Jesús a Pedro cuando éste le dice **"No me lavarás los pies jamás": "Si no te lavo, no tienes parte conmigo"**⁸⁸ Para entrar en comunión con Dios y participar en la construcción de su Reino, para tener vida eterna, para llegar a ser Uno con Dios, debemos abrir nuestro corazón y dejarnos amar por Él, ser transformados por Él en instrumentos suyos. Esta actitud de Judas, me recuerda a la caída de Adán: Dios deja de ser el centro, como que el ser humano deja de confiar en Él para confiar en su amor propio, en su ego: la soberbia no permite que el amor misericordioso de Dios actúe.

Toda la vida de Jesús son actos misericordiosos: anuncia la buena nueva a los pobres, venda los corazones rotos, pregona a los cautivos la liberación y a los reclusos la libertad, devuelve la vista los ciegos, los cojos vuelven a andar, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan. Y esta misericordia de Jesús, no siempre es correspondida por el hombre, ni logra su conversión. Quizás el pasaje paradigmático de este drama es el siguiente de Lucas: **"Y sucedió que, de camino a Jerusalén, pasaba por los confines entre Samaría y Galilea, y, al entrar en un pueblo, salieron a su encuentro diez hombres leprosos, que se pararon a distancia y, levantando la voz, dijeron: «¡Jesús, Maestro, ten compasión de**

⁸⁷ Ibíd. #1698

⁸⁸ Jn (13,8)

nosotros!» Al verlos, les dijo: «Id y presentaos a los sacerdotes.» Y sucedió que, mientras iban, quedaron limpios. Uno de ellos, viéndose curado, se volvió glorificando a Dios en alta voz; y postrándose rostro en tierra a los pies de Jesús, le daba gracias; y éste era un samaritano. Tomó la palabra Jesús y dijo: «¿No quedaron limpios los diez? Los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios sino este extranjero?» Y le dijo: «Levántate y vete; tu fe te ha salvado»" Lc (17,11-19). Nueve parálíticos judíos curados no dieron gloria a Dios, ni agradecieron a Jesús: a pesar del milagro no se convirtieron de corazón. Pero antes de morir, Jesús les tiene que haber dado nuevas oportunidades para arrepentirse y convertirse, y alcanzar la vida eterna. Él quiere que cambiemos nuestra forma de vivir, que hagamos una ruptura con lo material y mundano para volvernos más espirituales, nacer de lo alto y llenarnos de su amor.

La de Jesús es una misericordia con mucha, muchísima paciencia. Me quiero detener en un milagro de Jesús, el de la resurrección de la hija de Jairo, para ahondar en este mar de misericordia paciente, esta bondad y generosidad sin límites para salvar las almas de una familia, que podría ser la tuya o la mía: **"Y he aquí que llegó un hombre, llamado Jairo, que era jefe de la sinagoga, y cayendo a los pies de Jesús, le suplicaba entrara en su casa, porque tenía una sola hija, de unos doce años, que estaba muriéndose. Mientras iba, la multitud lo apretaba hasta sofocarlo.**

Entonces, una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años, y que no había podido ser curada por nadie, se acercó por detrás y tocó la orla de su manto, y al punto se le paró el flujo de sangre. Jesús dijo: «¿Quién me ha tocado?» Como todos negasen, dijo Pedro: «Maestro, las gentes te aprietan y te oprimen.» Pero Jesús dijo: «Alguien me ha tocado, porque he sentido que una fuerza ha salido de mí.» Viéndose descubierta la mujer, se acercó temblorosa, y postrándose ante él, contó delante de todo el pueblo por qué razón le había tocado, y cómo al punto había sido curada. Él le dijo: «Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz.»

Estaba todavía hablando, cuando uno de casa del jefe de la sinagoga llega diciendo: «Tu hija está muerta. No molestes ya al Maestro.» Jesús, que lo oyó, le dijo: «No temas; solamente ten fe y se salvará.» Al llegar a la casa, no permitió entrar con él más que a Pedro, Juan y Santiago, al padre y a la madre de la niña. Todos la lloraban y se lamentaban, pero él dijo: «No lloréis, no ha muerto; está dormida.» Y se burlaban de él, pues sabían que estaba muerta. El, tomándola de la mano, dijo en voz alta: «Niña, levántate.» Retornó el espíritu a ella, y al punto se levantó; y él mandó que le dieran a ella de comer. Sus padres quedaron estupefactos, y él les ordenó que a nadie dijeran lo que había pasado" Lc (8,41-56).⁸⁹

⁸⁹ También en Mc (5,22-43) y Mt (9,18-26)

Quisiera darle un nuevo sentido a este milagro, cambiando la perspectiva a la luz de las visiones de Emmerick: el milagro descrito no es "la" resurrección de la hija de Jairo, sino una síntesis con la primera resurrección y el preámbulo de la segunda (curación de la hemorroísa).

Este es el relato de Emmerick de la primera resurrección de la hija de Jairo: "Más tarde, cuando Jesús estaba curando algunos de los enfermos en la plaza delante de la sinagoga de Cafarnaúm, Jairo, el jefe de la sinagoga, se presentó ante Él. Se echó a sus pies y le suplicó que visitara y curara a su hija enferma, que entonces estaba dando su último aliento. Jesús estaba a punto de comenzar con Jairo cuando los mensajeros llegaron a toda prisa de la casa de este último, de forma que se dirigieron a él: 'Tu hija ha expirado No hay más necesidad de molestar al Maestro.' Al oír estas palabras, Jesús le dijo a Jairo: 'No temas! Confía en Mí, y recibirás ayuda!' Ellos dirigieron sus pasos al barrio del norte de la ciudad donde habitó Cornelio, cuya casa no estaba muy lejos de la de Jairo. Al acercarse vieron una multitud de juglares y plañideras ya reunidos en el patio y frente a la puerta. Jesús entró, llevando con él solamente a Pedro, Santiago el Mayor y Juan. Al pasar a través del cortejo, dijo a los dolientes: '¿Por qué se lamentan y lloran? Sigán su camino! La doncella no está muerta, sino sólo durmiendo!' Ante esto, el grupo de dolientes empezó a reír con desprecio, porque sabían que estaba muerta. Pero Jesús insistió en su retiro, incluso del patio, que ordenó que se cerrara. Luego entró en el apartamento en el que la madre desconsolada estaba ocupada con su sirvienta preparando el sudario; allí, acompañado por el padre, la madre y los tres discípulos, pasó a la cámara en la que la hija yacía. Jesús caminó hacia el sofá, los padres de pie detrás de él, los discípulos a la derecha al pie de la cama. La madre no me agradó. Era distante y carente de confianza. El padre tampoco era un gran amigo de Jesús. Él no estaba dispuesto a hacer nada para desagradar a los fariseos. Era sólo la ansiedad y la necesidad que lo había llevado a Jesús. Estaba motivado por un doble móvil. Si Jesús curaba a su hija, él la recobraría; si no, habría preparado un triunfo para los fariseos. Aún así, la curación del siervo de Cornelio le había impresionado mucho y despertado en él un sentimiento de confianza. La pequeña hija no era alta, y ella era muy flaca. A lo más, diría que ella tenía once años de edad, e incluso era pequeña para su edad, ya que las chicas Judías de doce están normalmente totalmente desarrolladas. Yacía en el sofá envuelta en un largo vestido. Jesús la levantó suavemente en sus brazos, la sostuvo sobre su pecho, y sopló sobre ella. Entonces vi algo maravilloso. Cerca de la parte derecha del cadáver estaba una figura luminosa en una esfera de luz. Cuando Jesús sopló sobre la niña, la figura entró en su boca como una luz de forma humana diminuta. Entonces Él acostó el cuerpo sobre el sofá, cogió una de las muñecas, y dijo: 'Doncella, levántate!' La muchacha se sentó en su cama, Jesús todavía la sostenía de la mano. Luego se puso de pie, abrió los ojos, y apoyada en la mano de Jesús, dio un paso desde el sofá al suelo. Jesús la llevó, débil y temblorosa, a los brazos de sus padres. Habían visto el progreso del evento al principio con frialdad, aunque con ansiedad, luego temblando de agitación, y ahora estaban fuera de sí de puro gozo. Jesús les ordenó que le dieran a la niña a comer y no hicieran alboroto innecesario sobre el asunto. Después de recibir el agradecimiento del padre, Se fue a

la ciudad. La madre estaba confundida y aturdida. Sus palabras de agradecimiento fueron pocas. La noticia de que la doncella estaba viva se extendió rápidamente a través de los dolientes. Éstos regresaron de inmediato, algunos confundidos por su anterior incredulidad, otros siguieron profiriendo bromas vulgares, y entraron en la casa, donde vieron a la doncella comiendo.

En el camino de regreso, Jesús habló con Sus discípulos sobre el tema de este milagro. Les dijo que esta gente, a saber, el padre y la madre, no habían tenido ni una fe real ni rectitud de intención. Si la hija fue resucitada de entre los muertos, fue por su propio bien y para la gloria del Reino de Dios. La muerte de la que acababa de ser despertada, es decir, la muerte del cuerpo, era una muerte inocente, pero de la muerte del alma ahora debe protegerse a sí misma".

El pensamiento de los hombres diría aquí: "esta niña y su familia ya tuvieron su oportunidad, Ojalá la aprovechen porque el tren no va a pasar otra vez". Pero éste no es el pensamiento de Jesús, que nos dice: **"el que venga a mí no lo echaré fuera"** Jn (6,37). O como lo expresa bellamente Santa Faustina: "su bondad lo fuerza a darse a las criaturas, y esto con una generosidad inconcebible".⁹⁰

Emmerick nos relata cómo la hija de Jairo recayó enferma en un momento posterior, estando cerca de la muerte: "Jairo, el jefe de la sinagoga, también estuvo presente en ese último milagro en la sinagoga. Estaba muy triste y lleno de remordimiento. Su hija estaba de nuevo cerca de la muerte, y verdaderamente una muerte espantosa, ya que había caído sobre ella en castigo de su propio pecado y los pecados de sus padres. Desde el sábado anterior estaba acostada enferma de una fiebre. La madre y su hermana, junto con madre de Jairo, quienes vivían todos en la misma casa, habían, junto con la misma hija, tomado la curación milagrosa de Jesús de una manera muy frívola, sin gratitud y sin alterar de ninguna manera su vida. Jairo, débil y sumiso, totalmente bajo el control de su vanidosa y hermosa mujer, había dejado que las mujeres siguieran su propio camino. Su casa era el teatro de la vanidad femenina, y todos los últimos estilos paganos de galas eran traídos a pedido para su embellecimiento. Cuando la niña estaba bien otra vez, estas mujeres se reían entre sí de Jesús, haciéndolo blanco de burlas. La niña siguió su ejemplo. Hasta hace muy poco ella había mantenido su inocencia, pero ahora ya no era así. Una violenta fiebre se apoderó de ella. La fiebre y la sed que había sufrido eran algo extraordinario; la última semana se pasó en un estado de delirio constante, y ahora estaba cerca de la muerte. Los padres sospechaban que se trataba de un castigo de su frivolidad, a pesar de que no se lo reconocían a sí mismos. Por fin, la madre llegó a estar tan avergonzada y tan asustada que dijo a Jairo: '¿Volverá Jesús a tener compasión de nosotros?' y ella encargó a su marido una vez más implorar humildemente Su ayuda.

⁹⁰ Ibíd. #244

Pero Jairo estaba avergonzado de aparecer de nuevo ante el Señor, así que esperó hasta que las instrucciones del sábado hubieran terminado. Tenía plena fe que Jesús podía ayudarlo en cualquier momento, si quería. Estaba demasiado avergonzado de ser visto por la gente pidiendo ayuda de nuevo. Cuando Jesús salía de la sinagoga, una gran multitud se agolpaba sobre Él, porque había muchos, tanto enfermos como sanos, que querían hablar con Él. Jairo se acercó con preocupación en su rostro. Se arrojó a los pies de Jesús, y le rogó de nuevo para que tuviera piedad de su hija a quien había dejado en un estado moribundo. Jesús prometió que volvería con él. Y ahora vino alguien de la casa de Jairo en busca de él, porque él se quedó mucho tiempo, y la madre de la niña pensó que Jesús no vendría. El mensajero le dijo a Jairo que su hija ya había muerto. Jesús consoló al padre y le dijo que tuviera confianza, Era ya de noche, y la gente alrededor de Jesús era muy grande. Justo en ese momento una mujer que padecía de flujo de sangre, aprovechando la oscuridad, se abrió paso entre la multitud, apoyándose en los brazos de sus enfermeras. Ella vivía no muy lejos de la sinagoga. Las mujeres que sufren de la misma enfermedad, aunque no tan gravemente como ella, le habían dicho de su propia cura algunas horas antes. Se habían atrevido ese día al mediodía, cuando Jesús pasaba en medio de la multitud, a tocar Su manto, y así fueron instantáneamente curadas. Sus palabras despertaron su fe. Esperaba que en el crepúsculo de la tarde y en la multitud que se reunía alrededor de Jesús al salir de la sinagoga, para poder tocarlo inadvertidamente. Jesús conocía sus pensamientos y en consecuencia disminuyó su paso. Las enfermeras la llevaron lo más cerca posible de Él. De pie junto a ella estaba su hija, el tío de su marido, y Lea. La enferma se arrodilló, se inclinó hacia delante apoyándose en una mano y con la otra alcanzó a través de la multitud a tocar el borde del manto de Jesús. Al instante sintió que estaba sana. Jesús en el mismo momento se detuvo, miró a su alrededor a los discípulos, y le preguntó: '¿Quién me ha tocado?' A lo que Pedro respondió: 'Tú preguntas ¿Quién me ha tocado? La gente se apiña y se agolpa sobre ti, como Tú ves!' Pero Jesús le respondió: 'Alguien me ha tocado, porque yo sé que ha salido un poder de mí.' Luego miró a su alrededor y, cuando parte del público había dado un paso atrás, la mujer no podía ya permanecer oculta. Muy avergonzada, ella se Le acercó tímidamente, cayó de rodillas delante de Él, y reconoció lo que había hecho ante la audiencia de toda la multitud. Luego relató cuánto tiempo había sufrido de la sangriento flujo, y que se creía curada por tocar Su manto. En cuanto a Jesús, ella Le suplicó que la perdonara. Entonces Jesús se dirigió a ella con estas palabras: 'Reconfórtate, hija Mía, tu fe te ha salvado. Vete en paz, y permanece libre de tu enfermedad!' y ella se marchó con sus amigos...

Jesús con pasos rápidos acompañó a Jairo a su casa. Pedro, Santiago, Juan, Saturnino y Mateo estaban con Él. En el patio delantero se reunieron de nuevo los dolientes y plañideras, pero esta vez no se pronunció ni una palabra de burla, ni Jesús dijo lo que había dicho antes: 'Sólo está durmiendo', sino que pasó directamente a través de la multitud. La madre de Jairo, su esposa, y su hermana llegaron tímidamente a su encuentro. Ellas utilizaban velo y lloraban; sus trajes, los vestidos de luto. Jesús dejó a Saturnino y Mateo con la gente en el patio, mientras que acompañado de Pedro, Santiago y Juan, el padre, la madre y la abuela, Él entró en la

habitación en la que la niña muerta yacía. Era una habitación diferente de la primera vez. En aquella ocasión yacía en una pequeña cámara; ahora ella estaba en la habitación detrás de la chimenea. Jesús exigió una pequeña rama del jardín y una palangana de agua, que bendijo. El cadáver yacía rígido y frío. No presentaba un aspecto tan agradable como en la ocasión anterior. En aquella ocasión yo había visto el alma flotando en una esfera de luz cerca del cuerpo, pero esta vez yo no vi nada en absoluto. En la primera ocasión, Jesús dijo: 'Ella está durmiendo', pero ahora no dijo nada. Estaba muerta. Con la pequeña rama Jesús la roció con el agua bendita, oraron, la tomó de la mano y dijo: '¡Pequeña doncella, Yo te digo, levántate!' Mientras Jesús estaba orando, vi el alma de la niña en un globo oscuro acercándose a su boca, en la que entró. De repente ella abrió los ojos, obedeció el toque de la mano de Jesús, se levantó y salió de su sofá. Jesús la llevó a sus padres que la recibieron con ardientes lágrimas y sollozos entrecortados, y se echaron a los pies de Jesús. Les ordenó que le dieran de comer, un poco de pan y uvas. Su orden fue obedecida. La niña comió y empezó a hablar. Entonces Jesús exhortó encarecidamente a los padres a recibir agradecidamente la misericordia de Dios, a alejarse de la vanidad y el placer mundano, para abrazar la penitencia aconsejada, y guardarse de poner de nuevo en peligro la vida de su hija ahora recuperada por segunda vez. Él les reprochó toda su manera de vivir, la frivolidad que habían mostrado al recibir el primer favor concedido a ellos, y su conducta después, por la que en poco tiempo habían expuesto a su hija a una muerte mucho más grave que la del cuerpo, es decir, la muerte del alma. La niña misma estaba muy conmovida y derramó lágrimas. Jesús le advirtió contra la concupiscencia de los ojos y el pecado. Mientras ella comía las uvas y el pan que Él había bendecido, Él le dijo que en el futuro no debería vivir según la carne, sino que debería comer del Pan de Vida, la Palabra de Dios, debería hacer penitencia, creer, orar y realizar obras de misericordia. Los padres estaban muy conmovidos y completamente transformados. El padre se comprometió a romper los lazos que lo ataban a la mundanidad, y obedecer las órdenes de Jesús, mientras que la madre y el resto de la familia, que ahora había entrado, expresaron su determinación de reformar sus vidas. Ellos derramaron lágrimas y dieron gracias a Jesús. Jairo, totalmente cambiado, transfirió de inmediato una gran parte de sus bienes a los pobres. El nombre de la hija era Salomé.

Como una multitud se había reunido frente a la casa, Jesús le dijo a Jairo que no hiciera relatos innecesarios relativos a lo que acababa de tener lugar. A menudo se le dio esta orden a los que Él curó, y por diversas razones. La principal era que la divulgación y la jactancia de tales favores dificulta el recogimiento del alma e impide la reflexión sobre la misericordia de Dios. Jesús deseaba que los curados entraran en sí mismos en lugar de correr a disfrutar la nueva vida que se les había dado, y de ese modo ser una presa fácil del pecado. Otra razón para ordenar silencio era que Jesús quería inculcar a los discípulos la necesidad de evitar la vanagloria y de llevar a cabo el bien que hicieran a través del amor y sólo para Dios. A veces, una vez más, hizo uso de esta prohibición con el fin de no aumentar el número de los curiosos, los insistentes, y los enfermos que no acudían a él por el impulso de la fe. De hecho,

muchos llegaron simplemente para poner a prueba Su poder, y luego cayeron de nuevo en sus pecados y debilidades, como la hija de Jairo había hecho.

Jesús y sus cinco discípulos dejaron la casa de Jairo por la parte trasera, con el fin de escapar de la multitud que se agolpaba alrededor de la puerta. El primer milagro que aquí se llevó a cabo fue a la luz de un día despejado; el de hoy fue después del sábado y con la luz de las lámparas."

¿Seremos como Jairo que se acordaba de Jesús sólo en la dificultad? ¿O con pobreza de espíritu alabaremos, glorificaremos y daremos gracias a Dios en todo tiempo? Agradecerle su bondad más grande que la justicia. Nos quiere partícipes de su Reino a todos nosotros, los pecadores, aunque aceptemos su invitación a último momento: **"«En efecto, el Reino de los Cielos es semejante a un propietario que salió a primera hora de la mañana a contratar obreros para su viña. Habiéndose ajustado con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. Salió luego hacia la hora tercia y al ver a otros que estaban en la plaza parados, les dijo: 'Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo.' Y ellos fueron. Volvió a salir a la hora sexta y a la nona e hizo lo mismo. Todavía salió a eso de la hora undécima y, al encontrar a otros que estaban allí, les dice: '¿Por qué estáis aquí todo el día parados?' Dícenle: 'Es que nadie nos ha contratado.' Díceles: 'Id también vosotros a la viña.' Al atardecer, dice el dueño de la viña a su administrador: 'Llama a los obreros y págales el jornal, empezando por los últimos hasta los primeros.' Vinieron, pues, los de la hora undécima y cobraron un denario cada uno. Al venir los primeros pensaron que cobrarían más, pero ellos también cobraron un denario cada uno. Y al cobrarlo, murmuraban contra el propietario, diciendo: 'Estos últimos no han trabajado más que una hora, y les pagas como a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el calor.' Pero él contestó a uno de ellos: 'Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No te ajustaste conmigo en un denario? Pues toma lo tuyo y vete. Por mi parte, quiero dar a este último lo mismo que a ti. ¿Es que no puedo hacer con lo mío lo que quiero? ¿O va a ser tu ojo malo porque yo soy bueno?'. Así, los últimos serán primeros y los primeros, últimos»"** Mt (20,1-16).

La riqueza de la bondad de Jesús y el paciente mar de su misericordia lograron la conversión de Jairo, ablandando su duro corazón. San Pablo nos invita a no despreciar a Jesús y dejar convertir nuestro corazón: **"¿O desprecias la riqueza de la bondad de Dios, de su tolerancia, de su paciencia, sin reconocer que esa bondad te debe llevar a la conversión?"** Rm(2,4).

Hacerse prójimo de cualquiera que precisa ayuda

Jesús quiere que seamos misericordiosos con nuestros hermanos, de la misma forma que Él es misericordioso con nosotros. Nos dice San Juan Pablo II: "Jesucristo ha enseñado que el hombre no sólo recibe y experimenta la misericordia de Dios, sino que está llamado a «usar misericordia» con los demás: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia». La Iglesia ve en estas palabras una llamada a la acción y se esfuerza por practicar la misericordia. Si todas las bienaventuranzas del sermón de la montaña indican el camino de la conversión y del cambio de vida, la que se refiere a los misericordiosos es a este respecto particularmente elocuente. El hombre alcanza el amor misericordioso de Dios, su misericordia, en cuanto él mismo interiormente se transforma en el espíritu de tal amor hacia el prójimo.

Este proceso auténticamente evangélico no es sólo una transformación espiritual realizada de una vez para siempre, sino que constituye todo un estilo de vida, una característica esencial y continua de la vocación cristiana. Consiste en el descubrimiento constante y en la actuación perseverante del amor en cuanto fuerza unificante y a la vez elevante: —a pesar de todas las dificultades de naturaleza psicológica o social—se trata, en efecto, de un *amor misericordioso* que por su esencia es amor creador. El amor misericordioso, en las relaciones recíprocas entre los hombres, no es nunca un acto o un proceso unilateral. Incluso en los casos en que todo parecería indicar que sólo una parte es la que da y ofrece, mientras la otra sólo recibe y toma (por ejemplo, en el caso del médico que cura, del maestro que enseña, de los padres que mantienen y educan a los hijos, del benefactor que ayuda a los menesterosos), sin embargo en realidad, también aquel que da, queda siempre beneficiado. En todo caso, también éste puede encontrarse fácilmente en la posición del que recibe, obtiene un beneficio, prueba el amor misericordioso, o se encuentra en estado de ser objeto de misericordia.

...es realmente un acto de amor misericordioso: cuando, practicándola, nos convencemos profundamente de que al mismo tiempo la experimentamos por parte de quienes la aceptan de nosotros. Si falta esta bilateralidad, esta reciprocidad, entonces

nuestras acciones no son aún auténticos actos de misericordia, ni se ha cumplido plenamente en nosotros la conversión, cuyo camino nos ha sido manifestado por Cristo con la palabra y con el ejemplo hasta la cruz, ni tampoco participamos completamente *en la magnífica fuente del amor misericordioso* que nos ha sido revelada por Él...

La auténtica misericordia es por decirlo así la fuente más profunda de la justicia. Si ésta última es de por sí apta para servir de «árbitro» entre los hombres en la recíproca repartición de los bienes objetivos según una medida adecuada, el amor en cambio, y solamente el amor, (también ese amor benigno que llamamos «misericordia») es capaz de restituir el hombre a sí mismo.

La misericordia auténticamente cristiana es también, en cierto sentido, *la más perfecta encarnación* de la «igualdad» entre los hombres y por consiguiente también la encarnación más perfecta de la *justicia*, en cuanto también ésta, dentro de su ámbito, mira al mismo resultado. La igualdad introducida mediante la justicia se limita, sin embargo al ámbito de los bienes objetivos y extrínsecos, mientras el amor y la misericordia logran que los hombres se encuentren entre sí en ese valor que es el mismo hombre, con la dignidad que le es propia. Al mismo tiempo, la «igualdad» de los hombres mediante el amor «paciente y benigno» no borra las diferencias: el que da se hace más generoso, cuando se siente contemporáneamente gratificado por el que recibe su don; viceversa, el que sabe recibir el don con la conciencia de que también él, acogiéndolo, hace el bien, sirve por su parte a la gran causa de la dignidad de la persona y esto contribuye a unir a los hombres entre si de manera más profunda. Así pues, la misericordia se hace elemento indispensable para *plasm*ar las relaciones mutuas entre los hombres, en el espíritu del más profundo respeto de lo que es humano y de la recíproca fraternidad. Es imposible lograr establecer este vínculo entre los hombres si se quiere regular las mutuas relaciones únicamente con la medida de la justicia. Esta, en todas las esferas de las relaciones interhumanas, debe experimentar *por decirlo así, una notable «corrección»* por parte del amor que—como proclama san Pablo—es «paciente» y «benigno», o dicho en otras palabras lleva en sí los caracteres del amor *misericordioso* tan esenciales al evangelio y al cristianismo. Recordemos además que el *amor misericordioso* indica también esa cordial *ternura y sensibilidad*, de que tan elocuentemente nos habla la parábola del hijo pródigo o la de la oveja extraviada o la de la dracma perdida. Por tanto, el amor misericordioso es sumamente indispensable entre aquellos que están más cercanos: entre los esposos, entre padres e hijos, entre amigos; es también indispensable en la educación y en la pastoral...

El mundo de los hombres puede hacerse «cada vez más humano», solamente si en todas las relaciones recíprocas que plasman su rostro moral introducimos el momento del perdón, tan esencial al evangelio. El perdón atestigua que en el mundo está presente el *amor más fuerte que el pecado*. El perdón es además la condición fundamental de la reconciliación, no sólo en la relación de Dios con el hombre, sino también en las recíprocas relaciones entre los hombres. Un mundo, del que se eliminase el perdón, sería solamente un mundo de justicia fría e irrespetuosa, en nombre de la cual cada uno reivindicaría sus propios derechos respecto a los demás; así los egoísmos de distintos géneros, adormecidos en el hombre, podrían transformar la vida y la convivencia humana en un sistema de opresión de los más débiles por parte de los más fuertes o en una arena de lucha permanente de los unos contra los otros.

...en nombre de este misterio Cristo nos enseña a perdonar siempre. ¡Cuántas veces repetimos las palabras de la oración que El mismo nos enseñó, pidiendo: «*perdónanos* nuestras deudas *como nosotros perdonamos* a nuestros deudores », es decir, a aquellos que son culpables de algo respecto a nosotros! Es en verdad difícil expresar el valor profundo de la actitud que tales palabras trazan e inculcan. ¡Cuántas

cosas dicen estas palabras a todo hombre acerca de su semejante y también acerca de sí mismo! La conciencia de ser deudores unos de otros va pareja con la llamada a la solidaridad fraterna que san Pablo ha expresado en la invitación concisa a soportarnos «mutuamente con amor», ¡Qué lección de humildad se encierra aquí respecto del hombre, del prójimo y de sí mismo a la vez! ¡Qué escuela de buena voluntad para la convivencia de cada día, en las diversas condiciones de nuestra existencia! Si desatendiéramos esta lección, ¿qué quedaría de cualquier programa «humanístico» de la vida y de la educación?

Cristo subraya con tanta insistencia la necesidad de perdonar a los demás que a Pedro, el cual le había preguntado cuántas veces debería perdonar al prójimo, le indicó la cifra simbólica de «setenta veces siete», queriendo decir con ello que debería saber perdonar a todos y siempre. Es obvio que una exigencia tan grande de *perdonar no anula* las objetivas *exigencias de la justicia*. *La justicia rectamente entendida constituye por así decirlo la finalidad del perdón. En ningún paso del mensaje evangélico el perdón, y ni siquiera la misericordia como su fuente, significan indulgencia para con el mal, para con el escándalo, la injuria, el ultraje cometido. En todo caso, la reparación del mal o del escándalo, el resarcimiento por la injuria, la satisfacción del ultraje son condición del perdón...*

Al analizar la parábola del hijo pródigo, hemos llamado ya la atención sobre el hecho de que *aquél que perdona y aquél que es perdonado* se encuentran en un punto esencial, que es la dignidad, es decir, el valor esencial del hombre que no puede dejarse perder y cuya afirmación o cuyo reencuentro es fuente de la más grande alegría."⁹¹

Nos dice Santa Faustina a propósito de ser misericordiosos:

"Ayúdame, oh Señor, a que mis ojos sean misericordiosos, para que yo jamás recele o juzgue según las apariencias, sino que busque lo bello en el alma de mi prójimo y acuda a ayudarla.

Ayúdame a que mis oídos sean misericordiosos para que tome en cuenta las necesidades de mi prójimo y no sea indiferente a sus penas y gemidos.

Ayúdame, oh Señor, a que mi lengua sea misericordiosa para que jamás hable negativamente de mis prójimos sino que tenga una palabra de consuelo y perdón para todos.

Ayúdame, oh Señor, a que mis manos sean misericordiosas y llenas de buenas obras para que sepa hacer sólo el bien al prójimo y cargue sobre mí las tareas más difíciles y más penosas.

⁹¹ Encíclica Dives in Misericordia VII.14, 30 de noviembre de 1980

Ayúdame a que mis pies sean misericordiosos para que siempre me apresure a socorrer a mi prójimo, dominando mi propia fatiga y mi cansancio. Mi reposo verdadero está en el servicio a mi prójimo.⁹²

Debes mostrar misericordia al prójimo siempre y en todas partes. No puedes dejar de hacerlo ni excusarte ni justificarte. Te doy tres formas de ejercer misericordia al prójimo: la primera – la acción, la segunda – la palabra, la tercera – la oración. En estas tres formas está contenida la plenitud de la misericordia y es el testimonio irrefutable del amor hacia Mí. De este modo el alma alaba y adora Mi misericordia.⁹³ Siento como una necesidad de darme a los demás, he descubierto en el alma la fuente de la felicidad, es decir, a Dios.⁹⁴ La pérdida de cada alma Me sumerge en una tristeza mortal. Tú siempre Me consuelas cuando rezas por los pecadores. Tu oración que más Me agrada es la oración por la conversión de los pecadores. Has de saber, hija Mía, que esta oración es siempre escuchada.⁹⁵ Que no te interese nada cómo se comportan los demás, tú, compórtate como Yo te ordeno: has de ser un vivo reflejo de Mí a través del Amor y la Misericordia. Contesté: Pero, Señor, a menudo abusan de mi bondad. No importa, hija Mía, no te fijes en eso, tú sé siempre misericordiosa para todos y especialmente para los pecadores.⁹⁶ Discípula Mía, ten un gran amor para aquellos que te hacen sufrir, haz el bien a quienes te odian. Contesté: Oh Maestro mío, si Tú ves que no les tengo el sentimiento del amor y eso me entristece. Jesús me respondió: El sentimiento no siempre está en tu poder; si tienes el amor lo reconocerás por si tras experimentar disgustos y contrariedades no pierdes la calma, sino que rezas por aquellos que te han hecho sufrir y les deseas todo lo bueno.⁹⁷ no valores demasiado ninguna cosa exterior, aunque parezca muy preciosa. Olvídate de ti misma y permanece siempre continuamente Conmigo. Confíame todo y no hagas nada por tu cuenta y tendrás siempre una gran libertad de espíritu; ninguna circunstancia ni acontecimiento llegará a turbártela. No prestes mucha atención a lo que dice la gente, deja que cada uno te juzgue según le guste. No te justifiques, eso no te causará daño. Dalo todo a la primera alusión de petición, aunque fueran las cosas más necesarias; no pidas nada sin consultarme. Deja que te quiten incluso lo que te mereces; la estima, el buen nombre; que tu espíritu esté por encima de todo esto. Y así liberada de todo, descansa junto a Mi Corazón, no permitas que nada turbe tu paz. Discípula, analiza las palabras que te he dicho.⁹⁸ El Señor Jesús empezó a quejarse de las almas de religiosos y de los sacerdotes, de la falta de amor de las almas elegidas...Almas sin amor y sin devoción, almas llenas de egoísmo y de amor propio, almas soberbias y arrogantes, almas llenas de engaños e hipocresía, almas tibias que apenas tienen el calor suficiente para mantenerse vivas. Mi corazón no puede soportarlo.⁹⁹ Hay almas

⁹² Diario de Santa Faustina Kowalska #163

⁹³ *Ibíd.* #742

⁹⁴ *Ibíd.* #887

⁹⁵ *Ibíd.* #1397

⁹⁶ *Ibíd.* #1446

⁹⁷ *Ibíd.* #1628

⁹⁸ *Ibíd.* #1685

⁹⁹ *Ibíd.* #1702

en las cuales no puedo hacer nada; son las almas que investigan continuamente a los demás sin ver lo que pasa en su propio interior. No dejan de hablar de los demás hasta durante el silencio riguroso que está dedicado para hablar Conmigo. Pobres almas, no oyen Mis palabras, quedan vacías en su interior, no Me buscan dentro de sus corazones sino en las habladurías donde Yo nunca estoy. Sienten su vacío, pero no reconocen su culpa y las almas en las cuales Yo reino con plenitud son su continuo remordimiento de conciencia. En vez de enmendar tienen los corazones donde crece la envidia y si no se arrepienten, se hunden más. El corazón, hasta ahora envidioso, empieza a cultivar el odio. Y ya están cerca del abismo, envidian a otras almas Mis dones, pero ellas mismas no saben y no quieren aceptarlos.”¹⁰⁰

La esencia de ser misericordiosos la enseña Jesús en la parábola del buen samaritano:

“Se levantó un legista, y dijo para ponerle a prueba: <<Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?>> Él le dijo: <<¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?>> Respondió: <<Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a tí mismo.>> Díjole entonces: <<Bien has respondido. Haz eso y vivirás.>>

Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: <<Y ¿quién es mi prójimo?>> Jesús respondió: <<Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de asaltantes, que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dió al posadero y dijo: 'Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva.' ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los asaltantes?>> Él dijo: <<El que practicó la misericordia con él.>> Díjole Jesús: <<Vete y haz tú lo mismo>>” Lc (10, 25-37).

Quisiera compartir una memorable homilía de esta parábola del buen samaritano, de Orígenes de Alejandría:

“Mientras que en la Ley hay muchos preceptos, en el Evangelio del Salvador se establecieron sólo dos. Por una especie de atajo, guían a aquellos que los obedecen a la vida eterna. Respecto a esto, el maestro de la Ley había preguntado a Jesús y dijo, 'Maestro, ¿qué debo hacer para tener en herencia vida eterna?' Este pasaje, del evangelio según San Lucas, fue leído a ustedes hoy. Jesús respondió a esto como sigue: '¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?'[El maestro respondió,] 'Amarás al

¹⁰⁰ Ibíd. #1717

Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo'. Entonces Jesús dijo, 'Bien has respondido. Has eso y vivirás'. Sin ninguna duda es la vida eterna sobre lo que el maestro de la Ley le había preguntado a Jesús y de lo que trataron las palabras del Salvador. Al mismo tiempo, un precepto en la Ley nos enseña claramente amar a Dios. En el Deuteronomio la Ley dice, 'Escucha, Israel. Yahveh nuestro Dios es el único Yahveh' y 'Amarás a Yahveh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza'¹⁰¹ y 'a tu prójimo como a ti mismo'.¹⁰² El Salvador dio testimonio de estos mandamientos y dijo, 'De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas'.¹⁰³

Pero el maestro de la Ley, 'quiso justificarse' y mostrar que nadie era prójimo de él. Y dijo, 'Quién es mi prójimo?' El Señor citó una parábola, que comienza, 'Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó', etc. Y enseñó que el hombre no era prójimo de nadie excepto de aquel con la voluntad de cumplir los mandamientos y que se prepara a sí mismo para ser un prójimo de cualquiera que precisa ayuda. Porque esto es lo que se encuentra después de la parábola, en su final: '¿Quién de esos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los asaltantes?' Ni el sacerdote ni el Levita fueron sus prójimos, pero -como el propio maestro de la Ley contestó- 'aquel que tuvo compasión' fue su prójimo. Por lo tanto, dice el Salvador, 'Vete y has tú lo mismo.'

Uno de los ancianos quería interpretar la parábola como sigue. El hombre que estaba bajando es Adán. Jerusalén es el paraíso, y Jericó el mundo. Los asaltantes son los poderes hostiles. El sacerdote es la Ley, el Levita son los profetas, y el Samaritano es Cristo. Las heridas son la desobediencia, la cabalgadura es el cuerpo del Señor, el *pandochium* (esto es, el establo [posada]), que acepta a todos los que deseen entrar, es la Iglesia. Y además, los dos denarios significan el Padre y el Hijo. El posadero es la cabeza de la Iglesia, a quien se ha confiado su cuidado. Y el hecho de que el Samaritano prometa que volverá representa la segunda venida del Salvador.

Todo esto ha sido dicho razonablemente y hermosamente. Pero no deberíamos pensar que aplica a todo hombre. Ya que, no todo hombre 'baja de Jerusalén a Jericó', ni todos moramos en el mundo presente por ese motivo, aún si aquel que 'No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel'¹⁰⁴ descendió. Por lo tanto, el hombre que 'bajó de Jerusalén a Jericó' 'cayó en manos de asaltantes' porque él mismo deseaba descender. Pero los ladrones no son otros que aquellos a quienes el Salvador dice, 'Todos los que han venido delante de mí son ladrones y asaltantes'.¹⁰⁵ Aunque, no cayó en manos de ladrones, sino en manos de asaltantes, quienes son mucho peores que los ladrones. Cayó en sus manos cuando estaba bajando de

¹⁰¹ Dt 6,4-5

¹⁰² Lv 19,18

¹⁰³ Mt 22,40

¹⁰⁴ Mt 15,24

¹⁰⁵ Jn 10,8

Jerusalén. 'Lo despojaron y lo golpearon'. ¿Qué son los golpes? ¿Qué son las heridas con que han herido al hombre? Son los vicios y los pecados. Entonces los asaltantes, que lo habían despojado y herido, no ayudaron al hombre desnudo, sino que lo atacaron nuevamente con golpes y lo dejaron. Así que, la Escritura dice, 'después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole' -no muerto, pero 'medio muerto'. Pero ocurrió que primero un sacerdote, y luego un Levita, estaban bajando por el mismo camino. Quizás hubieran hecho un bien a otro hombre, pero no a este hombre, que había bajado 'desde Jerusalén a Jericó'. Cuando el sacerdote lo vio, creo que significa la Ley. Y cuando el Levita lo vio -esto es, desde mi punto de vista, el mundo profético. Cuando lo vieron, pasaron de largo y lo dejaron. La Providencia estaba reservando al hombre medio muerto para aquel que era más fuerte que la Ley y los profetas, específicamente para el Samaritano. El nombre significa 'guardián'. Él es aquel que 'No, no duerme ni dormita el guardián de Israel'.¹⁰⁶ Por causa del hombre medio muerto, este Samaritano no partió 'desde Jerusalén a Jericó' como el sacerdote y el Levita, quienes bajaron. O, si bajó, bajó para rescatar y cuidar por el hombre moribundo. Los Judíos le habían dicho, '¿No decimos, con razón, que eres samaritano y que tienes un demonio?'.¹⁰⁷ Aunque él negó tener un demonio, él no quiso negar que fuera Samaritano, ya que él sabía que era un guardián.

Por lo que, cuando él vino al hombre medio muerto, viéndolo revolcándose en su propia sangre, tuvo compasión de él. Se acercó a él, para volverse su prójimo. 'Vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino' y no dijo lo que el profeta registra: 'De la planta del pie a la cabeza no hay en él cosa sana; golpes, magulladuras y heridas frescas, ni cerradas, ni vendadas, ni ablandadas con aceite'.¹⁰⁸ El Samaritano es ese hombre cuyo cuidado ayuda a todos los que están con necesidades imperiosas. El hombre que estaba bajando desde Jerusalén y cayó en manos de los ladrones, que fue herido y dejado por ellos medio muerto, necesitaba más que nada la ayuda de este Samaritano. Deberían saber que, de acuerdo a la providencia de Dios, este Samaritano estaba bajando para cuidar del hombre que cayó en manos de los ladrones. Se aprende eso claramente por el hecho que él tenía vendas, aceite y vino consigo. No creo que el Samaritano trajera estas cosas consigo sólo para ese hombre medio muerto, sino también para otros que, por varias razones, habían sido heridos y necesitaban vendas, aceite y vino.

Él tenía aceite, la Escritura habla de eso, 'para que brille su rostro con aceite'¹⁰⁹ -sin dudas, significa el rostro de aquel que ha sido sanado. Él limpia las heridas con aceite, para reducir la hinchazón de las heridas, pero también añadió vino para algo que arde. Y al hombre que ha sido herido 'le montó sobre su propia cabalgadura', esto es, sobre su propio cuerpo, ya que se rebajó para asumir la responsabilidad de un hombre. El

¹⁰⁶ Sal 121,4

¹⁰⁷ Jn 8,48

¹⁰⁸ Is 1,6

¹⁰⁹ Sal 104,15

Samaritano 'tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades'¹¹⁰ y se aflige por nosotros. El carga al hombre medio muerto, y lo lleva al *pandochium* -esto es, la Iglesia, que acepta a todos y no niega la ayuda a nadie. Jesús llama a todos a la Iglesia cuando dice, 'Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré'.¹¹¹

Después de haberlo traído, no partió inmediatamente. Permaneció por un día en la posada con el hombre medio muerto. Cuidó de sus heridas no sólo durante el día, sino también de noche. Dedicó toda su atención y actividad a él. Y, cuando quiere partir en la mañana, 'sacando dos *denaris*', de su plata comprobada, de su dinero comprobado, y paga al posadero. Sin duda, el posadero era el ángel de la Iglesia, a quien el Samaritano ordena cuidar diligentemente al hombre y devolverle la salud. Por un corto tiempo él mismo cuidó al hombre. Los 'dos *denaris*' me parece que son el conocimiento del Padre y del Hijo, y la comprensión de cómo el Padre es en el Hijo y el Hijo es en el Padre. A un ángel se le da este conocimiento como si fuera un pago. Debe cuidar diligentemente por el hombre confiado a él. Se le hace una promesa que cualquier dinero propio que gaste en curar al hombre medio muerto va a ser saldado directamente a él.

El Samaritano, 'que al verle tuvo compasión' es realmente un 'guardián' y un prójimo más cercano que la Ley y los profetas. Mostró que él era el prójimo del hombre más por los hechos que por las palabras. De acuerdo con el pasaje que dice, 'Sean imitadores míos, como yo lo soy de Cristo'¹¹² es posible para nosotros imitar a Cristo y tener compasión de aquellos que 'caen en manos de asaltantes'. Podemos ir a ellos, vendar sus heridas, echar en ellas aceite y vino, ponerlos sobre nuestras cabalgaduras, y soportar sus cargas. El Hijo de Dios nos anima a hacer cosas como éstas. No habla tanto al maestro de la Ley sino a nosotros y a todos los hombres cuando dice, 'Ve y has tú lo mismo'. Si lo hacemos, obtendremos la vida eterna en Cristo Jesús, de quien es la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén."

¿Qué sabemos del hombre medio muerto con que se encontró este samaritano? En realidad el texto no nos da ningún detalle, es cualquier hombre. Al hacernos prójimos del que necesita ayuda, no podemos estar decidiendo a este sí y a aquel no. Sería una trampa de nuestro egoísmo catalogar a los demás para decidir quién es mi prójimo y dejaría de ser verdadera misericordia. Depende de uno mismo el hacerse prójimo, no de la persona que encuentro y necesita ayuda.

El sacerdote y el levita que vieron a aquel hombre medio muerto, pensaron ante todo en su supervivencia y en su ego: hay asaltantes en la zona y yo también puedo caer en sus manos, por lo que hay riesgo de vida en ayudar a este hombre medio muerto. Un miedo que los dejó aislados, sin posibilidad de hacer el bien. Por otro lado, para el

¹¹⁰ Mt 8,17

¹¹¹ Mt 11,28

¹¹² 1 Co 4,16

samaritano, el tesoro de su corazón estaba en la vida de ese hombre medio muerto. Un tesoro más valioso que poner en riesgo su propia vida, tuvo compasión del que sufría desde su propia debilidad, desde su fragilidad y se arriesgó. Un amor fraterno que le llevó a la apertura, por lo que ese hombre cualquiera se transformó en su hermano, no dudando en renunciar a sus quehaceres y a su seguridad, en renunciar a sí mismo, desviarse de su camino, curarlo, cuidarlo y pagar por los gastos. El samaritano tuvo un corazón que se entregó a sí mismo para rescatar al hombre medio muerto. Nos dice Joseph Ratzinger en su libro "Mirarán al que traspasaron": "La tarea del corazón es la supervivencia, manteniendo junto lo que le es propio. El Corazón traspasado de Jesús también ha verdaderamente 'dado vuelta' (cf. Os 11:8) esta definición. Este Corazón no está preocupado con su supervivencia, sino con la entrega de sí mismo. Salva al mundo mediante la apertura de sí mismo. El colapso del Corazón abierto es el contenido del misterio Pascual. El Corazón salva, en efecto, pero salva donándose a sí mismo.

Por lo tanto, en el Corazón de Jesús, se nos presenta el centro de la Cristiandad. Expresa todo, todo lo que es genuinamente nuevo y revolucionario en la Nueva Alianza. Este Corazón llama a nuestro corazón. Nos invita a dar un paso adelante del intento inútil de la propia supervivencia y, al unirnos en la tarea de amar, mediante la entrega de nosotros mismos a él y con él, descubrir la plenitud del amor que por sí sólo es eternidad y que por sí solo sostiene al mundo."

El Papa Benedicto XVI nos recuerda la importancia de la compasión con el que sufre y de consolarlo: "La grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre. Esto es válido tanto para el individuo como para la sociedad. Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana. A su vez, la sociedad no puede aceptar a los que sufren y sostenerlos en su dolencia si los individuos mismos no son capaces de hacerlo y, en fin, el individuo no puede aceptar el sufrimiento del otro si no logra encontrar personalmente en el sufrimiento un sentido, un camino de purificación y maduración, un camino de esperanza. En efecto, aceptar al otro que sufre significa asumir de alguna manera su sufrimiento, de modo que éste llegue a ser también mío. Pero precisamente porque ahora se ha convertido en sufrimiento compartido, en el cual se da la presencia de un otro, este sufrimiento queda traspasado por la luz del amor. La palabra latina *consolatio*, consolación, lo expresa de manera muy bella, sugiriendo un «ser-con» en la soledad, que entonces ya no es soledad. Pero también la capacidad de aceptar el sufrimiento por amor del bien, de la verdad y de la justicia, es constitutiva de la grandeza de la humanidad porque, en definitiva, cuando mi bienestar, mi incolumidad, es más importante que la verdad y la justicia, entonces prevalece el dominio del más fuerte; entonces reinan la violencia y la mentira. La verdad y la justicia han de estar por encima de mi comodidad e incolumidad física, de otro modo mi propia vida se convierte en mentira. Y también el «sí» al amor es fuente de sufrimiento, porque el amor exige siempre nuevas renunciaciones de mi yo, en las cuales me dejo modelar y herir. En efecto, no puede existir

el amor sin esta renuncia también dolorosa para mí, de otro modo se convierte en puro egoísmo y, con ello, se anula a sí mismo como amor.

Sufrir con el otro, por los otros; sufrir por amor de la verdad y de la justicia; sufrir a causa del amor y con el fin de convertirse en una persona que ama realmente, son elementos fundamentales de humanidad, cuya pérdida destruiría al hombre mismo. Pero una vez más surge la pregunta: ¿somos capaces de ello? ¿El otro es tan importante como para que, por él, yo me convierta en una persona que sufre? ¿Es tan importante para mí la verdad como para compensar el sufrimiento? ¿Es tan grande la promesa del amor que justifique el don de mí mismo? En la historia de la humanidad, la fe cristiana tiene precisamente el mérito de haber suscitado en el hombre, de manera nueva y más profunda, la capacidad de estos modos de sufrir que son decisivos para su humanidad. La fe cristiana nos ha enseñado que verdad, justicia y amor no son simplemente ideales, sino realidades de enorme densidad. En efecto, nos ha enseñado que Dios –la Verdad y el Amor en persona– ha querido sufrir por nosotros y con nosotros.”¹¹³

Alcanzar la misericordia de Dios y ser misericordiosos en el mundo actual, están descritos en la luminosa Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* del Papa Francisco, de la cual quiero compartir aquí algunos pasajes:

“LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría.”¹¹⁴

“Al que arriesga, el Señor no lo defrauda, y cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos. Éste es el momento para decirle a Jesucristo: «Señor, me he dejado engañar, de mil maneras escapé de tu amor, pero aquí estoy otra vez para renovar mi alianza contigo. Te necesito. Rescátame de nuevo, Señor, acéptame una vez más entre tus brazos redentores». ¡Nos hace tanto bien volver a Él cuando nos hemos perdido! Insisto una vez más: Dios no se cansa nunca de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su misericordia. Aquel que nos invitó a perdonar «setenta veces siete» (*Mt* 18,22) nos da ejemplo: Él perdona setenta veces siete. Nos vuelve a cargar sobre sus hombros una y otra vez. Nadie podrá quitarnos la dignidad que nos otorga este amor infinito e inquebrantable. Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría. No huyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase. ¡Que nada pueda más que su vida que nos lanza hacia adelante!»¹¹⁵

¹¹³ Encíclica *Spe Salvi*, Papa Benedicto XVI, 30 de noviembre de 2007 #38-39

¹¹⁴ Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, 24 de noviembre de 2013 #1

¹¹⁵ *Ibid.* #3

“Pero quizás la invitación más contagiosa sea la del profeta Sofonías, quien nos muestra al mismo Dios como un centro luminoso de fiesta y de alegría que quiere comunicar a su pueblo ese gozo salvífico. Me llena de vida releer este texto: «Tu Dios está en medio de ti, poderoso salvador. Él exulta de gozo por ti, te renueva con su amor, y baila por ti con gritos de júbilo» (So 3,17). Es la alegría que se vive en medio de las pequeñas cosas de la vida cotidiana, como respuesta a la afectuosa invitación de nuestro Padre Dios: «Hijo, en la medida de tus posibilidades trátate bien [...] No te prives de pasar un buen día» (Sf 14,11.14). ¡Cuánta ternura paterna se intuye detrás de estas palabras!”¹¹⁶

“...poco a poco hay que permitir que la alegría de la fe comience a despertarse, como una secreta pero firme confianza, aun en medio de las peores angustias: «Me encuentro lejos de la paz, he olvidado la dicha [...] Pero algo traigo a la memoria, algo que me hace esperar. Que el amor del Señor no se ha acabado, no se ha agotado su ternura. Mañana tras mañana se renuevan. ¡Grande es su fidelidad! [...] Bueno es esperar en silencio la salvación del Señor» (Lm 3,17.21-23.26).”¹¹⁷

“Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero. Allí está el manantial de la acción evangelizadora. Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?”¹¹⁸

“Por eso, quien quiera vivir con dignidad y plenitud no tiene otro camino más que reconocer al otro y buscar su bien. No deberían asombrarnos entonces algunas expresiones de san Pablo: «El amor de Cristo nos apremia» (2 Co 5,14); «¡Ay de mí si no anunciara el Evangelio!» (1 Co 9,16).”¹¹⁹

“...es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo. La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie. Así se lo anuncia el ángel a los pastores de Belén: «No temáis, porque os traigo una Buena Noticia, una gran alegría *para todo el pueblo*» (Lc 2,10). El Apocalipsis se refiere a «una Buena Noticia, la eterna, la que él debía anunciar a los habitantes de la tierra, *a toda nación, familia, lengua y pueblo*» (Ap 14,6).”¹²⁰

“La Iglesia...sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos. Vive un

¹¹⁶ Ibíd. #4

¹¹⁷ Ibíd. #6

¹¹⁸ Ibíd. #8

¹¹⁹ Ibíd. #9

¹²⁰ Ibíd. #23

deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva... El Señor se involucra e involucra a los suyos, poniéndose de rodillas ante los demás para lavarlos. Pero luego dice a los discípulos: «Seréis felices si hacéis esto» (Jn 13,17). La comunidad evangelizadora se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, achica distancias, se abaja hasta la humillación si es necesario, y asume la vida humana, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo. Los evangelizadores tienen así «olor a oveja» y éstas escuchan su voz. Luego, la comunidad evangelizadora se dispone a «acompañar». Acompaña a la humanidad en todos sus procesos, por más duros y prolongados que sean. Sabe de esperas largas y de aguante apostólico. La evangelización tiene mucho de paciencia, y evita maltratar límites. Fiel al don del Señor, también sabe «fructificar». La comunidad evangelizadora siempre está atenta a los frutos, porque el Señor la quiere fecunda. Cuida el trigo y no pierde la paz por la cizaña. El sembrador, cuando ve despuntar la cizaña en medio del trigo, no tiene reacciones quejasas ni alarmistas. Encuentra la manera de que la Palabra se encarne en una situación concreta y dé frutos de vida nueva, aunque en apariencia sean imperfectos o inacabados. El discípulo sabe dar la vida entera y jugarla hasta el martirio como testimonio de Jesucristo, pero su sueño no es llenarse de enemigos, sino que la Palabra sea acogida y manifieste su potencia liberadora y renovadora. Por último, la comunidad evangelizadora gozosa siempre sabe «festejar». Celebra y festeja cada pequeña victoria, cada paso adelante en la evangelización.”¹²¹

“...prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: «¡Dadles vosotros de comer!» (Mc 6,37).”¹²²

“...los cristianos insistimos en nuestra propuesta de reconocer al otro, de sanar las heridas, de construir puentes, de estrechar lazos y de ayudarnos «mutuamente a llevar las cargas» (Ga 6,2).”¹²³

“...cuántos cristianos dan la vida por amor: ayudan a tanta gente a curarse o a morir en paz en precarios hospitales, o acompañan personas esclavizadas por diversas

¹²¹ *Ibíd.* #24

¹²² *Ibíd.* #49

¹²³ *Ibíd.* #67

adiciones en los lugares más pobres de la tierra, o se desgastan en la educación de niños y jóvenes, o cuidan ancianos abandonados por todos, o tratan de comunicar valores en ambientes hostiles, o se entregan de muchas otras maneras que muestran ese inmenso amor a la humanidad que nos ha inspirado el Dios hecho hombre. Agradezco el hermoso ejemplo que me dan tantos cristianos que ofrecen su vida y su tiempo con alegría. Ese testimonio me hace mucho bien y me sostiene en mi propio deseo de superar el egoísmo para entregarme más.”¹²⁴

“La alegría del Evangelio es esa que nada ni nadie nos podrá quitar (cf. *Jn* 16,22). Los males de nuestro mundo –y los de la Iglesia– no deberían ser excusas para reducir nuestra entrega y nuestro fervor. Mirémoslos como desafíos para crecer. Además, la mirada creyente es capaz de reconocer la luz que siempre derrama el Espíritu Santo en medio de la oscuridad, sin olvidar que «donde abundó el pecado sobreabundó la gracia» (*Rm* 5,20).”¹²⁵

“Aun con la dolorosa conciencia de las propias fragilidades, hay que seguir adelante sin declararse vencidos, y recordar lo que el Señor dijo a san Pablo: «Te basta mi gracia, porque mi fuerza se manifiesta en la debilidad» (2 *Co* 12,9). El triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria, que se lleva con una ternura combativa ante los embates del mal.”¹²⁶

“Y en el desierto se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida y de esta forma mantengan viva la esperanza. En todo caso, allí estamos llamados a ser personas-cántaros para dar de beber a los demás.”¹²⁷

“...sentimos el desafío de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar de esa marea algo caótica que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad...”¹²⁸

“...el Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo. La verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros. El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura.”¹²⁹

¹²⁴ *Ibíd.* #76

¹²⁵ *Ibíd.* #84

¹²⁶ *Ibíd.* #85

¹²⁷ *Ibíd.* #86

¹²⁸ *Ibíd.* #87

¹²⁹ *Ibíd.* #88

“...el único camino consiste en aprender a encontrarse con los demás con la actitud adecuada, que es valorarlos y aceptarlos como compañeros de camino, sin resistencias internas. Mejor todavía, se trata de aprender a descubrir a Jesús en el rostro de los demás, en su voz, en sus reclamos. También es aprender a sufrir en un abrazo con Jesús crucificado cuando recibimos agresiones injustas o ingratitudes, sin cansarnos jamás de optar por la fraternidad.”¹³⁰

“Allí está la verdadera sanación, ya que el modo de relacionarnos con los demás que realmente nos sana en lugar de enfermarnos es una fraternidad *mística*, contemplativa, que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano, que sabe tolerar las molestias de la convivencia aferrándose al amor de Dios, que sabe abrir el corazón al amor divino para buscar la felicidad de los demás como la busca su Padre bueno. Precisamente en esta época, y también allí donde son un «pequeño rebaño» (*Lc 12,32*), los discípulos del Señor son llamados a vivir como comunidad que sea sal de la tierra y luz del mundo (cf. *Mt 5,13-16*).”¹³¹

“La Iglesia tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio.”¹³²

“No se nos pide que seamos inmaculados, pero sí que estemos siempre en crecimiento, que vivamos el deseo profundo de crecer en el camino del Evangelio, y no bajemos los brazos. Lo indispensable es que el predicador tenga la seguridad de que Dios lo ama, de que Jesucristo lo ha salvado, de que su amor tiene siempre la última palabra. Ante tanta belleza, muchas veces sentirá que su vida no le da gloria plenamente y deseará sinceramente responder mejor a un amor tan grande. Pero si no se detiene a escuchar esa Palabra con apertura sincera, si no deja que toque su propia vida, que le reclame, que lo exhorte, que lo movilice, si no dedica un tiempo para orar con esa Palabra, entonces sí será un falso profeta, un estafador o un charlatán vacío.”¹³³

“Anunciar a Cristo significa mostrar que creer en Él y seguirlo no es sólo algo verdadero y justo, sino también bello, capaz de colmar la vida de un nuevo resplandor y de un gozo profundo, aun en medio de las pruebas.”¹³⁴

“La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos –sacerdotes, religiosos y laicos– en este «arte del acompañamiento», para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. *Ex 3,5*). Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa y llena de

¹³⁰ *Ibíd.* #91

¹³¹ *Ibíd.* #92

¹³² *Ibíd.* #114

¹³³ *Ibíd.* #151

¹³⁴ *Ibíd.* #167

compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana.”¹³⁵

“Necesitamos ejercitarnos en el arte de escuchar, que es más que oír. Lo primero, en la comunicación con el otro, es la capacidad del corazón que hace posible la proximidad, sin la cual no existe un verdadero encuentro espiritual. La escucha nos ayuda a encontrar el gesto y la palabra oportuna que nos desinstala de la tranquila condición de espectadores. Sólo a partir de esta escucha respetuosa y compasiva se pueden encontrar los caminos de un genuino crecimiento, despertar el deseo del ideal cristiano, las ansias de responder plenamente al amor de Dios y el anhelo de desarrollar lo mejor que Dios ha sembrado en la propia vida.”¹³⁶

“El Evangelio nos propone corregir y ayudar a crecer a una persona a partir del reconocimiento de la maldad objetiva de sus acciones (cf. *Mt* 18,15), pero sin emitir juicios sobre su responsabilidad y su culpabilidad (cf. *Mt* 7,1; *Lc* 6,37)... La propia experiencia de dejarnos acompañar y curar, capaces de expresar con total sinceridad nuestra vida ante quien nos acompaña, nos enseña a ser pacientes y compasivos con los demás y nos capacita para encontrar las maneras de despertar su confianza, su apertura y su disposición para crecer.”¹³⁷

“Una auténtica fe –que nunca es cómoda e individualista– siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra. Amamos este magnífico planeta donde Dios nos ha puesto, y amamos a la humanidad que lo habita, con todos sus dramas y cansancios, con sus anhelos y esperanzas, con sus valores y fragilidades. La tierra es nuestra casa común y todos somos hermanos.”¹³⁸

“Cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad; esto supone que seamos dóciles y atentos para escuchar el clamor del pobre y socorrerlo...Hacer oídos sordos a ese clamor, cuando nosotros somos los instrumentos de Dios para escuchar al pobre, nos sitúa fuera de la voluntad del Padre y de su proyecto, porque ese pobre «clamaría al Señor contra ti y tú te cargarías con un pecado» (*Dt* 15,9)... Vuelve siempre la vieja pregunta: «Si alguno que posee bienes del mundo ve a su hermano que está necesitado y le cierra sus entrañas, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?» (*1 Jn* 3,17). Recordemos también con cuánta contundencia el Apóstol Santiago retomaba la figura del clamor de los oprimidos: «El salario de los obreros que segaron vuestros campos, y que no habéis

¹³⁵ *Ibíd.* #169

¹³⁶ *Ibíd.* #171

¹³⁷ *Ibíd.* #172

¹³⁸ *Ibíd.* #183

pagado, está gritando. Y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos» (5,4).¹³⁹

“El Apóstol Santiago enseña que la misericordia con los demás nos permite salir triunfantes en el juicio divino: «Hablad y obrad como corresponde a quienes serán juzgados por una ley de libertad. Porque tendrá un juicio sin misericordia el que no tuvo misericordia; pero la misericordia triunfa en el juicio» (2,12-13). En este texto, Santiago se muestra como heredero de lo más rico de la espiritualidad judía del postexilio, que atribuía a la misericordia un especial valor salvífico: «Rompe tus pecados con obras de justicia, y tus iniquidades con misericordia para con los pobres, para que tu ventura sea larga» (Dn 4,24). En esta misma línea, la literatura sapiencial habla de la limosna como ejercicio concreto de la misericordia con los necesitados: «La limosna libra de la muerte y purifica de todo pecado» (Tb 12,9). Más gráficamente aún lo expresa el Eclesiástico: «Como el agua apaga el fuego llameante, la limosna perdona los pecados» (3,30). La misma síntesis aparece recogida en el Nuevo Testamento: «Tened ardiente caridad unos por otros, porque la caridad cubrirá la multitud de los pecados» (1 Pe 4,8).¹⁴⁰

“Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sensus fidei*, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos.¹⁴¹

“...lo que el Espíritu moviliza no es un desborde activista, sino ante todo una *atención* puesta en el otro «considerándolo como uno consigo». Esta atención amante es el inicio de una verdadera preocupación por su persona, a partir de la cual deseo buscar efectivamente su bien. Esto implica valorar al pobre en su bondad propia, con su forma de ser, con su cultura, con su modo de vivir la fe. El verdadero amor siempre es contemplativo, nos permite servir al otro no por necesidad o por vanidad, sino porque él es bello, más allá de su apariencia... El pobre, cuando es amado, «es estimado como de alto valor», y esto diferencia la auténtica opción por los pobres de cualquier ideología, de cualquier intento de utilizar a los pobres al servicio de intereses personales o políticos. Sólo desde esta cercanía real y cordial podemos acompañarlos adecuadamente en su camino de liberación. Únicamente esto hará posible que «los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como en su casa. ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la Buena Nueva del Reino?».¹⁴²

¹³⁹ *Ibíd.* #187

¹⁴⁰ *Ibíd.* #193

¹⁴¹ *Ibíd.* #198

¹⁴² *Ibíd.* #199

“Es indispensable prestar atención para estar cerca de nuevas formas de pobreza y fragilidad donde estamos llamados a reconocer a Cristo sufriente, aunque eso aparentemente no nos aporte beneficios tangibles e inmediatos: los sin techo, los toxicodependientes, los refugiados, los pueblos indígenas, los ancianos cada vez más solos y abandonados, etc. Los migrantes me plantean un desafío particular por ser Pastor de una Iglesia sin fronteras que se siente madre de todos. Por ello, exhorto a los países a una generosa apertura, que en lugar de temer la destrucción de la identidad local sea capaz de crear nuevas síntesis culturales.”¹⁴³

“Siempre me angustió la situación de los que son objeto de las diversas formas de trata de personas. Quisiera que se escuchara el grito de Dios preguntándonos a todos: «¿Dónde está tu hermano?» (Gn 4,9). ¿Dónde está tu hermano esclavo? ¿Dónde está ese que estás matando cada día en el taller clandestino, en la red de prostitución, en los niños que utilizas para mendicidad, en aquel que tiene que trabajar a escondidas porque no ha sido formalizado? No nos hagamos los distraídos. Hay mucho de complicidad. ¡La pregunta es para todos! En nuestras ciudades está instalado este crimen mafioso y aberrante, y muchos tienen las manos preñadas de sangre debido a la complicidad cómoda y muda.”¹⁴⁴

“El Evangelio tiene un criterio de totalidad que le es inherente: no termina de ser Buena Noticia hasta que no es anunciado a todos, hasta que no fecunda y sana todas las dimensiones del hombre, y hasta que no integra a todos los hombres en la mesa del Reino. El todo es superior a la parte.”¹⁴⁵

“La primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más. Pero ¿qué amor es ese que no siente la necesidad de hablar del ser amado, de mostrarlo, de hacerlo conocer? Si no sentimos el intenso deseo de comunicarlo, necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos. Nos hace falta clamar cada día, pedir su gracia para que nos abra el corazón frío y sacuda nuestra vida tibia y superficial. Puestos ante Él con el corazón abierto, dejando que Él nos contemple, reconocemos esa mirada de amor que descubrió Natanael el día que Jesús se hizo presente y le dijo: «Cuando estabas debajo de la higuera, te vi» (Jn 1,48). ¡Qué dulce es estar frente a un crucifijo, o de rodillas delante del Santísimo, y simplemente ser ante sus ojos! ¡Cuánto bien nos hace dejar que Él vuelva a tocar nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva! Entonces, lo que ocurre es que, en definitiva, «lo que hemos visto y oído es lo que anunciamos» (1 Jn 1,3). La mejor motivación para decidirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor,

¹⁴³ *Ibíd.* #210

¹⁴⁴ *Ibíd.* #211

¹⁴⁵ *Ibíd.* #237

es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si lo abordamos de esa manera, su belleza nos asombra, vuelve a cautivarnos una y otra vez.”¹⁴⁶

“No se puede perseverar en una evangelización fervorosa si uno no sigue convencido, por experiencia propia, de que no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en Él, que no poder hacerlo. No es lo mismo tratar de construir el mundo con su Evangelio que hacerlo sólo con la propia razón. Sabemos bien que la vida con Él se vuelve mucho más plena y que con Él es más fácil encontrarle un sentido a todo. Por eso evangelizamos. El verdadero misionero, que nunca deja de ser discípulo, sabe que Jesús camina con él, habla con él, respira con él, trabaja con él. Percibe a Jesús vivo con él en medio de la tarea misionera.”¹⁴⁷

“Si somos misioneros, es ante todo porque Jesús nos ha dicho: «La gloria de mi Padre consiste en que deis fruto abundante» (*Jn 15,8*). Más allá de que nos convenga o no, nos interese o no, nos sirva o no, más allá de los límites pequeños de nuestros deseos, nuestra comprensión y nuestras motivaciones, evangelizamos para la mayor gloria del Padre que nos ama.”¹⁴⁸

“Pero Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás. Espera que renunciemos a buscar esos cobertizos personales o comunitarios que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana, para que aceptemos de verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura. Cuando lo hacemos, la vida siempre se nos complica maravillosamente y vivimos la intensa experiencia de ser pueblo, la experiencia de pertenecer a un pueblo.”¹⁴⁹

“Benedicto XVI ha dicho que «cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios», y que el amor es en el fondo la *única* luz que «ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar». Por lo tanto, cuando vivimos la mística de acercarnos a los demás y de buscar su bien, ampliamos nuestro interior para recibir los más hermosos regalos del Señor... Simultáneamente, un misionero entregado experimenta el gusto de ser un manantial, que desborda y refresca a los demás. Sólo puede ser misionero alguien que se sienta bien buscando el bien de los demás, deseando la felicidad de los otros. Esa apertura del corazón es fuente de felicidad, porque «hay más alegría en dar que en recibir» (*Hch 20,35*). Uno no vive mejor si escapa de los demás, si se esconde, si

¹⁴⁶ *Ibíd.* #264

¹⁴⁷ *Ibíd.* #266

¹⁴⁸ *Ibíd.* #267

¹⁴⁹ *Ibíd.* #270

se niega a compartir, si se resiste a dar, si se encierra en la comodidad. Eso no es más que un lento suicidio.”¹⁵⁰

“Todo ser humano es objeto de la ternura infinita del Señor, y Él mismo habita en su vida. Jesucristo dio su preciosa sangre en la cruz por esa persona. Más allá de toda apariencia, cada uno es *inmensamente sagrado y merece nuestro cariño y nuestra entrega*. Por ello, si logro ayudar a una sola persona a vivir mejor, eso ya justifica la entrega de mi vida.”¹⁵¹

“La fe es también creerle a Él, creer que es verdad que nos ama, que vive, que es capaz de intervenir misteriosamente, que no nos abandona, que saca bien del mal con su poder y con su infinita creatividad. Es creer que Él marcha victorioso en la historia «en unión con los suyos, los llamados, los elegidos y los fieles» (Ap 17,14). Creámosle al Evangelio que dice que el Reino de Dios ya está presente en el mundo, y está desarrollándose aquí y allá, de diversas maneras: como la semilla pequeña que puede llegar a convertirse en un gran árbol (cf. Mt 13,31-32), como el puñado de levadura, que fermenta una gran masa (cf. Mt 13,33), y como la buena semilla que crece en medio de la cizaña (cf. Mt 13,24-30), y siempre puede sorprendernos gratamente. Ahí está, viene otra vez, lucha por florecer de nuevo. La resurrección de Cristo provoca por todas partes gérmenes de ese mundo nuevo; y aunque se los corte, vuelven a surgir, porque la resurrección del Señor ya ha penetrado la trama oculta de esta historia, porque Jesús no ha resucitado en vano. ¡No nos quedemos al margen de esa marcha de la esperanza viva!”¹⁵²

“Es saber con certeza que quien se ofrece y se entrega a Dios por amor seguramente será fecundo (cf. Jn 15,5). Tal fecundidad es muchas veces invisible, inaferrable, no puede ser contabilizada. Uno sabe bien que su vida dará frutos, pero sin pretender saber cómo, ni dónde, ni cuándo. Tiene la seguridad de que no se pierde ninguno de sus trabajos realizados con amor, no se pierde ninguna de sus preocupaciones sinceras por los demás, no se pierde ningún acto de amor a Dios, no se pierde ningún cansancio generoso, no se pierde ninguna dolorosa paciencia... Sólo sabemos que nuestra entrega es necesaria. Aprendamos a descansar en la ternura de los brazos del Padre en medio de la entrega creativa y generosa. Sigamos adelante, démoslo todo, pero dejemos que sea Él quien haga fecundos nuestros esfuerzos como a Él le parezca.”¹⁵³

“Para mantener vivo el ardor misionero hace falta una decidida confianza en el Espíritu Santo, porque Él «viene en ayuda de nuestra debilidad» (Rm 8,26). Pero esa confianza generosa tiene que alimentarse y para eso necesitamos invocarlo constantemente. Él puede sanar todo lo que nos debilita en el empeño misionero. Es verdad que esta confianza en lo invisible puede producirnos cierto vértigo: es como

¹⁵⁰ *Ibíd.* #272

¹⁵¹ *Ibíd.* #274

¹⁵² *Ibíd.* #278

¹⁵³ *Ibíd.* #279

sumergirse en un mar donde no sabemos qué vamos a encontrar. Yo mismo lo experimenté tantas veces. Pero no hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde Él quiera. Él sabe bien lo que hace falta en cada época y en cada momento. ¡Esto se llama ser misteriosamente fecundos!"¹⁵⁴

La caridad que nos hace salir de nosotros mismos a los demás, es la que quiere instaurar el Reino de Dios en el corazón de cada hombre para que se cumpla la profecía del Salmista: "El Amor y la Verdad se encontrarán, la Justicia y la Paz se abrazarán" Sal (85,11). Queremos ser buena tierra dejándonos amar por Dios, atesorar la bondad en nuestro corazón, dar mucho fruto, iluminar a nuestros hermanos reflejando la Sabiduría de Dios, curar las heridas del que sufre y reparar las injusticias, servir fielmente al Dios vivo dador de vida, volvernos misericordiosos como el Padre, para poder decir con el Salmista: "Yo, como un olivo frondoso en la casa de Dios, he puesto para siempre mi confianza en la misericordia del Señor." Sal (52,10)

Amén.

###

¹⁵⁴ *Ibíd.* #280